La Isla Olvidada

José Garrido Mendoza

PÁBILO

LA ISLA OLVIDADA

© José Garrido Mendoza
ISBN: 978-84-949492-0-3
Depósito legal: H 213-2018

José Garrido Mendoza

LA ISLA OLVIDADA

A mis abuelos.

PRÓLOGO

2.000 años a. C.

El silencio del bosque nocturno se quiebra al aparecer una figura humana que emerge desde la oscura espesura. El individuo camina rápido, aunque de forma algo torpe. La fiereza que su aspecto le confiere: con una larga barba negra, manos curtidas, ojos de color azabache y un cuerpo fornido a causa del duro trabajo, es sólo comparable a lo penoso de su visión. Paso a paso, se acerca al agua y un rayo de luna permite que su rostro pueda verse con más claridad. Lo tiene cubierto de un líquido rojo y también el torso, en el que se adivina una herida que no para de sangrar. Los atávicos ropajes que porta, elaborados a base de pieles de animales, los lleva sucios y raídos. En su mano derecha, carga lo que parece ser una extremidad humana, un brazo. Es de uno de sus enemigos; se lo ha arrancado del tronco, minutos antes, en lo profundo del bosque.

Todos en el poblado dormían plácidamente cuando el ataque comenzó. Pensaba que, al vivir en una isla, estarían a salvo. Nada más lejos de la realidad. Llevado por el más puro instinto de supervivencia, se incorporó, azorado, al oír los primeros gritos. No tuvo tiempo de alcanzar ningún arma ni nada con lo que defenderse, así que hizo lo propio con sus manos. Encontró al primero justo al abandonar su choza y se enzarzó en una dura pelea con él. Mientras lo hacía, pudo ver cómo otros dos mataban a su mujer y a su hija, y prendían fuego a su hogar. No pudo hacer nada para evitarlo, ya que su contrincante no le permitía acudir en su ayuda. La rabia que le confirió ser cruel espectador de la escena le permitió acabar con su oponente, metiendo sus dedos pulgares en los ojos de este y dejándolo ciego entre agudos gritos de dolor.

Los que habían acabado con su familia se percataron de su presencia y corrieron hasta él. En sólo unos segundos, tuvo tiempo de ojear lo que ocurría en el poblado. Sus conocidos morían a su alrededor. Ya todo estaba perdido, incluida su familia, así que echó a correr hacia el bosque, perseguido por los dos hombres que le habían arrebatado su mundo.

Detuvo su carrera, al ser consciente de que le estaban dando caza. Con un rápido movimiento, paró la embestida del primero, alzando sus brazos para contener el arma de su enemigo. Acto seguido, le propinó un cabezazo y le arrebató el arma. Con ella, le abrió la cabeza

de un golpe seco que hizo que sus músculos temblasen al romperle el cráneo. En ese preciso instante, sintió un dolor agudo en su costado derecho: el otro asaltante había clavado su rudimentario cuchillo allí, sirviéndose de la ventaja que le proporcionaba la superioridad numérica. Agarró a su enemigo por el brazo con el que sostenía el arma, impidiendo que este pudiese sacarlo de sus entrañas. En su otra mano, aún sostenía el arma roma con la que había acabado con la vida del otro salteador y golpeó la extremidad enemiga que sostenía el cuchillo una y otra vez, con fuerza, hasta que se la arrancó del tronco. Su adversario cayó al suelo de rodillas mientras la sangre le brotaba del tronco como si de una fuente se tratase. Girándose sobre sí mismo, volvió a golpearle, esta vez en la cabeza, acabando con los restos de vida que aún quedaban en su cuerpo.

Tiró al suelo el arma para usar esa mano para sacar el cuchillo clavado en sus entrañas y lo hizo sin proferir ni un solo grito. Segundos después, secó el sudor de su frente con la misma mano, permitiendo así que se mezclase con la sangre que la manchaba. Respiraba con dificultad a causa del esfuerzo y las heridas, y su mente se había extraviado en un extraño sendero lejano, debido a todo lo que sus ojos habían presenciado. Desde su posición, podía ver el resplandor que emitía en el cielo el que había sido su poblado, ahora en llamas. Sin saber por qué, caminó bajo las copas de los árboles y las estrellas del cielo en dirección opuesta a las llamas. En pocos minutos, dejó atrás el bosque, llegando a la orilla de una de las playas de la isla. Cada vez le costaba más respirar y sentía un fuerte dolor que le oprimía el pecho. Se acercó al agua y, cuando sus pies la tocaron, el tacto con el líquido frío le devolvió al mundo de nuevo. Observó que, en su mano derecha, portaba el brazo de su enemigo y lo lanzo lo más lejos que pudo con un espasmo de repulsión.

Después, se arrodilló en el agua, la cual brillaba de una forma extraña a causa de los rayos de luna. En ese instante, pudo ver su rostro reflejado en ella y le pareció muy diferente a la imagen que guardaba de él en su mente. Limpió la sangre que lo cubría, ayudándose con el agua salada, y volvió a intentar llenar sus pulmones con el aire nocturno. Ya casi no podía hacerlo. La vida se le escapaba por el agujero de su costado a un ritmo acelerado. A su mente acudió el último recuerdo de su mujer y de su hija, haciendo que las lágrimas resbalasen por sus mejillas. La incomprensión entre la que navegaban sus pensamientos era total. ¿Cuál era la causa de toda aquella barbarie? Sin tiempo para más, se desplomó sobre el agua de bruces y fue ahogándose lentamente, con fuertes espasmos que sacudían su maltrecho cuerpo cada vez que intentaba respirar bajo el agua, hasta que la vida lo abandonó por completo y dejó de moverse. Su ser, ya sin vida, fue alejándose lentamente de la orilla, mecido por

las suaves olas que llegaban hasta esta. Desaparecía en las negras aguas iluminadas por las estrellas mientras, a unos cientos de metros, el calor y el brillo del fuego asolaban la que había sido su aldea. En el último instante, el cuerpo se hundió para siempre, perdiéndose en el olvido.

I

1

Siglo VII a. C.

La brisa primaveral acariciaba su rostro como si se tratase de la mano de una mujer, mientras su cuerpo se estremecía cuando imaginaba las aventuras que le aguardaban en su destino. El chico, moreno, de estatura media y algo enclenque, se apoyaba en el mástil del barco mientras observaba la orilla. En su mano derecha, sujetaba con fuerza el betilo[1] negro que Adama le había regalado antes de partir. Ella lo había visto caer del cielo, ardiendo, y pensó que le protegería en su travesía. Su madre y su hermana le habían despedido en el puerto de Tiro, con lágrimas en los ojos. El viaje había sido largo. Contaban ya varios meses desde que divisó la costa de su amada ciudad por última vez. La travesía en el barco mercante estaba siendo bastante dura. Pocas veces se intentó cubrir tanta distancia en un solo viaje. Las escalas en puertos amigos, tales como Cirene, Leptis, Cartago o Gadir, no resultaron demasiado provechosas. Su esperanza era el último de los puertos fenicios, el que más atraía a los hombres, uno en el que se daban cita una plétora de mercancías, entre las que destacaba la plata de los tartessos.

Ahiram se había enrolado en la panzuda nave mercante a causa de la muerte de su padre. El chico tan sólo contaba diecinueve años, pero en su ciudad eso era más que suficiente para ser un hombre. Su padre había fallecido en la mar, como buen marino fenicio, y ahora era él quien tendría que mantener a su familia, pero algo más invadía su mente: la idea de conseguir riquezas en aquella lejana ciudad le daba fuerzas para seguir. En Tiro no dejó sólo a su familia, también estaba ella, su amor, la mujer que nunca podría llegar a tener, aquella que ya había poseído porque el deseo de dos jóvenes podía estar muy contrapuesto a los intereses de sus progenitores: Adama, la mujer que amaba y por la que era amado, que, sin embargo, no podría ser suya jamás, al menos hasta que no regresase cargado de riquezas, cambiando así su estatus social, siendo un buen pretendiente a los ojos del padre de la chica de la que estaba enamorado.

El *hippoi*[2] navegaba, orgulloso, con su única vela extendida ondeando al viento, sin necesidad de usar ninguno de sus dieciocho remos. Más tarde, serían de ayuda. El puerto de Onoba[3] era famoso por la gran cantidad de canales circundantes que llevaban hacia

asentamientos vecinos. Si tenían suerte, al llegar a su destino, podrían cambiar las ánforas de aceite que consiguieron en Gadir[4] y algo del mejor atún que Ahiram jamás había probado por la plata tartésica. Fue este el único puerto en el que consiguieron cerrar un trato con el que el capitán de la nave se sintió medio complacido. Desde que abandonaron Gadir, navegaron bordeando la costa. Antes, habían pasado a través de las columnas de Hércules, un lugar que el chico deseó ver desde que supo de su existencia.

Contaban ya varios días de navegación en los que Ahiram había podido observar desde la cubierta las hermosas playas que tenían enfrente, plagadas de animales que las pisaban en libertad: caballos, jabalíes e, incluso, un extraño gato con aspecto felino y que él nunca había visto antes. Fue este, sin duda, el animal que más le sorprendió. Estaba claro que esta era una tierra diferente a su hogar, pero hermosa y salvaje; una tierra de oportunidades. Para él era como transportarse a otro mundo. Una vez que pasaron a través de las columnas, navegaban hacia los confines del mundo. Más allá, el misterio era lo que quedaba. Todos habían oído historias cuando eran pequeños sobre aquellos que se aventuraban a seguir su viaje alejándose de estas costas hasta islas lejanas y misteriosas, pero esa no era la intención de Ahiram. La codiciada plata de Onoba era lo que le llevó a embarcarse en un viaje tan largo. Tras unas horas de navegación desde su última parada la noche anterior, el chico pudo divisar algo que le maravilló: la confluencia de dos ríos llegando juntos hasta el mar, algo que daba testimonio de que estaban a punto de llegar a su destino. Era una estampa increíble; una visión digna de los dioses.

—Capitán, hemos llegado —gritó el chico, señalando hacia las aguas de los ríos.

—Lo sé, chico —respondió el capitán—. ¡Remos! —gritó acto seguido.

Los remeros comenzaron a bogar, siguiendo el curso del río situado más a la izquierda, por el que llegarían a la ciudad. Ahiram se había librado de ser uno de ellos, gracias a que el capitán de la nave era el esposo de su hermana, por lo que consiguió hacer las veces de aprendiz de timonel durante la travesía, sin dejar de ayudar a estibar la carga y acarrear las mercancías que intercambiaban en puerto. El *hippoi* seguía su camino, subiendo por el río ayudado por el impulso de sus remos y por su única vela, que seguía desplegada. En ese momento, el muchacho pudo distinguir una isla a su izquierda en la que se alzaba un gran templo. Había oído hablar a los marineros del barco sobre la isla prohibida en la que se encontraba el enorme templo dedicado al dios Baal que dio nombre a la ciudad de Onoba: la fortaleza del dios Baal («Onos Ba'al»). Desde la nave, la isla parecía ser un paraíso plagado de árboles frutales y aves extrañas, y el

descomunal santuario era algo impresionante y majestuoso, sin duda, digno de un dios. Se decía que los sacerdotes fenicios habían erigido aquel edificio sobre las ruinas de uno aún más grande que estuvo dedicado a Hércules. Para Ahiram, la idea de que pudiese haber existido un templo de un tamaño mayor al que estaba contemplando le parecía casi imposible.

—Es la isla prohibida —dijo el capitán, dirigiéndose al chico al percatarse de la expresión de su rostro cuando la contemplaba. Al girarse, Ahiram pudo ver al hombre que le hablaba: de tez morena y curtida, y una gran barba negra, al igual que su pelo rizado en el que ya podían adivinarse unas pocas canas, era más alto que él y bastante más fuerte. Un auténtico marino de Tiro.

—Lo sé —respondió el chico.

—Y ese es el gran templo del dios Baal. Yo mismo me llamo Barekbaal en honor a nuestro gran dios.

—Lo sé —volvió a decir.

—Sí, sé que lo sabes todo. Eres un chico listo; tan listo como tu hermana. ¿Sabes también qué significa mi nombre? —El muchacho se mantuvo en silencio con cara de no saber a qué se refería Barekbaal—. ¿Ves, chico? No puedes saberlo todo. Significa que Baal me ha bendecido y, sin duda, lo ha hecho. Las ánforas de ese estupendo aceite y el exquisito atún que trasportamos nos proporcionarán un buen trueque con estos tartessos. Para eso hemos venido. Además, hoy es un gran día, chico. Seguro que tampoco sabías eso, ¿eh? —El muchacho siguió en silencio, pues no tenía la menor idea de lo que estaba hablando su capitán—. ¡Recoged la vela! —gritó—. A partir de ahora, usaremos sólo remos, así os ganareis la siguiente comida, perros ingratos. Remad con decisión, que los habitantes de la ciudad puedan ver cómo se gobierna una nave de Tiro. Con maestría, no como esos enclenques de Qart-Hadasht[5]. Esos malditos creen que todo el comercio de esta zona será suyo. No mientras yo esté aquí. ¡Remad!

2

El atraque del *hippoi* fue perfecto, tal y como su capitán había ordenado. Se acercaron lentamente a puerto, recogiendo los remos con diestros movimientos dignos de los buenos marineros de Tiro, hasta dejar el barco amarrado exactamente en el lugar elegido dentro del pequeño *cothon*[6]. No era un puerto, este de Onoba, tan importante como el de Gadir para los fenicios, pero, en cuanto Ahiram bajó del barco, supo que era uno muy especial. Frente a él se extendían las dependencias de administración del puerto y, más allá, la ciudad, a orillas del río. Aún más lejos, una montaña de tamaño considerable en la que estaba situada la ciudad tartessa. Desde su ubicación, el muchacho podía observar sus murallas y el humo de sus chimeneas. Al girarse para ver qué había en la otra orilla del río, pudo divisar la gran salina que formaba parte de una creciente industria de pescado en salazón, muy importante para la ciudad. Un poco más hacia la izquierda, también en la orilla opuesta, se encontraba la isla prohibida, con su imponente templo. Quedó maravillado por la visión de dos ciudades ubicadas entre los dos grandes ríos, una abajo, junto al agua; la otra, arriba, en la montaña. Nunca imaginó que este puerto perdido en los confines del mundo podría ser tan bello.

—Chico —gritó el capitán—, me acompañarás a hablar con el administrador del puerto. Así aprenderás algo. Veremos cómo se portan con nosotros por aquí.

Bajaron del barco en dirección a los edificios que había enfrente del *cothon*. Ahiram caminaba detrás de Barekbaal, observando aquella montaña sin perder detalle de cada estructura, persona o animal que se cruzaba en su camino. Entraron en el edificio y se dirigieron hacia un hombre que estaba sentado, escribiendo sin parar en las tablillas que tenía depositadas en su mesa.

—Saludos —dijo Barekbaal, pero no hubo respuesta—. He dicho: saludos.

—Tranquilízate —respondió el escriba sin levantar la cabeza de sus tablillas—. Supongo que es la primera vez que atracas en este puerto. ¿De dónde venís?

—De Tiro. Nuestra última parada para comerciar la hicimos en Gadir.

—Desde Tiro... Es un largo viaje. Yo mismo nací en Sidón, pero llevo aquí muchos años ya, más de los que puedo recordar.

Bienvenidos.

—Gracias. Baal nos ha protegido con su gracia en nuestro viaje, aunque ha sido largo —respondió el capitán.

—¿Qué mercancías portáis?

—El mejor aceite de Gadir y gran cantidad del mejor atún de esa misma ciudad.

—¿Nada que traigáis desde Tiro?

—Poco queda de nuestro primer cargamento. Tan sólo algo de vidrio y algunas ropas teñidas.

—Eso es otra cosa. Sin duda, será de mayor interés. ¿Por qué pensáis intercambiarlas?

—Por plata.

—¡Ah, cómo no! La plata de los tartessos es famosa. Espero que cerréis un buen trato. Os explicaré cómo funciona este puerto. Descargareis vuestras bodegas y guardaremos todas las mercancías aquí, en este almacén. De estas mercancías, el magistrado de la ciudad se quedará un quinto.

—¿Un quinto? Eso es un robo, ¡por Baal! —gritó el capitán.

—No he terminado —respondió el administrador—. Una vez que cerréis el trato con los tartessos, el magistrado volverá a quedarse un quinto de lo que consigáis.

—Es intolerable. No lo permitiré. Deseo hablar con ese magistrado.

—Cuidado, capitán, no estáis en Tiro. Vuestro barco no es muy grande. Navegáis en un *hippoi*, una nave que no suele usarse para viajes tan largos. No quiero aventurarme a imaginar por qué esto es así y no habéis traído uno con más capacidad de carga. Además, debéis saber que los tartessos suelen tardar bastante en proveer las mercancías, sobre todo la plata.

—¿Tardar? ¿Cuánto?

—Supongo que en torno a un mes.

—¡¿Un mes?!

—Mientras tanto, podéis usar vuestro barco para transportar mercancías a las localidades vecinas, usando los canales. De esa forma, os ganareis el alojamiento y la comida.

—¿También nos haréis trabajar? Sin duda, sois unos ladrones pendencieros.

—Si no os gusta, haceos a la mar otra vez.

—No pienso irme antes de tener mis bodegas repletas de plata.

—Bien. Entonces, podéis descargar vuestro barco y poner las mercancías en el almacén. Mi sirviente alojará a vuestros hombres aquí mismo, en el puerto. Si deseáis alojaros en la ciudad, puedo conseguir algo para ti y para el chico. Mi nombre es Baldo. Cuando acabéis la descarga, preguntad por mí y os llevaré hasta vuestro alojamiento. Ahora, marchaos. Estoy ocupado.

Barekbaal y Ahiram salieron del almacén, de camino a su barco. El capitán caminaba a toda prisa, balbuceando insultos ininteligibles para el chico. Al llegar junto al barco, se detuvo.

—Ese perro quiere saquearnos, pero no podemos evitarlo, chico. Estamos lejos de casa y aquí nada vale nuestra sangre de Tiro. Nos limitaremos a conseguir la plata. Estoy seguro de que será suficiente para regresar a casa como verdaderos señores. Ahora, ve, ayuda a los hombres a descargar las bodegas.

Horas después, Ahiram descansaba, apoyado en la pared del almacén. El trabajo había sido duro, pero consiguieron finalizarlo antes de que oscureciese. Mientras apuraba una jarra de agua fría, pudo observar los colores del cielo a última hora de la tarde. Parecía que los dioses lo hubiesen pintado a base de suaves pinceladas de color rosáceo. Él jamás había contemplado tal despliegue de colores de forma tan intensa. Tomó el betilo que guardaba entre sus ropajes y lo apretó fuertemente contra su pecho. «Adama», susurró.

—Veo que habéis logrado terminar el trabajo al fin —dijo el administrador, sacándolo de golpe de sus sueños. Baldo se acercó desde atrás, sin dejarse ver hasta el momento en el que quiso hacerlo exactamente.

—Sí, lo hemos hecho. Como te dijo el capitán, somos hombres de Tiro —respondió, arrogante.

—Eso parece, chico. Ve a buscar a tu capitán. Os llevaré hasta vuestro alojamiento.

Una vez que el muchacho encontró a Barekbaal, los dos siguieron a Baldo de cerca y abandonaron el puerto, camino a la ciudad. El administrador caminaba rápidamente, como si tuviese prisa, y a los marineros les costaba seguir su paso, puesto que caminaban intentando escudriñar cada rincón de cada calle por la que pasaban. Había mucha gente en las calles, más de la esperada. Las muchachas lucían coloridos vestidos y se adornaban el pelo y el cuerpo con multitud de flores.

—Hoy es el primer domingo de mayo. La fiesta mayumea[7] da comienzo esta noche —dijo Baldo.

—Te lo dije, chico. Hoy es un gran día —añadió el capitán, sonriendo.

Y es que Ahiram había olvidado en qué día estaban desde hacía tiempo, pero lo que no podía olvidar era la última fiesta mayumea, la del año anterior. En ella conoció a Adama.

Iba vestida de forma muy parecida a las mujeres que contemplaba en Onoba, pero era mucho más bella. Fue esa la noche en la que la besó por primera vez. Recordando el sabor de sus labios, casi era capaz de volver a trasportarse a ese instante, a su querida ciudad. Continuaron caminando unos minutos, cruzándose con todo tipo de gente. Todos

ellos parecían felices, sonrientes y con ganas de festejar. Las mujeres jóvenes sonreían y cuchicheaban al ver pasar al chico, pero era Barekbaal el que les devolvía la sonrisa.

—Hoy es el primer día de fiesta —afirmó Baldo—, aunque no terminará hasta dentro de otros quince y lo hace con una tradición espectacular. Podréis disfrutarla si os quedáis lo suficiente. Ya hemos llegado. Os alojareis aquí.

La vivienda se encontraba ubicada en la esquina de una pequeña plaza que parecía acoger gran parte de los festejos. En el centro de la misma, había un gran tronco y de él colgaban unas cuerdas a las que los jóvenes se ataban para después dar vueltas a su alrededor. La música sonaba sin parar y había vino y comida en unas mesas dispuestas por la plaza. Además, diversos tipos de flores colgaban de las puertas de las casas y de las paredes de estas. No era como la fiesta de Tiro, pero estaba claro que, aunque la ciudad fuese pequeña, sabían preparar un festín. Según decía el administrador del puerto, aquí la festividad duraba quince días, nada que ver con la de su ciudad. Al entrar en la casa, el chico y su capitán pudieron observar que disponía de dos pequeñas estancias contiguas. Una de ellas, hacía las veces de salón y de cocina, con una mesa y dos sillas de madera en el centro y una chimenea en un extremo. La otra, tan sólo constaba de dos catres de paja, separados unos metros el uno del otro.

—Espero que estéis cómodos aquí —dijo Baldo—. Supongo que, después de pasar tanto tiempo en el barco, esta pocilga os sabrá a gloria.

—Así es. No podemos pedir más —respondió el capitán. —Mañana podréis subir a la ciudad de los tartessos. Yo mismo os acompañaré. Conozco a alguien allí con el que podréis negociar el trueque. Os dejo descansar.

—Hasta mañana —se despidió Ahiram.

En cuanto el administrador abandonó la casa, Barekbaal empezó a sonreír.

—Buenos augurios, chico. Eso es lo que creo. Ahora, vamos a divertirnos un rato; nos lo hemos ganado.

—Estoy cansado. No me apetece salir.

—¿De qué hablas, chico? ¿Es que no has visto cómo te miraban las muchachas? Eres un gran marinero venido del otro extremo del mundo; están deseando conocerte.

—Yo sólo desearía estar con una mujer esta noche y todas las noches.

—Otra vez lo mismo... Eres capaz de entristecer a cualquiera. Está bien, quédate ahí lamentándote. Yo voy a disfrutar de ese vino y de esas mujeres —dijo mientras salía de la casa.

3

A la mañana siguiente, Ahiram despertó temprano. Se había quedado dormido, apretando el betilo en su mano. El capitán roncaba en el catre contiguo, dando testimonio del vino ingerido la noche anterior. El chico preparó el desayuno con los pocos alimentos que les habían dejado en la casa. Una vez que consiguió despertar a Barekbaal, compartieron algo de pan, unas pocas uvas y otras piezas de fruta. Baldo llegó una media hora más tarde, entrando en la vivienda sin ni siquiera llamar a la puerta.

—Vamos, es tarde y el camino es cuesta arriba. Espero que hayáis desayunado bien.

—Pues no demasiado bien... —replicó el capitán—. No había mucho que llevarse a la boca.

—Me ocuparé de eso más tarde —respondió el administrador con cara de pocos amigos.

Emprendieron camino desde la plaza con destino a la ciudad de los tartessos. Baldo no mentía: su itinerario parecía ser una cuesta arriba sin fin, cada vez más empinada. Al acercarse a la ciudad, sus murallas se iban haciendo más grandes. Poco después, pudieron observar cuevas excavadas en la montaña y hasta su puerta principal se hizo visible. Una vez que la cruzaron, continuaron, siguiendo al administrador portuario por las calles de la ciudad. Ahiram observaba con atención a sus habitantes, ataviados con ropas notablemente diferentes a las de los fenicios. Su atuendo estaba compuesto por pieles y prendas de cuero, a pesar del calor; nada que ver con las finas telas fenicias. Incluso, las mujeres vestían ropas mucho más rudas y su cabello estaba mucho más desaliñado que el de las fenicias. Se acercaron hasta un hombre que reía a carcajadas mientras hablaba con otros tres tartessos.

—Buenos días, Gerión —dijo Baldo.

—Seguro que son buenos para ti, viejo zorro ladrón —respondió el tartesso—. ¿Quiénes son estos dos? Parece que aún no han recuperado el aliento. Es lo que suele pasar cuando los hombres pez subís hasta aquí, que os falta el aire.

Todos los tartessos rieron tras la afirmación de Gerión. Era el más alto de todos ellos. Un tipo de mediana edad, con una barba larga y rizada de color negro. Su frondosa cabellera también era de color negro y hasta sus ojos eran azabaches. Portaba un puñal de estilo

tartesso en la cintura, aunque, por su complexión, no parecía necesitarlo. Para Ahiram, era una especie de gigante. «Un soldado tartesso retirado, tal vez», pensó el chico al verlo.

—Es una dura subida —respondió Baldo—. Son hombres de Tiro. Buenos marineros, aunque poco acostumbrados a subir cuestas. En sus caras veo la misma expresión que en la tuya cuando tocas el agua. Los que vivís en cuevas no sabéis nadar. —En esta ocasión, todos los que estaba allí rieron, incluido Gerión.

—¿Qué os trae por aquí? —dijo el tartesso cuando paró de reír.

—Venimos a plantear un trueque. Traen diversas mercancías desde tierras lejanas y quieren cambiarlas por plata. Aquí tienes el manifiesto de carga de su barco —dijo, entregándole la tablilla.

—Nunca me acostumbraré a este idioma vuestro —protestó Gerión mientras la ojeaba—. Cuarenta onzas de plata por todo lo que veo aquí. No haréis mejor trato que ese con nadie de aquí.

—Eres muy generoso, Gerión —respondió Baldo.

—Que hablen ellos —replicó el tartesso—. Sois los interesados. Hablad. Si dejáis que esta lombriz cierre el trato por vosotros, habréis perdido mi respeto.

—Me parece justo —dijo Barekbaal.

—Cincuenta —añadió Ahiram, sorprendiendo a todos.

—¿Mi oferta no te gusta, muchacho?

—Es mi timonel, un aprendiz, de hecho. No le hagas caso —respondió el capitán.

—Sí, me parece poco —volvió a decir Ahiram—. Estoy seguro de que Baldo y tú os repartiréis parte de las mercancías. Además, hemos tenido que darle un quinto de lo que traíamos y le daremos otro quinto de la plata, así que cincuenta onzas.

El semblante de Gerión permaneció inalterable durante unos segundos que para Barekbaal se hicieron eternos, hasta que tornó a una desproporcionada mueca de alegría acompañada de una sonora carcajada.

—Por Baal, este chico me gusta —dijo el tartesso mientras reía—. ¿Cómo te llamas, muchacho?

—Ahiram.

—Trato hecho, Ahiram. Que sean cincuenta onzas. Acompáñame, chico de Tiro. Quiero mostrarte algo.

Gerión caminó en dirección a la parte sur de la ciudad y guio al chico hasta lo alto de la muralla. La vista era increíble. Desde lo alto de la montaña, podía verse todo. El muchacho creyó estar viviendo un sueño. Podía ver la confluencia de los ríos llegando juntos al mar. En medio, la ciudad de Onoba iluminada por el sol le pareció hermosa bajo la falda de la montaña. Más lejos, al frente y a la izquierda, se encontraba el templo de la isla prohibida. Los canales fluviales que

serpenteaban hasta pequeñas aldeas que eran visibles desde allí parecían puestos en ese lugar por obra de los dioses para ayudar a los marineros a llegar a su destino de la forma más fácil posible. De alguna forma, la escena le sobrecogió el corazón. La belleza de aquel día primaveral y de aquel lugar en el confín del mundo le hizo sentirse muy pequeño y le recordó lo lejos que estaba de su amada.

—Bonito, ¿verdad? —preguntó Gerión—. Mis antepasados eran mucho más sabios de lo que somos hoy en día, pues eligieron un lugar digno de los dioses para asentarse.

—Nunca imaginé que pudiese existir un lugar así —respondió Ahiram.

—Mira, chico, si alzas la vista por encima de la isla prohibida, un poco más lejos y más a la izquierda, podrás ver la Punta Solitaria. Una leyenda de mi pueblo dice que un antiguo dios perdió su espada, que cayó desde los cielos, y creó la Punta Solitaria. Más allá, está el gran océano. Nadie sabe qué misterios esconde. Para eso sois vosotros los expertos.

—Siempre navegamos bordeando la costa. Nunca nos adentramos en lo profundo del mar. Es territorio de los dioses.

—Sí, eso dicen, pero ¿sabes qué, muchacho? Yo he cabalgado hasta la Punta Solitaria. Allí vive un viejo ermitaño, un loco solitario que se dedica a pescar. Ese hombre me contó una historia increíble acerca de lo que esconden los mares y sobre qué había en el lugar en el que hoy se encuentra el gran templo del dios Baal, el de la isla prohibida. Si estás aquí el tiempo suficiente, iremos a visitarle. Puede que siga vivo.

—Sí, me gustaría.

—Entonces, iremos. Tendremos tiempo antes de que llegue vuestra plata —dijo Gerión, dando una fuerte palmada en la espalda del chico —, pero ten cuidado, muchacho, este lugar embruja. Si te quedas demasiado, ya no te deja partir.

—Yo tengo que regresar —respondió Ahiram con cierta tristeza.

—Una mujer, ¿verdad?

—Sí —asintió.

—Vaya, vaya... Aquí también tenemos buenas mujeres. Las fenicias son demasiado flacuchas para mi gusto —dijo el tartesso, riendo—. Vuelve con tu capitán y con esa serpiente de Baldo, y diles que, dentro de quince días, tendréis lo que habéis venido a buscar. Yo mismo me encargaré de que lo bajen hasta el puerto. —Eso haré.

—Pero sube hasta aquí cuando tengas tiempo. Te presentaré a alguna de nuestras mujeres. Comprobaras cómo una dulce chica tartessa puede hacerte olvidar a esa fenicia.

Ahiram volvió hacia el lugar del primer encuentro con Gerión, donde aguardaban Baldo y Barekbaal. Al llegar, los puso al corriente del tiempo que necesitarían para obtener la mercancía.

—Es más rápido de lo normal —dijo Baldo—. Sí que has debido caerle en gracia.

—Es una buena noticia. Sólo quince días... —dijo el capitán—. Bien hecho, chico.

—Podéis trabajar para mí, llevando mercancías por los canales mientras tanto. De esa forma, pagaréis vuestro alojamiento y obtendréis algunos beneficios extras. Ahora, regresemos.

Una vez abajo, de vuelta en la ciudad fenicia, Baldo se despidió de ellos junto a su casa.

—¡Ah, se me olvidaba! —dijo el administrador—. Ayer informé al magistrado de la ciudad de vuestra llegada y quiere cenar con vosotros esta noche en su palacete. Él también nació en Tiro y hacía mucho que no llegaban marineros de su ciudad natal hasta estas costas. Aseaos un poco antes de acudir. Nos veremos esta noche.

Los marineros se asearon a conciencia, con la ayuda de una mujer local que el capitán había conocido la noche anterior. Acudieron a casa del magistrado guiados, una vez más, por Baldo. El administrador estaba empezando a tomar cierta simpatía por el capitán y por el chico, aunque no ocurría lo mismo con Barekbaal, quien no paraba de protestar, manifestando una y otra vez su deseo de abandonar la ciudad. Para Ahiram, la cosa era diferente. No sentía antipatía por Baldo y había conocido a un tartesso que le había hablado de un lugar donde vivía un viejo que contaba increíbles historias. Onoba le gustaba. Todo era nuevo para él y no de esa forma incómoda, sino de esa otra que hace que cada día sea increíble. Lo único que estropeaba esas grandes bocanadas de vida era el recuerdo de Adama. El palacete se encontraba cerca de la casa que les habían prestado, más o menos, en el centro de la ciudad. Al llegar, les recibieron las sirvientas del magistrado, ataviadas con vestidos visiblemente más caros de lo habitual, llevando también flores frescas decorando su cabello y sus muñecas, como las mujeres que vieron la noche anterior. Les condujeron hasta un salón de tamaño mediano, con una mesa central para unos doce comensales y una chimenea en su pared norte. El dirigente de la ciudad estaba sentado presidiéndola, rodeado de algunos importantes comerciantes de la misma y algunas muchachas. Al ver entrar a los marineros, se levantó de su silla.

—Bienvenidos, hombres de Tiro —dijo el magistrado.

—Gracias, señor —respondió, raudo, Baldo.

—No hablaba contigo, maldita sanguijuela. Me dirigía a mis paisanos.

—Es un honor estar aquí, señor —contestó el capitán—. Mi nombre es Barekbaal y este es Ahiram, aprendiz de timonel.

—Nombres propios de mi amada ciudad, sin duda. Yo me llamo Tanit. Sentaos, por favor. Esta noche comeremos y beberemos hasta

hartarnos. Tenéis mucho que contarme.

Tomaron asiento a la derecha del magistrado mientras que, frente a ellos, se sentaron los comerciantes y Baldo. Las muchachas llenaron la mesa de carnes de cordero y aves, pan, queso, frutas y vino, sobre todo jarras de vino.

—Poderoso nombre el tuyo, capitán, digno de reyes —dijo Tanit—. Según me ha informado Baldo, vuestro barco es un *hippoi* y no un gran mercante.

—Me temo que lo único digno de reyes que tengo es mi nombre, mi señor. Eso y mi honor.

El magistrado comenzó a reír, acompañado por todos los comerciantes locales, quienes reían a la par con intención de agradarle. Baldo se mantuvo impasible ante el comentario del capitán, al igual que Ahiram.

—¿Y tú, muchacho? ¿Sabes manejar esa vieja bañera de forma apropiada?

—Aún sigo aprendiendo a hacerlo, mi señor.

—Es un buen aprendiz —añadió su capitán.

—Sin duda. Todos los hombres de Tiro lo somos. Yo mismo hice las veces de timonel en mi juventud.

Aquel hombre, ataviado con túnicas teñidas de vivos colores, ya peinaba canas en su melena despoblada, al igual que en su barba. Era un tipo de mediana estatura, con nariz aguileña y una pequeña boca que no paraba de abrir para introducir vino.

—¿Fuiste marino?

—¿Qué buen hombre de Tiro no lo es en algún momento de su vida? Sí, lo fui. Hace ya algunos años que el rey de Gadir premió mis servicios con esta magistratura en el extremo del mundo. Una ciudad pequeña para tener rey, un puerto de paso, nada honorable, pero miradla ahora. Gracias a mí, contamos con una creciente industria de pescado en salazón y, bajo mi supervisión, el comercio de plata y bronce con los tartessos es más abundante de lo que nunca lo fue. ¿Y alguien me lo agradece? No, nadie.

—Sin duda, eres digno de una posición mejor. Mi señor es un gran dirigente —añadió Baldo, dirigiéndose a los invitados.

—¡Oh, calla, Baldo! Eres peor que esos malditos sacerdotes aduladores y avariciosos.

—¿Los de la isla prohibida? —preguntó Ahiram con curiosidad.

—Sí, muchacho, esos mismos. Ellos y su sumo sacerdote, ese blasfemo de Melkartt, son la peor clase de hombres que he conocido. No para de hostigarme con peticiones de tributos a Baal. Nunca un dios fue tan codicioso con el vino. Lo quieren para ellos, para sus orgias en el gran templo.

—Puede que, mi señor, ya haya bebido suficiente —replicó Baldo.

—He dicho que te calles, sucia rata. Esta maldita alimaña me ha dicho que trabajaréis navegando por los canales hasta que los tartessos os proporcionen la plata del trueque, ¿es eso cierto, capitán? —dijo Tanit, cambiando el tono.

—Esa es nuestra intención, con vuestro permiso, mi señor.

—Pues claro. Yo mismo os acompañaré en alguno de vuestros portes. Será agradable navegar junto a hombres de Tiro una vez más, pero no a esa maldita isla.

—Mi señor... —comenzó a decir Baldo hasta que se percató de la mirada de reproche de Tanit.

—Así sea, pues. Seréis mis invitados. ¡Que no les falte de nada a estos hombres, Baldo! Os quedaréis para la gran celebración de clausura de la fiesta mayumea. En esta ciudad es diferente. Eso sí que es algo digno de ver. Ese maldito Melkartt sabe impresionar a sus fieles. Eso se lo reconozco.

El resto de la cena trascurrió con Tanit contando gran variedad de anécdotas de sus viajes por costas lejanas y con todos ingiriendo gran cantidad de vino, incluido Ahiram, quien se sintió borracho por primera vez en su vida. Por su parte, el capitán hizo alusión a la fama de buenas amantes de las mujeres de Qart-Hadasht y a historias de monstruos marinos que el magistrado reconoció haber divisado también en sus viajes. Juntos, rieron, bebieron, y gozaron de una agradable cena que se postergó hasta bien entrada la madrugada, momento en el que Ahiram regresó a casa, dando tumbos por las calles de Onoba, acompañado por Baldo. El capitán se quedó en el palacete para disfrutar de la compañía de una de las sirvientas de Tanit. Ahiram cayó en el catre, soñando con las aventuras que viviría en los días venideros, apretando el betilo contra su pecho mientras todo giraba a su alrededor.

4

Los siguientes quince días transcurrieron rápidamente, navegando por los canales tal y como el magistrado había dicho, comerciando con las localidades cercanas pequeñas cantidades de comida, ropa y metales. Tanit los acompañó en uno de sus repartos hasta una aldea que se encontraba al oeste de Onoba, a orillas del río más alejado. Partían temprano en la mañana y regresaban antes de oscurecer. Uno de los días, incluso, llegaron hasta la costa de la isla prohibida, cargados de comida y, sobre todo, de vino. Ver el gran templo más de cerca fue algo que impresionó a Ahiram. Los sacerdotes no hablaban demasiado. Se limitaban a descargar las bodegas y a advertir a los marinos de que cualquiera que pisase la isla, territorio sagrado, sería castigado por el gran dios Baal. Vestidos con sus túnicas blancas y con unos extraños gorros triangulares, los sacerdotes parecían extraños y no fenicios. A las vírgenes que poblaban la isla no pudo verlas. Según les contó Tanit, las tenían encerradas en las inmediaciones del templo, dispuestas para las orgías que Melkartt inventaba en nombre de su dios. Llegó la noche del quinceavo día, aquella de la que Tanit les habló en su primer encuentro: la clausura de las fiestas mayumeas de Onoba. Se citaron con Baldo y el magistrado en las inmediaciones del puerto, justo al anochecer, como les había pedido el administrador portuario.

—Al fin os presentáis —dijo el magistrado al verlos llegar—. Esta noche seréis testigos de la grandeza de Onoba — añadió, manifestando su estado de embriaguez.

—Ahora debéis permanecer en silencio durante toda la ceremonia —dijo Baldo al oído de Ahiram.

—Eso haré.

—Mira, ya empieza —dijo, señalando en dirección a la isla prohibida.

La oscuridad de la noche se vio interrumpida por la luz de cientos de antorchas que comenzaban a prender en el horizonte. Dos, ocho, después veinte y así hasta que el chico perdió la cuenta. Tan sólo un minuto más tarde, las luces comenzaron a moverse en dirección a la ciudad, cruzando la porción de agua donde el río y el océano se unían, y que separaba a la isla de Onoba.

—Ahí vienen —apuntó Tanit.

Pasados unos minutos, las luces iban haciéndose más visibles y,

transcurridos algunos más, Ahiram pudo empezar a adivinar lo que la oscuridad de la noche ocultaba a su vista. Cientos de pequeñas embarcaciones navegaban lentamente hacia ellos. Los sacerdotes hacían las veces de remeros y las vírgenes, esas muchachas que no lograron ver en su única visita a la isla, se mantenían en pie en las barcas, sujetando farolillos de fuego, desnudas de cintura para arriba. Las muchachas cantaban una melodía que empezó a hacerse inteligible, cánticos dirigidos al gran dios. En el centro de la formación de barcos, navegaba uno de mayor tamaño. En él, las chicas rodeaban a un hombre vestido completamente de rojo y con un gran sombrero de una extraña forma. Parecía llevar unos cuernos de color rojo.

—Ese es Melkartt, el sumo sacerdote —añadió Tanit al ver la cara de asombro del chico.

Las embarcaciones atracaron en el puerto de forma pausada. La primera en hacerlo fue la del sumo sacerdote. La gente allí reunida comenzó a dibujar un pasillo al separar sus cuerpos por el que Melkartt empezó a avanzar, seguido de las muchachas, quienes cantaban con sus farolillos de fuego colgando de ambos brazos.

—Ahora les seguiremos hasta la plaza, donde harán su ofrenda de luz a Baal para que proteja la ciudad —dijo Baldo en voz baja.

Ahiram y el capitán estaban maravillados. Ni en sus más retorcidos sueños hubiesen podido imaginar algo así. Las fiestas de Tiro eran famosas por su grandeza, pero nada tenían que ver con esto. Barekbaal babeaba al ver a las muchachas semidesnudas caminar y cantar.

—¡Qué belleza! —exclamó el capitán.

—Silencio —replicó Baldo.

El chico quedó perplejo por la belleza de una de las vírgenes en concreto. Su rostro le llamaba la atención más que el de ninguna otra, sin llegar a comprender la razón. Entonces, al acariciar el betilo que guardaba entre sus ropas, lo supo.

«Adama», pensó.

—Es Adama —dijo—. ¡Adama! —gritó.

—Calla, insensato —dijo Baldo, enfurecido, mientras todos los presentes buscaban al que había alzado la voz—. ¡Silencio!

La comitiva prosiguió su camino hasta la plaza de la ciudad. Una vez allí, los cánticos cesaron y las muchachas empezaron a depositar sus farolillos en el suelo, junto a una estatua del dios Baal. Ahiram estaba nervioso. No lograba contenerse. La chica que amaba estaba allí. No podía creerlo. Barekbaal trataba de tranquilizarlo, ayudado por Baldo.

—¿Qué es lo que te pasa, chico? —preguntó el capitán.

—Es Adama. Ella está aquí. No sé por qué, pero está aquí.

—¿Estás seguro de que es ella?

—Sí, lo estoy.

El ritual continuó sin incidentes, con Ahiram siendo retenido por sus acompañantes. Las vírgenes regresaban a los barcos tras depositar las ofrendas, seguidas del sumo sacerdote. Los presentes permanecieron en silencio hasta que la comitiva abandonó el lugar. Entonces, Tanit se colocó frente a la estatua y recitó una oración en voz alta, cumpliendo con su papel de dirigente de la ciudad. La gente permaneció callada durante minutos hasta que todas las antorchas dejaron de arder. Al ocurrir esto, depositaron flores a los pies de la estatua y comenzaron a marcharse.

—¿Estás loco? —preguntó Baldo, irritado, dirigiéndose al muchacho.

—Era Adama. Tengo que hablar con ella.

—¿Quién es esa Adama?

—La mujer que amo.

—Pues ahora es una virgen consagrada al gran dios Baal. Debes olvidarla. Jamás podrás volver a hablar con ella.

—Eso no puede ser. Ella me quiere. No entiendo cómo puede ser que esté aquí, pero he de hablar con ella.

—Baldo tiene razón, Ahiram. Ahora esa chica está fuera de tu alcance. Bien pensado, siempre lo estuvo —dijo el capitán.

—No —respondió el chico en voz alta—. Eso es lo que todos decían en Tiro, pero aun así estábamos juntos. Ella me quiere, lo sé. Voy a ir a verla. Iré nadando si es necesario.

—Eres un idiota. Van a matarte si haces algo así. Los sacerdotes del templo vigilan la isla de forma concienzuda. Hablar con una de las vírgenes se paga con la muerte.

—Valdrá la pena si puedo verla una sola vez más.

—Baldo —dijo Barekbaal—, ¿hay algo que puedas hacer para ayudarnos?

—¿Tú también? —preguntó y, tras un suspiro, continuó hablando —: Yo no puedo hacer nada para ayudar al muchacho. Es más, no quiero hacer nada, no estoy tan loco, pero conozco a quien puede hacerlo.

—¿De quién hablas? —preguntó Ahiram, esperanzado.

—Hablo de Gerión, el tartesso. Es el único hombre de cuantos conozco que ha pisado la isla prohibida y ha vivido para contarlo.

—Pues vayamos a verle enseguida —respondió, raudo, el chico.

—Mañana iremos. Lo haremos con la excusa de vuestro intercambio de plata. Mañana cumple el plazo de entrega. De esa forma, todo será más discreto.

—Así se hará —respondió Barekbaal, fijando su mirada en Ahiram.

—Una cosa más y esto es para los dos: os llevaré hasta Gerión, pero seréis vosotros los que le pidáis ayuda. No quiero estar

involucrado en esto. Puede que Tanit haga las veces de magistrado en esta ciudad, pero es Melkartt quien ostenta el verdadero poder. Sólo un loco querría enemistarse con él.

—¡Cobarde! —le reprochó Ahiram.

—No tendré en cuenta tus palabras por esta noche, chico, pues yo también fui joven y sé lo que es estar enamorado. Ahora, id a casa. Mañana temprano iré a buscaros para ir a la ciudad de los tartessos.

5

Baldo acudió en busca de los marinos a la mañana siguiente, fiel a su promesa. El trayecto hasta la ciudad tartessa lo hicieron en silencio, sin mediar palabra alguna. El resentimiento de Ahiram por la cobardía del administrador era enorme y, en sentido contrapuesto, el del mismo Baldo hacia el chico, por haberlo insultado, se hacía evidente con su silencio. O, tal vez, fuese envidia lo que sentía porque el chico demostraba los arrestos necesarios para luchar por la mujer que amaba, cosa que él no fue capaz de hacer años atrás. Cuando llegaron, expusieron todo lo ocurrido al tartesso y este escuchó atentamente toda la historia que Ahiram le estaba contando.

—Una virgen del templo —dijo Gerión, acariciando su barba—. Este muchacho no deja de sorprenderme. ¿Estás seguro de que eres fenicio, chico? Pues parece que sea la ardiente sangre tartessa la que corre por tus venas —añadió antes de reír a carcajadas.

—¿Vas a ayudarnos? —preguntó el muchacho.

—Peligro, bellas mujeres y joder a ese perro de Melkartt. Por Baal que lo haré —aseguró y volvió a reír de forma estruendosa—. ¿Tú también estás en esto, capitán?

—¿Qué remedio? —respondió Barekbaal, resignado—. El chico es mi responsabilidad.

—¿Y tú, Baldo? Apuesto a que una sucia rata de cloaca como tú no arriesgará su pellejo por alguien que no sea él mismo.

—Has acertado. Una vez más, demuestras que tu sabiduría no tiene parangón.

—No intentes reírte de mí, sabandija. Recuerda dónde estás ahora.

—Nada más lejos de mi intención. Ahiram, ¿puedo hablarte en privado? Ha sido un placer, Gerión —dijo antes de abandonar la vivienda del tartesso. El muchacho miraba al hombre que tenía frente a él con desprecio, pero algo en sus ojos le hizo cambiar de opinión respecto a dejarle hablar. Lo acompañó hasta estar fuera de las murallas de la ciudad y, allí, Baldo se detuvo—. Ahiram, chico, eres una persona inteligente. Gerión... Bueno… Gerión es valiente, pero no es muy listo. En cuanto a tu capitán, es un buen hombre, pero no es ni listo ni valiente.

—Barekbaal es un hombre de Tiro; sabrá estar a altura.

—Seguro que sí. Escúchame: no quiero que malinterpretes mi decisión. Melkartt es un hombre muy peligroso y lo que vais a intentar

se me antoja imposible.

—Eres un cobarde.

—Puede que sea así, pero quiero advertirte de algo. Lo que hagas después es cosa tuya. Sé más de lo que crees de la situación en la que te encuentras. Yo mismo viví una parecida hace mucho tiempo.

—¿Tú?

—Sí, pero, cuando fui capaz de armarme de valor e intentar rescatarla…

El administrador hizo una pausa mirando al cielo.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —preguntó Ahiram, impaciente.

—La mujer que conocías ya no existe. Ese templo, esa isla, la habrán cambiado. Olvídala, sigue tu camino y vuelve a tu ciudad cargado de riquezas. Vendrán otras mujeres.

—Para mí no hay ninguna más.

—Entonces, sólo puedo desearte suerte. De todo corazón, espero que consigas lo que quieres.

Ahiram escudriñaba el rostro de Baldo, buscando algún ápice de veracidad en sus palabras, en sus gestos, y lo encontró. Dio las gracias al administrador y este se encaminó de vuelta a la ciudad, bajando lentamente la cuesta que separaba ambas urbes, hasta ser una pequeña figura que se alejaba en el horizonte. Tras salir del estado pensativo en el que le habían dejado las palabras de Baldo, el chico regresó a casa de Gerión, donde le esperaban él y su capitán.

—Por fin estás aquí —dijo Gerión al verle entrar por la puerta—. ¿Qué te ha dicho ese cobarde?

—Nada que tenga importancia.

—Está bien, muchacho. Tú capitán y yo tenemos un plan. Sólo conozco a un hombre tan loco como para intentar llegar hasta las costas de la isla prohibida sin estar invitado y que tenga la pericia necesaria para conseguirlo sin ser detectado.

—¿Quién es ese hombre?

—¿Recuerdas nuestra conversación de hace unos días? Te hablé de un viejo ermitaño que vive en la Punta Solitaria.

—Sí, lo recuerdo. ¿Qué tiene que ver ese viejo con esto?

—Ese viejo es el hombre que nos llevará a la isla, chico, y, más importante aún, nos sacará de ella con vida.

El resto de la mañana lo dedicaron a cargar las bodegas del *hippoi* con la plata que habían intercambiado con Gerión y los suyos. Fue un trabajo duro que les abrió el apetito. Compartieron las viandas allí, en el mismo puerto, observados en todo momento por Baldo. El administrador portuario parecía contenerse, sintiendo la tentación de acercarse a hablar con ellos, pero no llegó a hacerlo. Una vez que tuvieron los estómagos llenos, subieron hasta la ciudad tartessa para recoger las espadas cortas y los caballos que Gerión tenía preparados

para ellos.

—Esperemos no necesitar usarlas —les dijo el tartesso cuando se las entregó—, pero siempre es mejor ser precavido.

Cabalgaron raudos hasta la Punta Solitaria, el lugar en el que habitaba el misterioso ermitaño del que tanto hablaba Gerión. Llegaron a una playa lejana, justo en el extremo de la punta, a media tarde. En el lugar tan sólo había una cabaña, ubicada casi a la orilla del mar. La vieja choza estaba construida con pieles y, en su exterior, colgaban tiras de pescado secándose al sol. Del interior, salía un penacho de humo que podía verse extenderse desde el techo de la pobre vivienda hasta un cielo de color azul intenso. Cuando llegaron junto a la choza, un escuálido hombre salió de ella, puede que alertado por el sonido de los caballos. Aquel viejo tan sólo iba vestido con una tela que cubría su entrepierna. Su piel era oscura, curtida por el ardiente sol, y podían adivinarse sus costillas entre una capa de piel flácida. Al bajar del caballo y acercarse un poco más a él, Ahiram pudo ver el rostro del ermitaño, cubierto de arrugas y cicatrices, y su barba y pelo largo de color blanco.

—Soy yo, viejo —dijo Gerión, dirigiéndose al ermitaño.

—Sí, sé que eres tú. Se te puede oler a leguas de distancia —respondió el viejo.

—Venimos a hablar contigo. Tenemos un negocio que proponerte —prosiguió el tartesso.

—Pasad, compartiremos algo de pescado. Lo he capturado esta misma mañana.

Las olas llegaban lentamente hasta la playa, como acunadas por la mano de alguna diosa de los mares, y el calor, unido al olor del pescado a la brasa y mezclado con la brisa marina, hacían que Ahiram se encontrase reconfortado, sintiéndose en un lugar amistoso. Desde donde estaban, el chico podía ver un pequeño bote, que a su vez poseía una pequeña vela central, amarrado en la orilla. Los cuatro hombres entraron en la choza del ermitaño y tomaron asiento en el suelo, compuesto por pieles colocadas sobre la arena, alrededor de la hoguera. El viejo les ofreció algo de pescado, acompañado de algo de vino caliente. Gerión fue el primero en comer y beber, indicando poco después a sus dos acompañantes que hiciesen lo mismo para no ofender a su anfitrión.

—¿Qué negocio es ese del que quieres hablarme? —preguntó el viejo.

—Necesitamos que nos lleves a la isla prohibida, esta misma noche. Después, nos esperarás hasta que volvamos y nos traerás de vuelta hasta aquí. Te pagaremos bien. Tenemos plata.

—Tú y tu plata... Los tartessos pensáis que todo se soluciona con eso. Dime, ¿para qué quiero yo plata? ¿Crees que eso me servirá de

algo aquí?

—Podrás comprar vino en la ciudad, reparar tu barco, pagar a mujeres por su compañía... Lo que hagas con ella es cosa tuya, viejo.

—Mujeres dices... Hace mucho que no pienso en eso, pero me gusta el vino.

—Entonces, ¿vas a ayudarnos? —insistió Gerión.

—¿Quiénes son los dos extranjeros?

—¿Cómo sabes que somos extranjeros? —preguntó Barekbaal.

—Yo sé muchas cosas. Apuesto a que sois marinos.

—¿Cómo sabes eso?

—Soy un hombre viejo. El tiempo nos concede sabiduría a los que sabemos escuchar a los dioses. Hay hombres que nunca los oyen, por muchas canas que cuenten en su barba. —El viejo calló por unos segundos, fijando su vista en el joven—.
¿Y tú, muchacho? ¿Qué buscas en la isla prohibida?

—A la mujer que quiero.

—Entiendo. Os ayudaré. El pago será el correcto, estoy seguro.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Ahiram al viejo.

—¿Qué puede importar un nombre en un sitio como este? Aquí no hay nombres. Puede que nunca tuviese uno o tal vez sólo lo he olvidado.

—Yo soy Ahiram.

—Es un buen nombre, de hombre valiente. Esta noche demostrarás si le haces honor.

El resto de la tarde la pasaron ayudando al viejo ermitaño a preparar su barco para la travesía nocturna. El nuevo miembro del grupo no paraba de contar extrañas historias mientras trabajaba. A veces, incluso, parecía hablar solo o con alguien que no estaba allí; otras, se dirigía a Gerión con cierto desdén. Cuando acabaron de preparar el pequeño barco, Ahiram se retiró un poco del resto del grupo y se sentó en la orilla a observar el atardecer. En su mano derecha, como de costumbre, daba vueltas sin parar al betilo de color negro que guardaba con recelo desde que Adama se lo regaló. Los colores de aquel cielo extranjero se le antojaban hermosos y el olor a sal le agradaba. El corazón le latía apresuradamente mientras soñaba con rescatar a su amada y navegar con ella al día siguiente rumbo a Tiro con las bodegas repletas de plata. Daba por hecho que su misión tendría éxito, no sólo porque su determinación era fuerte, sino también porque contaba con la ayuda de hombres capaces, buenos amigos. Incluso el viejo loco le daba buena espina.

—¿Qué es eso que tienes en la mano? —preguntó el ermitaño, cuya presencia no había advertido Ahiram.

—Es un betilo. Una piedra caída del cielo lanzada por los dioses. Adama la encontró y me la regaló.

—Y esa piedra, ¿te da suerte?

—Sí, siempre me ha traído suerte.

—Bien, guárdala con cuidado, cerca del corazón. Esta noche necesitaremos toda la suerte que podamos convocar. Prepara tus cosas; nos vamos.

6

Comenzaron a navegar justo al anochecer, armados con las espadas que les había proporcionado Gerión y con el viejo al mando de la embarcación. Salieron de la playa, rodeando la Punta Solitaria y emprendiendo el rumbo a la isla. Mientras navegaban, el viejo cantaba en voz baja y, a veces, reía, alzando un poco más el tono. El barco no portaba ninguna luz, ni farolillos, ni antorchas; nada que pudiese provocar ser detectados en la oscuridad.

—Esto no me gusta —dijo Barekbaal—. No es propio de buenos marinos. Nunca se debe navegar de noche y sin usar ninguna luz; es una locura.

—Tranquilízate —respondió Gerión—. Este hombre conoce estas aguas tan bien como el vientre de la vieja zorra que lo trajo a este mundo.

—Es una locura. ¿Cómo puedes orientarte sin ver nada?
—preguntó el capitán al viejo.

—Usándolas a ellas —respondió el viejo, señalando las estrellas.

—Estás loco.

—No soy yo el que quiere profanar la isla olvidada para robar una mujer.

Lo que había dicho el ermitaño dejó a Barekbaal sin palabras. Después de todo, tenía razón. La expresión del capitán provocó una extraña risa a Gerión.

—Tranquilo, capitán. Confía en mí —dijo el tartesso.

Por su parte, Ahiram se encontraba en la proa del barco, sin prestar atención a las palabras que intercambiaban sus acompañantes. A lo lejos, ya era capaz de adivinar las tenues luces de las antorchas del templo. Trascurrida una hora, el viejo logró llevar el barco hasta la parte de la costa de la isla más alejada del templo. Habían conseguido tocar tierra sin ser vistos, pero ahora venía lo difícil.

—Tú espera aquí —ordenó Gerión al viejo.

—No pensaba moverme.

—Vosotros seguidme de cerca. No os distraigáis. Habrá guardias por todas partes.

Saltaron del barco y se adentraron en la isla. Caminaban agazapados, intentando cubrirse con la vegetación, las rocas y los árboles que poblaban el lugar. Durante el trayecto hacía el templo, divisaron a varios guardias, pero Gerión supo encontrar el camino

para sortearlos sin problemas. Se detuvieron a tan sólo unos metros del templo, ocultos tras unos arbustos.

—Ese es el templo —dijo el tartesso—. El edificio contiguo, ese de la derecha, es el que hace las veces de aposentos de las vírgenes. Ahora, seguidme con más cuidado.

Al decir esto, se tumbó bocabajo en el suelo y comenzó a arrastrarse en dirección al edificio. Ahiram y el capitán le seguían de cerca, reptando como serpientes en la oscuridad, sin hacer el más mínimo ruido. La puerta estaba custodiada por un guardia y había dos antorchas encendidas que iluminaban la entrada. Era imposible burlar al vigilante, así que Gerión se adelantó, puñal en mano, y le atacó desde atrás ágilmente, rajando su cuello mientras le tapaba la boca. Cuando la vida abandonó por completo el cuerpo de aquel enemigo, el tartesso lo arrastró hasta la oscuridad.

—Vía libre —dijo Gerión—. Dentro no puede haber guardias. Les está prohibida la entrada. Chico, ve. Busca a tu amada y tráela hasta aquí.

Sin dudar ni un solo segundo, Ahiram se apresuró al interior del edificio, portando la espada fuera de su vaina, sólo por si acaso. Al acceder al interior, pudo ver, al menos, a un centenar de muchachas dormidas en sus lechos, separados tan sólo unos metros unos de otros. Entonces, decidió emprender la búsqueda. La enorme estancia diáfana estaba iluminada por la luz de algunas antorchas, la suficiente para reconocer el rostro de Adama y perfecta para moverse en las sombras. Una chica, dos, veinte... y no la encontraba. Comenzó a ponerse nervioso. Empezó a dudar de que hubiese visto a Adama en la ceremonia celebrada en la ciudad. ¿Y si estaba embrujado? Puede que todo hubiese sido fruto de sus anhelos. En ese momento, detuvo su viaje por las sombras nocturnas. La encontró, en el catre de su derecha. Dormía plácidamente, con su tez blanquecina iluminada tímidamente por la luz de una antorcha. Reconocería su cara, aun siendo privado de la vista, en cualquier parte. Se acercó hasta ella y, tapando su boca con la mano derecha, le susurró:

—Adama. Adama, despierta. —La chica abrió los ojos y se sobresaltó al ver el de Ahiram junto a ella. Intentó gritar, peno no pudo hacerlo, ya que el muchacho tapaba su boca con la mano—. Soy yo. Tranquila, soy yo —repitió, retirando la mano de sus labios.

—Ahiram —dijo ella en voz baja.

—Sí, estoy aquí. He venido a buscarte.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Te vi en la ciudad, anoche, en la ceremonia. ¿Qué haces en Onoba, Adama?

—Cuando te fuiste, mi padre se endeudó. Tuvo que venderme para pagar sus deudas. Me compró un sacerdote de Baal tan sólo unos días

después de tu partida y me trajo hasta aquí.

—Todo eso no importa ya. He venido a buscarte para llevarte conmigo. Ahora tengo riquezas. Nuestro barco está repleto de ellas. Regresaremos a Tiro como hombres poderosos y tú serás mi mujer.

—Eso es imposible, Ahiram. Ahora soy sierva de Baal. Nos matarían.

—Nadie va a matarnos. Huiremos de aquí. Para cuando se den cuenta de que no estás, ya estaremos muy lejos.

—No puedo ir contigo. Está prohibido. Mi vida está consagrada a Baal ahora. Es más, no deberías estar aquí. Ningún hombre que no sea sacerdote puede pisar la isla.

—¿Qué dices? Adama, yo te quiero. Sé que tú también me quieres a mí. Ven conmigo.

—Te equivocas. Soy feliz aquí. No deberías haber venido.
Ahora, vete.

—Pero, Adama...

—Vete, Ahiram.

—No, no me iré sin ti —dijo, agarrando su brazo.

—¡Vete! —gritó la chica, despertando a algunas de las otras vírgenes.

—¡No! —gritó él, perdiendo toda noción de donde se encontraba.

—¡Infiel! —gritó Adama.

—¡Infiel! —comenzaron a gritar varias de las muchachas.

Los gritos alertaron a los guardias cercanos que se apresuraron a acudir en ayuda de las siervas de su dios. Gerión y Barekbaal seguían ocultos cerca de la puerta del edificio y fueron testigos del aluvión de guardias que se acercaba hasta ellos.

—¡Maldita sea! —dijo el tartesso—. Nos han descubierto.
El chico está perdido.

—Debemos huir. No hay forma de salvarle —dijo Barekbaal.

—Un tartesso no rehúye el combate —respondió Gerión—. Arrástrate hasta estar lo suficientemente lejos y, después, corre hasta el barco. Yo intentaré darle todo el tiempo que pueda al muchacho.

—Huyamos los dos. Es una locura.

—Haz lo que te digo. Si no estamos allí para cuando llegue al barco, zarpad.

Acto seguido, Gerión se levantó, dejando de estar oculto para los guardias que corrían hasta la puerta del edificio de las vírgenes, pero, en lugar de huir, comenzó a correr en dirección a ellos con su espada corta y su daga en las manos, gritando como un poseso.

—¡Por Baal! —gritaba.

Llegó hasta el primer guardia y le rebanó el cuello de un espadazo certero. Al segundo de ellos, le detuvo la acometida de su espada con la daga y, con un diestro movimiento, le cortó la mano para acabar

atravesándole el pecho un instante después. En tan sólo un abrir y cerrar de ojos, se encontraba rodeado por más de diez hombres y seguía peleando con fiereza, gritando y jadeando. Acabó con dos más antes de ser apuñalado varias veces por algunos de sus adversarios y cayó al suelo, muerto, con una mueca sonriente dibujada en el rostro. En cuanto acabaron con el tartesso, los guardias entraron en el edificio y apresaron al chico, sin que este pudiese hacer nada para evitarlo. Barekbaal corría con el corazón acelerado por efecto del miedo. A lo lejos, pudo escuchar los gritos que salían de la garganta de Gerión mientras luchaba con valentía antes de morir a manos de los guardias. Al llegar a la barca, desamarró la cuerda que la mantenía unida a la orilla con rapidez.

—Viejo, debemos irnos —dijo, jadeando.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Y el muchacho?

—Muerto o apresado. Gerión está muerto, de eso estoy seguro.

—Está bien, vayámonos de aquí —respondió el viejo.

Desplegó la pequeña vela de la embarcación y se adentraron en las oscuras aguas en medio del silencio nocturno. Atrás, en la isla, quedaba el jaleo propiciado por la detención de Ahiram.

7

Ahiram pasó el resto de la noche acariciando el betilo con sus manos, pues los guardias no habían conseguido encontrarlo entre sus ropas. En la oscuridad del calabozo en el que se encontraba, no paraba de pensar en Adama. ¿Cómo había podido ser tan ingenuo? Acabar encerrado y de ese modo le parecía de lo más injusto. La mujer que amaba lo había rechazado, eligiendo a un dios en vez de a él. En parte, era lógico elegir a la deidad, consagrar su vida a algo más grande. Al fin y al cabo, él sólo era un marino pobre. ¿Qué clase de futuro esperaba a la chica permaneciendo a su lado? Empezó a inquietarse cuando observó los primeros rayos de sol colándose por el pequeño agujero de la pared que hacía las veces de ventana de la celda. El revuelo causado en la isla había sido enorme. Hacía mucho que nadie se aventuraba en ella para robar a una de las vírgenes. Al poco rato después de amanecer, dos guardias se presentaron en el calabozo y abrieron la puerta. Lo condujeron hasta el templo, donde aguardaba Melkartt, presidiendo una especie de juicio. Allí, en la gran sala, estaban los sacerdotes más cercanos al regente. También estaba Adama, con la mirada pérdida en el infinito, pero lo que más llamó la atención del chico fue la enorme estatua del gran dios Baal que había tras el atril en el que se encontraba el sumo sacerdote. Los ojos del dios parecían observarle con una mirada de reproche por el hecho infame que había cometido.

—Comencemos —dijo Melkartt con tono solemne—.
¿Cómo te llamas? —preguntó al muchacho.

—Mi nombre es Ahiram. —Ahiram, ¿natural de…?

—De Tiro.

—Está bien, Ahiram de Tiro, estás aquí para responder por este acto deplorable, esta infame osadía cometida contra tu dios. ¿Cómo te declaras?

—Nunca quise atentar contra Baal, tan sólo… —El chico hizo una pausa mirando a Adama—. Vine por amor.

—El amor, una torpe ilusión de los mortales que les convierte en peligrosos. Sólo existe un tipo de amor que se considere puro: el amor a tu dios. Míralo, obsérvalo, ruega por su clemencia —continuó Melkartt, señalando la gran estatua.

—Mi alma sólo tiene una dueña —dijo Ahiram, acariciando sutilmente el betilo—. Desde que la conocí, le pertenece solamente a

ella, a nadie más.

—¡Infiel! —gritó el sumo sacerdote—. Blasfemo. Has intentado deshonrar a esta servidora de Baal con tu sucia lascivia.

—He visto mucho de lo que los sacerdotes de Baal consideráis honroso y prefiero encomendar mi alma y mi cuerpo a esta mujer antes que hacerlo a emborracharme y cometer actos poco honorables en nombre de vuestro dios. Vuestra alma está podrida. No habláis en nombre de Baal, tan sólo en el vuestro, para perpetuar vuestro poder en esta isla.

—Te equivocas. Hablo en nombre de nuestro dios, muchacho. Te lo demostraré. Adama, ven aquí, hija mía. —La chica se acercó al sumo sacerdote con andar dubitativo, temblorosa, y, caminando despacio, se colocó junto a él—. Esta mujer — dijo Melkartt en voz alta—, ha sido infectada con la semilla del mal. No hay cabida para el mal en esta sagrada isla, entre estos sagrados muros. Debe ser purgada.

Tras pronunciar estas palabras, uno de los acólitos del templo acercó un puñal dorado a Melkartt y este, sin dudar ni un solo segundo, rajo el cuello de la chica de oreja a oreja.

—¡No! —gritó Ahiram.

La imagen de la sangre de la mujer que amaba derramándose a borbotones por el suelo era más de lo que el chico podía soportar. Cerró los ojos, respiró y volvió a abrirlos para clavarlos en la figura de Melkartt, cuyo rostro dibujaba una mueca sonriente, de complacencia.

—¿Ves, muchacho? —dijo el sumo sacerdote mientras limpiaba el puñal en la túnica blanca de la chica que yacía, ya sin vida, tendida a sus pies—. Es la voluntad de Baal, pues lo que acabo de hacer no ha sido castigado.

—¡Te mataré! —gritó el chico.

—Tonterías... Tú no puedes matarme. Sólo Baal puede llevar a cabo ese cometido. Sin embargo, aún queda pendiente tu castigo.

—Lo que decidáis hacer conmigo nada me importa —respondió el chico, bajando la mirada.

—Arderás para ser purificado y tus gritos darán testimonio de que el mal abandona tu cuerpo por la gracia de Baal —sentenció Melkartt.

El resto de sacerdotes asintieron en silencio, dando así un consentimiento para nada necesario, pues era Melkartt y sólo Melkartt quien regía la isla a su parecer. Condujeron al exterior al muchacho y lo ataron a un tronco redondo sobre una pira de maderos empapados en aceite. Desde su ubicación, Ahiram podía ver el puerto de la ciudad situado frente a él y, un poco más a la izquierda, la ciudad de Onoba. Recordó en ese momento las palabras de Barekbaal al atracar en la ciudad: «En los puertos, cuando un barco zarpa, otro atraca en su lugar a las pocas horas. Vienen cargados de nuevas mercancías, gentes

y experiencias de vida. Nadie se aburre en los puertos, pues son como extrañas fronteras y es ahí, en las fronteras, donde el hombre toma medida de sí mismo y crece. Onoba es un puerto y, por lo tanto, esta ciudad no morirá nunca, será eterna, dibujándose a sí misma con diferentes contornos en el devenir de los días, siempre bella y brillante, sorprendente e inquieta. Así que no tenemos más que esperar a saber qué traerá la próxima marea a nuestras vidas y decidir qué hacer con ello.»

Acudieron el resto de las vírgenes, devolviéndole a la realidad, acompañadas por los sacerdotes. Todos los habitantes de la isla se dieron cita para ver el sacrificio, presidido por el sumo sacerdote. El chico oteaba el horizonte, cuya imagen se le antojaba hermosa una vez más. Los rayos del sol de la mañana reverberaban en el agua del río y calentaban su magullado cuerpo. Un barco cruzaba las aguas que separaban la isla de la ciudad, mientras el olor de la hierba y de los árboles frutales de la isla llegaba hasta sus fosas nasales. Se sentía vivo, más que nunca. Exhaló una gran bocanada de aquellos olores para llevárselos consigo a dondequiera que fuese. Tras hacerlo, fijó su vista en unas gaviotas que volaban juntas sobre el agua. Observó especialmente a una de ellas, una que estaba completamente quieta, suspendida en el aire sin moverse, como si algo la hubiese detenido allí, como si colgase de un extraño hilo imaginario. Detuvo su mirada en ella durante lo que le pareció un instante eterno y dejó volar su mente hacia otro lugar, a su casa en Tiro. Recordaba los olores y las sensaciones de su niñez cuando corría a casa a la hora de comer y se sentaba en la mesa junto a su familia. Recordó las ciudades que había visitado y las dispares personas que habitaban en ellas, pero, sobre todo, recordó el sabor de la piel de Adama, la tersura y calidez de su dermis, la forma en la que se estremecía cuando sus dedos la tocaban tímidamente. Paseó dulcemente por todos esos recuerdos durante ese instante perpetuo para quedarse ahí, suspendido en él, como el ave que divisaban sus ojos.

—¡Que arda! —gritó Melkartt—. Escuchemos sus gritos en nombre de Baal.

Dos de los guardias prendieron la pira con antorchas y se alejaron hasta una distancia segura. En pocos segundos, la madera empapada en aceite ardía como si se tratase de las mismísimas fraguas del infierno. El muchacho comenzó a sentir el dolor, a oler su propia carne quemada, pero se mantuvo lejos, allá en el cielo, volando junto a la gaviota, junto a su amada, y no profirió ni un solo grito ni el más mínimo ruido. Ardió en silencio para desgracia del sumo sacerdote, cuyo rostro se mostraba ahora contrariado, mientras los trozos de carne se desprendían de los huesos del chico.

En la distancia, en el puerto de Onoba, un hombre observaba el

penacho de humo que ascendía desde aquella hoguera. Se trataba de Baldo. El administrador contemplaba la imagen, sobrecogido, pensando que estaba viviendo lo que podía haber sido su fin, como si pudiese estar viendo una realidad alternativa, la de su propia existencia. De pronto, se sintió aliviado de la decisión que tomó años atrás. Había tratado de advertir al chico, pero fue inútil. Era un idiota y la estupidez se pagaba cara si Melkartt estaba de por medio. Apartó la vista de aquella hoguera para volver a sus quehaceres habituales en el almacén portuario, sin gastar un solo segundo más de su tiempo en pensar en cómo acabó la historia de aquel muchacho.

Surcando el final del río, encaminándose a lo profundo del mar, se encontraba el *hippoi* capitaneado por Barekbaal. Navegaba ahora justo frente a la isla prohibida. Casi podía olerse la carne quemada de Ahiram desde allí. Desde cubierta, el capitán observaba con lágrimas en los ojos cómo acababa de extinguirse la vida de su aprendiz de timonel, de su joven amigo. La noche anterior había escapado junto al viejo ermitaño. Una vez que llegaron a la Punta Solitaria, cabalgó sin descanso hasta llegar a Onoba. En cuanto amaneció, reunió a la tripulación y dio la orden de zarpar con los primeros vientos. En su mente, Ahiram ya estaba muerto, pero contemplar la imagen de su sacrificio le produjo una congoja indescriptible. Tal vez porque se creía un cobarde por huir de la isla sin intentar salvar al chico o puede que por no haber sido capaz de persuadirlo de que todo aquello era una locura.

—¡Remad! —gritó—. Remad para despedir a un hombre de Tiro. Que los malditos dioses vean cómo honramos a uno de los nuestros —continuó en voz baja.

A lo lejos, en la Punta Solitaria, un viejo observaba el humo que salía de la isla prohibida. Para el ermitaño, era fácil adivinar de qué se trataba. No era la primera vez que Melkartt ordenaba un sacrificio. Se sentó en la arena, con sus ojos clavados en el penacho que producían los restos de Ahiram al arder, pensativo, recordando su juventud y cómo había surcado el mar desde Tiro, al igual que el chico. Allí estaba, viejo, odiando su senectud. ¿Qué diferencia podía haber? Morir ardiendo en tu juventud, morir de viejo en tu propio lecho. ¿Qué podía cambiar un hombre en tan poco tiempo? El chico le había caído bien desde el primer momento. Le recordaba a él mismo cuando era un hombre y no una alimaña, cuando era un orgulloso marino de Tiro. Ahora, tan sólo resistía al paso del tiempo, esperando una muerte indigna que llegaría pronto. Era algo que podía sentir. Al hacer balance, su larga vida se le antojaba inútil. Sólo le había servido para aprender que los fanáticos y los locos siempre ganan, y que los hombres buenos mueren jóvenes o derrotados por los primeros, difamados como el muchacho que ardía en ese momento. De pronto,

fijó su maltrecha vista en un ave, una gaviota que surcaba el aire, graznando. El animal detuvo su grácil vuelo súbitamente para quedar suspendido en el aire como una marioneta cuyos hilos movían los dioses. «Eso somos, pobres marionetas privadas del libre albedrío. Nada tiene sentido», pensó.

II

1

Siglo III (Año 250 d. C.)

Cabalgaba al frente de la formación, absorto en sus pensamientos, vagando entre las luces y las sombras que el lugar al que se dirigía dibujaba en su mente. Abandonó su ciudad natal cuando tan sólo tenía nueve años. Ahora cargaba con treinta y cinco a sus espaldas; años duros con unos pocos instantes buenos y muchos malos. Su padre le envió a casa de su tío, en Éfeso, cuando era niño. Su pariente había hecho fortuna hasta convertirse en un comerciante adinerado de la hermosa ciudad. Aquel hombre, su padre, un desconocido muerto años atrás, pensaba que, enviándolo a una gran ciudad, tal vez alcanzaría la gloria que él nunca pudo atisbar. Había fallecido ocupando el mismo cargo que alcanzó en su juventud, el de *Optio stratorum*[8], una especie de vigilante de los soldados, y nunca llegó a ser centurión. Debido a su posición y al lugar en el que había nacido, decidió enviar a su hijo a una ciudad con más posibilidades de ascenso, en la que pudiera labrarse un gran futuro en el ejército al abrigo de la fortuna de su tío. «Si pudiese verme ahora», pensó. Tras años de duro servicio en las legiones, de participar en innumerables batallas y sobrevivir, tan sólo había alcanzado el grado de decurión[9]. Su ascendencia de baja cuna pesaba mucho más que sus méritos en el campo de batalla.

Sus hombres eran leales y fuertes; al menos, la mayoría de ellos. De la treintena que formaban la decuria que mandaba en ese momento, no conocía a todos. Hacía tiempo que había perdido la esperanza de escalar en el estamento militar y, para colmo, ahora le enviaban a la ciudad que lo vio nacer a cumplir una misión que no era del todo de su agrado. El nuevo emperador, Decio, quien había accedido al cargo tan sólo un año antes, decidió perseguir a todos los cristianos del Imperio, intentando así subsanar su declive. El emperador quería promover el retorno a las antiguas costumbres, obstinado en su idea de que, de esa forma, recuperarían la antigua gloria romana. Para él, todo eso no tenía demasiado sentido. Desde que ingresó en las legiones, no paró de combatir sin descanso contra multitud de enemigos, viendo cómo cada vez era más difícil contener a los pueblos que se adentraban en las fronteras del norte y sintiendo la impotencia de los camaradas que luchaban y morían a su lado,

hastiado por unas luchas internas de poder que no parecían tener fin y que debilitaban el ya de por sí ajado y maltrecho Imperio que parecía desmoronarse por momentos, como si de una gran roca sostenida por una fina paja se tratase. Miles de legionarios sostenían a su vez esa paja, a punto de quebrarse. La desesperanza y la angustia eran sentimientos extendidos en las legiones desde largo tiempo atrás. Lo veía en los ojos de sus hombres, de los ciudadanos romanos e, incluso, en los suyos propios. El edicto promulgado por el emperador trataba de ser la solución al derrumbe del mundo y si había alguna esperanza de salvarlo, lucharía hasta que no corriese sangre por sus venas, aun estando desesperado, pues era un soldado de Roma. No había conocido otra cosa más que eso en su vida; una vida que entregaría gustoso al servicio del Imperio. El viaje desde Éfeso había resultado más duro de lo que pensó. Por el camino, había perdido amigos y su preciado corcel, Loyal, que le había acompañado en multitud de batallas. Viajó en trirreme desde la gran ciudad hasta las costas de Hispania, concretamente hasta Cartago Nova. Desde allí, se dirigieron hasta Emérita Augusta, donde le proporcionaron su nueva montura, Velox, un caballo joven e impetuoso, pero fuerte y rápido como ninguno. Un auténtico semental hispano al que aún intentaba conocer y dominar.

Tras varios días de camino desde Emérita Augusta, estaban a punto de llegar a su destino: Onuba Aestuaria[10], ciudad que apenas lograba recordar. Un agujero en el confín de Hispania, lugar al que fue enviado sin lograr comprender los motivos. Sólo encontraba una razón: el odio que le procesaba su superior en Éfeso por haber mantenido relaciones con una muchacha que era del gusto de su rencoroso mando. Las murallas de Onuba Aestuaria se hicieron visibles al atardecer, cuando el sol veraniego comenzaba a dar algo de tregua a hombres y bestias. Antes de traspasarlas, cruzaron hermosos campos de trigo que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Una multitud de sensaciones invadió su cuerpo y, en el momento cumbre, el corazón del decurión se encogió al cruzar las puertas de su ciudad natal. Aquella era una ciudad pequeña comparada con Éfeso, pero, sin duda, había crecido mucho desde la última vez que pisó sus calles. Sus habitantes los observaban con interés mientras cabalgaban de camino al *castrum*[11] de la ciudad. Al llegar allí, el centurión a cargo del acuartelamiento los recibió.

—Se presenta el decurión Aulo Arrio —dijo tras bajar del caballo.

—Sí, decurión. Esperábamos vuestra llegada desde hace días —afirmó el centurión—. Mi nombre es Manus Procemus. Soy el centurión al mando del *castrum* de Onuba.

—Salve, Manus. ¿Podrías ordenar que trajesen algo de agua y comida para mis hombres y sus caballos?

—Por supuesto, decurión, aunque he de decirte que el duunviro te espera impaciente desde hace tiempo. Convendría que fueses inmediatamente al foro para reunirte con él.

—Así lo haré —respondió Aulo—. ¡Tessio! —gritó acto seguido. En tan sólo un instante, el jinete más próximo al decurión desmontó y se cuadró junto él.

—Dígame, señor —dijo Tessio.

—Que hombres y bestias coman y beban hasta saciarse. Después, acomodaos en vuestros aposentos. El centurión os proporcionará lo necesario, ¿no es así, Manus?

—Así es. Enseguida ordenaré que os alimenten y os acomoden.

—Gracias, centurión —respondió Aulo—. Tessio es mi segundo al mando. Consulta con él cualquier duda que tengas.
Ahora, si eres tan amable de indicarme el camino al foro...

—Haré que uno de mis legionarios te lleve hasta allí.

—Gracias, Manus.

Por el camino hacia el pequeño foro de la urbe, Aulo no paraba de escudriñar cada rincón de la ciudad que le vio nacer. Todo había cambiado en estos largos años en los que estuvo fuera: las murallas, los edificios e, incluso, las gentes que poblaban el lugar. En la bajada de camino al foro, se cruzaron con comerciantes que anunciaban sus productos vociferando: aceite, trigo, pescado. Las ánforas, llenas de atún en salazón, copaban los estantes de casi todos los puestecillos del mercado y su olor le saturaba las fosas nasales. Prostitutas ofreciendo sus servicios en cada esquina, niños jugando sonrientes... Las calles de Onuba rebosaban vida, algo muy diferente de lo que él recordaba. Al llegar al foro, desmontaron y dejó a Velox a cargo del legionario que lo acompañaba para continuar a pie su camino. Llegó hasta el espacio dedicado a la curia[12] de la urbe, donde se tomaban las decisiones de gobierno. Allí estaba el duunviro de la ciudad, presidiendo una reunión con varios altos cargos de la misma. Al ver a Aulo, el dignatario se levantó de su silla curul[13] y se le dibujó una mueca de satisfacción en el rostro.

—Al fin llegas. El tan esperado enviado del emperador — dijo el duunviro.

—Se presenta Aulo Arrio, decurión del emperador.

—¿Has dicho decurión? ¿Un decurión? ¿Yo pido ayuda con las incursiones de los piratas del sur, ayuda con los cristianos, ahora que el emperador los condena, y todo lo que envían es una decuria?

—Esas son las órdenes que recibí antes de partir de Éfeso. El viaje ha sido largo y difícil para mí y para mis hombres. Si no estáis contento, deberíais escribir al gobernador de la Tarraconensis[14] o al mismo emperador. Por mi parte, cumpliré con las órdenes que me han dado: acabar con el culto cristiano en la ciudad.

—Ya veo, decurión. Sois un hombre honorable. No creo que exista la necesidad de escribir a nadie —dijo el duunviro, cambiando el tono de su voz—. Estoy seguro de que un hombre curtido en mil batallas como tú será capaz de doblegar a los cristianos. Te veo cansado, Aulo Arrio. ¿Por qué no te retiras a descansar y esta noche, en la cena, nos honras con tu presencia a mí y a mi familia? Trae a tus hombres más próximos si así lo deseas. Mi nombre es Publio Sexto, duunviro de la ciudad, y estoy a tu servicio, decurión.

—Os lo agradezco, Publio. Con vuestro permiso, me retiraré a descansar. En la cena de esta noche me pondrá al corriente de ciertos asuntos.

—Claro, así lo haré.

A pesar de que aquellos hombres, el duunviro y el centurión, ostentaban un rango más alto que Aulo, vivían en un rincón alejado del Imperio, nunca habían entrado en batalla y no habían conocido ninguna de las grandes ciudades romanas. Eran hombres de las provincias que no habían visto mucho del mundo. Por el contrario, Aulo había participado en importantes batallas, se había codeado con hombres importantes y esto, además de que estaba allí a causa del edicto del mismísimo emperador de Roma, le concedía ciertas licencias al hablar. Para él, esta misión era un retroceso en su carrera, un incordio, y no podía reprimir su impulso de mostrarlo en cada ocasión.

Tras unas horas de descanso en el *castrum*, Aulo convocó a dos de sus hombres, los más allegados. Tessio era el hermano que nunca tuvo. Llevaban juntos en la legión desde que eran unos niños. Era natural de Éfeso, un jinete curtido en la batalla como él. Y Horacio, un forzudo jinete africano que se había incorporado a la decuria en Tarraco[15], pero que se había ganado la confianza de Aulo rápidamente por su lealtad y su gallardía en el combate. Era un hombre peculiar. De origen humilde, su madre había sido la esclava favorita de un noble de Tarraco. Al ser hijo bastardo del noble, no pudo heredar sus apellidos, pero su padre tuvo la decencia de hacerlo libre y obligarlo a alistarse en la legión. Acudieron a la villa de Publio Sexto, en la parte alta de la ciudad, ataviados con sus uniformes, habiéndolos limpiado previamente del polvo que habían acumulado en el largo viaje. Al llegar, fueron recibidos por esclavas y esclavos del duunviro que se ocuparon de los caballos y de guardar sus *gladius*[16].

—Bienvenido, Aulo Arrio y tus hombres, por supuesto.
Pasad, sed bienvenidos a mi humilde casa.

Pero aquella casa no tenía nada de humilde. Era lo bastante grande como para rivalizar con cualquiera de las que Aulo había visto en Éfeso y que pertenecían a familias mucho más nobles que la del duunviro. Repleta de mármoles y esculturas, con un patio central con

fuentes y flores, y compuesta por varios edificios de gran tamaño, la casa era, para Aulo, la más clara manifestación de la opulencia provinciana, ajena a todo cuanto acontecía en las fronteras del norte del Imperio. Disfrutando de las comodidades y de los lujos que proporcionaba la tranquilidad que daban aquellos hombres sin nombre que, como él mismo había hecho, defendían su estilo de vida. La misma figura del gobernante de la ciudad, rechoncha y vieja, era una clara manifestación de aquel Imperio, un hombre inútil, rodeado de esclavos que trabajaban para él.

—Gracias, Publio Sexto. Estos son mis capitanes: Tessio y Horacio.

—Vaya, tienes nombre de poeta —rio el duunviro al ver al enorme africano—; un poeta guerrero. Sin duda, sois hombres interesantes. Sentaos, por favor. Comamos y bebamos. He hecho traer el mejor vino de Hispania para vosotros. Lo merecéis después de tan largo viaje.

—Sois muy generoso, señor —dijo Tessio.

—Según tengo entendido, eres natural de Onuba, decurión —dijo Publio.

—Así es. Nací en esta ciudad. Mi padre me envió a Éfeso siendo yo muy joven y no he vuelto hasta ahora.

—Habrás podido comprobar el gran cambio que ha experimentado la ciudad durante tu ausencia. Gracias a mi gobierno, tenemos una industria de atún en salazón que rivaliza con la de Gadir. Nuestras increíbles salinas proporcionan la materia prima para un pescado que se reparte por todo el Imperio. Además de eso, conseguí acabar las murallas de defensa de la ciudad y he de decir que son espectaculares. El cultivo de trigo florece al calor de nuestro sol y nuestra luz, y es uno de los mejores de toda Hispania.

—Sí, he podido ver todo eso con mis propios ojos —respondió Aulo —. La ciudad ha cambiado mucho desde la última que la vi, aunque tan sólo era un niño y tengo un vago recuerdo de aquellos días.

—Cambiado para bien, espero —rio Publio.

En ese momento, hicieron acto de presencia cuatro mujeres vestidas con caros ropajes que las diferenciaban de las esclavas que servían la mesa. Tres de ellas, jóvenes y bellas, y, la última, vieja y arrugada, con una cabellera blanca que daba cuenta de su avanzada edad.

—Ah, por fin —dijo el duunviro, complacido—. Te presento a mi familia, decurión. Mi esposa Antonia, cuya existencia y tersa piel hacen que mi corazón palpite fervoroso.

—Piel de pasa... —dijo Horacio al oído de Tessio, arrancando la risa contenida de este bajo la mirada acusadora de Aulo.

—Y estas son mis tres hijas, las estrellas de la constelación que guía mi vida: Acia, Acerronia y Agripina.

Las muchachas, que parecían rozar la veintena, sí que eran bellas,

al contrario que su madre. Tenían hermosos cabellos dorados y largos, y una figura esbelta, muy alejada de la de sus progenitores. Los ojos de Tessio y de Horacio parecían salir de sus cuencas con aquella hermosa visión, hasta el punto de que Aulo tuvo que volver a aplacar sus ansias con una nueva mirada acusadora.

—Sentaos, florecillas —dijo Publio—. Dejaré de aburrir a estos valientes soldados con mis logros. En vez de eso, dejaremos que sean ellos quienes nos embelesen con historias de sus batallas. El decurión, Aulo Arrio, es un valiente soldado del emperador que ha luchado contra los bárbaros en las fronteras del norte, ¿no es así, decurión?

—Así es —respondió Aulo, algo molesto—, pero no creo que ese sea un tema de conversación apropiado para tratar esta noche y en tan agradable compañía.

—Tonterías, decurión. Aquí, en las provincias, nos aburrimos mucho y siempre estamos deseosos de buenas historias. ¿Luchasteis contra los germanos en Panonia? ¿Contra los godos en el Danubio?

—Contra los germanos —respondió Tessio—. Son hombres duros esos germanos, pero conseguimos expulsarlos, aunque no fue fácil. Perdimos a muchos buenos romanos para conseguirlo mientras ese pusilánime de Filipo el Árabe gozaba de la buena vida en Roma.

—Ya basta, Tessio —replicó Aulo.

—Así que luchasteis por el emperador Tiberio Claudio Pacatiano... —intervino, sorprendido, el duunviro—. Aunque después Filipo sofocó la rebelión y proclamó a Decio gobernador de la provincia y ahora es nuestro emperador. Ahora entiendo cuál es la causa de que hayáis acabado aquí, decurión.

—«Sofocó la rebelión» es un gran eufemismo dados los acontecimientos ocurridos allí, señor —dijo Tessio—. Muchos buenos soldados, hombres de Roma, fueron asesinados después de haber dado su sangre para defender las fronteras del Imperio.

—He dicho que basta, Tessio —replicó en un tono más alto Aulo—. No hay causa alguna, mi señor Publio. Estamos aquí sirviendo al emperador, como siempre hemos hecho y como siempre haremos.

—Sin duda, sin duda —contestó el duunviro—, y estoy seguro de que lo haréis bien. Sois hombres honorables.

El resto de la cena transcurrió sin incidentes. Dejaron atrás los temas escabrosos y se dedicaron a hablar del creciente culto cristiano, apoyado, años atrás, por emperadores como Trajano y que, a ojos del duunviro, suponía una gran amenaza para las costumbres romanas. Horacio, por su parte, estaba mucho más atento en provocar las sonrisas de las hermosas hijas de Publio, sobre todo las de Agripina, a la que parecía haberle caído en gracia el legionario. No tanto así a su madre, quien no paraba de intentar cortar la conversación que fluía entre ambos. Al concluir la velada, los soldados se despidieron

educadamente de sus anfitriones y emprendieron el camino hacia el *castrum* para descansar, ayudados por los efluvios del buen vino de Hispania que el duunviro les había ofrecido. Al retirarse a su catre, Aulo intentaba dormir como cada noche y, como siempre le ocurría, las imágenes de batallas y muerte invadían sus sueños, impidiéndole caer plácidamente en los brazos de Morfeo. Podía ver claramente los rostros de todos los hombres que cayeron bajo su mando y los de aquellos a los que él mismo había dado muerte. Veía a su antiguo caballo, Loyal, corriendo ensangrentado hacia la batalla, relinchando asustado, hasta que, sobre todo gracias a los efectos del vino, consiguió dormir.

2

A la mañana siguiente, Aulo despertó temprano. Desayunó un poco de queso con miel y pan junto a sus hombres, y convocó a sus dos subordinados de confianza para comprobar las defensas de la ciudad. Más tarde, hablaría con Manus, el centurión a cargo del *castrum* de Onuba, para que lo pusiese al corriente sobre actividades y cultos cristianos en la zona. Cabalgaron rodeando los muros recién estrenados de la ciudad, comprobando puntos débiles, así como la guardia que custodiaba las murallas. Tessio sugirió que subiesen a los muros para poder examinar todo con más detalle desde allí y el decurión aceptó su sugerencia. Llegaron a la parte más alta del muro que rodeaba Onuba. Desde lo alto del muro, se podían observar los dos ríos que acariciaban la tierra sobre la que se encontraba ubicada la ciudad. Alcanzaban a ver el puerto, en el que había varias naves atracadas, cargando y descargando mercancías. Al fondo, más allá de uno de los ríos, se encontraba la gran salina que abastecía la floreciente industria de pescado en salazón de la ciudad y, más a la izquierda, una isla, en la que podían adivinarse varias construcciones.

—Es un lugar con magia —dijo Tessio—. No comprendo por qué nunca quisiste volver. Mira cómo confluyen los ríos para morir juntos en el océano. ¿Cómo se llaman?

—El más cercano a la ciudad es el Luxia. El otro se llama Urium[17] —respondió el decurión.

—¿Y aquella isla? —preguntó Horacio.

—En ella hay un templo dedicado a Júpiter. Contaban los viejos, cuando yo no era más que un niño, que en la isla hubo un templo dedicado al mismísimo Heracles y que fue sobre esas ruinas sobre las que se edificó el templo. Aunque, por lo que puedo ver desde aquí, han construido más edificios.

—¿Has estado allí alguna vez? —dijo Tessio.

—No, nunca.

—Deberíamos ir —sugirió Horacio.

—No estamos aquí para visitar templos ni para seducir jovencitas —respondió Aulo—. Ya sabéis a qué hemos venido. Vayamos a ver a Manus para que nos ponga al corriente de las actividades de los cristianos en la ciudad.

—El decurión siempre aguando la fiesta —comentó Horacio entre risas.

—Sí, el gran decurión de Onuba ha vuelto a la ciudad — añadió Tessio, riendo también.

Las palabras de sus amigos provocaron una carcajada a Aulo. Los tres rieron durante un rato mientras observaban cómo los primeros rayos del sol de verano se filtraban por las nubes para morir reflejándose en el agua de los caudalosos ríos y de los canales que podían observar desde la muralla. Aquellos olores veraniegos trasportaban a Aulo hasta su niñez. Fragancias estivales que casi había olvidado después de tanto olor a sangre y a lluvia en las lejanas fronteras del norte. El sentimiento inicial de hastío por volver a su ciudad natal, junto a aquellos recuerdos de su padre y la sensación de haber ido a menos en el escalafón militar, provocándole pesadumbre, iba desapareciendo del corazón del decurión para dar paso a uno de éxtasis. Una extraña sensación de que aún le quedaba mucho por descubrir en este lugar acaparaba su mente, ávida de nuevos descubrimientos. Cabalgaron hasta el *castrum* en busca de Manus Procemus, quien los puso al corriente de cuanto sabía acerca de los cultos cristianos en la ciudad.

—¿Cómo dices? —volvió a preguntar Aulo.

—Lo que has oído. La mitad de la ciudad es cristiana. Muchos de mis hombres lo son. —¿Cómo es eso posible?

—Han sido siglos en los que no se perseguía su culto. Aquí, en las provincias, ha calado en la población.

—La mitad de la ciudad... ¿Qué pretenden? ¿Qué aprese a media ciudad?

—En mi opinión, si me lo permites, decurión —dijo el centurión—, deberías acabar con los lugares de culto más importantes. Quizás, con algunos de los cabecillas cristianos.
Con eso debería bastar.

—¿Conoces a alguno de esos cabecillas?

—Claro. ¿Conoces la isla que hay junto a las salinas, en la que se encuentra el templo dedicado a Júpiter?

—Sí, la conozco. Esta misma mañana la observamos desde las murallas.

—En ella vive un hombre que ha hecho fortuna trasportando pescado en salazón. Un acaudalado ciudadano. Es uno de los cristianos más influyentes de la ciudad. Si alguien está preparando algún tipo de acción en contra del edicto del emperador, él debe saberlo.

—Esa será entonces nuestra primera parada. Gracias por tu ayuda, centurión.

—¿Me permites un consejo, decurión?

—Habla.

—Pareces un hombre inteligente. Debes saber que esto no es Roma, ni siquiera Éfeso. Estás muy lejos del poder absoluto del

emperador. Aquí la gente tiene sus costumbres.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo digo que vayas con cuidado.

—Somos soldados de Roma. Aquí y en cualquier rincón del Imperio. Nosotros somos la ley y debemos cumplir los designios del emperador, aunque no los compartamos. Ese es nuestro cometido. ¿Puedo contar con tu ayuda?

—Por supuesto. Tan sólo digo que…

—Sé a qué te refieres —dijo Aulo antes de que el centurión pudiese acabar su frase—. Iremos con cuidado.

Aulo ordenó preparar un pequeño contingente de hombres, compuesto a partes iguales por los suyos y por los legionarios de la ciudad. Diez legionarios, entre los que estaban sus dos amigos, para visitar la casa del acaudalado cristiano en la isla ese mismo día. Cabalgarían hasta el puerto, desde donde viajarían hasta la isla en un pequeño birreme[18] que el duunviro de Onuba les prestaría. De camino al puerto, Aulo pudo notar las miradas acusadoras de los habitantes de la ciudad mientras él y sus hombres atravesaban las calles de esta. Una atmosfera tenue, a pesar del día soleado que les otorgaban los dioses, entre la que se mantenía una débil armonía a base de la fuerza que imponían las armas que llevaban al cinto. Cuando casi habían concluido el desplazamiento hasta el puerto, llegaron a una pequeña plaza repleta de puestecillos en los que se vendía toda clase de enseres: verduras, carnes, vestidos, pescado... Los gritos de un hombre que rozaba la cuarentena sobresalían entre los que daban los comerciantes anunciando sus productos, llamando la atención de Aulo y de sus hombres.

—¡Eres una zorra! —gritaba el hombre.

—¿Qué ocurre ahí? —preguntó Aulo a Tessio.

Enseguida y sin mediar palabra, el jinete se acercó hasta el lugar desde el que el hombre profería los gritos. En poco más de un minuto, Tessio volvió junto al decurión.

—Al parecer es su mujer. Nada que nos incumba —dijo Tessio.

En ese momento, el hombre comenzó a propinar una paliza a la mujer a la que gritaba instantes antes. Aulo desmontó del caballo sin dudarlo un segundo y corrió hacia él. Con un golpe certero en la parte posterior de la rodilla del individuo, le hizo caer al suelo.

—¡Basta ya! —gritó Aulo.

El tipo giró en el suelo hasta poder ver a quien le había golpeado, pero, a pesar de reparar en el uniforme del decurión, se levantó rápidamente del suelo con una clara expresión de furia en su rostro.

—No es asunto tuyo —gritó—. Aquí no tienes nada que decir, soldado. Es mi mujer.

—Pues aprende a tratarla como es debido.

—¿Quién eres tú para decirme lo que debo hacer con ella? —dijo el individuo mientras cogía un cuchillo del estante de pescado cercano.

—¡Cuidado! —advirtió Aulo a su contrincante—. Piensa bien lo que vas a haces antes de hacerlo; yo no soy una mujer desarmada.

El sujeto, bastante más corpulento que el decurión, con una larga barba de color negro y los ojos llenos de furia, apretó el mango del cuchillo y emitió una especie de gruñido. En ese momento, los hombres de Aulo ya rodeaban al tipo, aún subidos en sus monturas. La gente que ocupaba la plaza observaba la escena sin inmutarse, esperando a ver qué ocurría. Entonces, su adversario atacó cuchillo en mano. Aulo se mantuvo quieto. Parecía no haber intuido el ataque de su rival, hasta que, en el último momento, el decurión esquivó la puñalada con un movimiento certero. Sin ni siquiera desenfundar su gladio, propinó un golpe directo al cuello de su atacante, quien quedó sin respiración. El tipo dejó caer el cuchillo de su mano, llevando ambas a su cuello, intentando tomar una bocanada de aire. Un murmullo comenzó a escucharse entre la multitud. La gente parecía no estar contenta con la actuación del decurión. El cuchicheo se convirtió en gritos y estos, en amenazas.

—¡Fuera! —gritaban unos.

—¡Perros extranjeros! —vociferaban otros.

La misma mujer a la que Aulo había protegido se acercó hasta él para escupirle a la cara. Tessio y el resto de los hombres que acompañaban al decurión desmontaron y formaron un circulo a su alrededor.

—Detened a este hombre —ordenó Aulo.

—¡Libertad de culto! —gritó un muchacho que estaba junto a Tessio.

—Llevaos a ese también —mandó el soldado.

Los legionarios sacaron sus gladios y levantaron sus escudos para disolver al vulgo mientras apresaban a los dos hombres. El tumulto comenzaba a disolverse y las lenguas a acallarse. Para entonces, la mirada del decurión se detuvo en una mujer que estaba frente a él, tras los escudos de sus legionarios. Su rostro le sacó de la escena súbitamente. Casi consiguió arrancarle del mismísimo mundo. La gente pareció desaparecer a su alrededor. Tan sólo quedaban ellos dos allí. Era una chica de unos veinticinco años, con una preciosa melena rizada de color azabache. Sus ojos eran grandes y de color verde, y sus labios parecían gajos de fresca y dulce naranja, esperando a ser probados. Su silueta era perfecta, con pechos prominentes y caderas sinuosas. Era la mujer más bella que Aulo había visto en toda su vida y no paraba de mirarle. Cuando todo el mundo volvió a sus quehaceres y la situación quedó controlada, Tessio ordenó a sus

hombres que envainaran las espadas. La plaza recuperó su aspecto cotidiano, pero aquella mujer seguía con su mirada clavada en el decurión y él seguía mirándola a ella.

—Muy valiente, soldado —dijo la chica, dirigiéndose a Aulo—. Hoy has detenido a un borracho y a un muchacho. Eres un soldado digno del emperador.

—Yo… —dijo Aulo sin poder articular más palabras. Era como si hubiese perdido la capacidad de hablar.

—Veo que también cuentas con el don de la elocuencia.

—Intentaba proteger a esa mujer, mi señora —dijo tembloroso.

—Y sin duda lo has hecho. Cuando liberes a su marido, le dará una paliza aún peor y seguro que ese muchacho es muy peligroso.

—Ha atentado contra los soldados del emperador y es cristiano. ¿Sabéis qué es lo que ha proclamado el emperador con respecto a los cristianos?

—Sí, lo sé —respondió ella—. Ya veo que cuenta con perros dóciles que cumplan su voluntad.

—¿Qué debería haber hecho, según tú?

—No lo sé. Yo no soy un gran soldado romano; sólo una pobre mujer indefensa —dijo la chica, desafiante.

—¿La detenemos también? —preguntó Horacio a Aulo en tono bromista, pues era consciente de lo que pasaba por la mente del decurión.

—Decidme vuestro nombre, mi señora —pidió Aulo, tras retirar su mirada acusadora de Horacio y volver a plantarla en la mujer.

—¿Mi nombre? ¿Sabrías siquiera escribirlo? Los hombres como tú no conocen nada más allá del mango de su espada.

—No la he usado hoy —replicó Aulo, vivaz—, tan sólo la palabra.

—Y también la fuerza.

—No me dejaron otra opción.

—Siempre hay otra opción, soldado, aunque no espero que alguien como tú pueda comprender eso. Si quieres saber mi nombre, tendrás que detenerme e interrogarme. ¿Es eso lo que harás?

—No, mi señora. Sois libre de ir a donde queráis.

—Adiós entonces, valiente soldado —se despidió antes de alejarse calle abajo.

3

El viento soplaba y agitaba el cabello negro azabache del decurión. Aquel viento parecía ser responsable de haber detenido el tiempo mientras surcaban el trecho de agua que separaba la ciudad de la isla. Aulo, apostado a solas en un lateral del barco, no paraba de pensar en aquella muchacha irreverente que se había clavado en sus pensamientos. Manteniéndose en una abstracta soledad, no dejaba de cavilar acerca del motivo por el que había sido enviado a su ciudad natal. Aquella joven había logrado trastocar su perfecta comprensión del mundo en el que vivía.

—Aulo, hemos llegado —dijo Tessio, dando un golpe en la espalda del decurión.

Abandonaron la embarcación y emprendieron el trayecto hacia la villa del supuesto cabecilla cristiano del lugar. Por el camino, atravesaron diversos huertos cuidados por esclavos, así como zonas plagadas de árboles frutales de todo tipo.

—Vaya con estos cristianos... —dijo Tessio en tono sarcástico—. Tienen más esclavos que el mismísimo emperador.

Cruzaron las zonas ajardinadas de la villa, plagadas de flores y fuentes, hasta que, al llegar junto a una de estas, Aulo pudo divisar a una joven reclinada en un kline[19] mientras ojeaba un pergamino. El decurión no podía creer lo que veían sus ojos. Aquella muchacha resultó ser la misma que le había increpado en la ciudad unas horas antes.

—Bienvenido a mi casa, soldado —dijo la muchacha, levantando la vista de su lectura.

—No soy soldado. Soy… Bueno, no importa.

—Supongo que has venido a hablar con mi padre.

—¿Tu padre es el señor de la casa?

—Así es.

—Pues, entonces, sí. He venido a hablar con él.

—Puedes pasar. Creo que te está esperando.

Aulo se dirigió al interior de la villa sin mediar más palabras con la chica, acompañado por sus hombres. Una vez dentro, pudo divisar a un hombre con aspecto de anciano, pelo canoso y barba blanca muy bien cuidada. El viejo vestía ropajes de señor y estaba acompañado por dos muchachas no mucho mayores que su hija.

—¡Ah! Bienvenido a mi humilde morada, soldado —dijo el viejo al

ver entrar a Aulo y a sus hombres. «Debe ser algo de familia...», pensó Aulo—. Me llamo Gaius Manius y soy el humilde propietario de la villa en la que te encuentras.

—Yo soy Aulo Arrio, decurión enviado aquí por el emperador. Dicho esto, no me parece que tu casa sea demasiado humilde, pero sólo soy un soldado. Además, tengo entendido que eres algo más que un comerciante con una bonita villa en una isla. ¿Podemos hablar a solas en alguna parte, Gaius?

—Por supuesto. —El tono del viejo había cambiado notoriamente al escuchar las palabras de Aulo—. Acompáñame. —El señor de la villa guio al decurión a una sala contigua, dejando a sus esclavas junto a Tessio y Horacio en la anterior—.

Toma asiento, por favor. ¿Deseas un poco de vino?

—Sí, gracias.

—Dime, decurión, ¿cuál es ese asunto del que deseas hablarme? —preguntó el viejo mientras servía un par de copas de vino.

—Como he dicho, he sido enviado aquí por el emperador, pero no te dije con qué fin —contestó e hizo una pausa que se antojó eterna para Gaius—. Se me ha encomendado la tarea de acabar con todo culto cristiano en la ciudad y arrestar y ajusticiar a todo aquel que se resista a abandonar estas prácticas.

—Comprendo —respondió Gaius mientras ofrecía su copa a Aulo.

—He venido hoy a tu casa porque he sido informado de que se te podría considerar el líder de los cristianos en la ciudad.

—¿Líder? Podría decirse que soy algo así, sí.

—Entonces, no lo niegas. Eres su líder.

—No creo que tenga que negar nada. Soy cristiano, muchos lo somos aquí, y siempre hemos convivido en paz con el resto de los habitantes del lugar.

—Eso se acabó —dijo Aulo, mirando fijamente a los ojos del viejo —. Precisamente por eso he venido a hablar contigo. Quiero que cesen todas vuestras prácticas en esta ciudad. Los que continúen serán arrestados y castigados. Estoy seguro de que estás al tanto de la nueva política del emperador.

—Sí, conozco su política. Decio está asesinando cristianos por todo el Imperio, acabando así con cientos de años de paz.

—Ten cuidado al pronunciar esas palabras ante otra persona que no sea tan indulgente como yo. No estoy aquí para charlar acerca del buen juicio del emperador. No me corresponde a mí juzgarlo. He venido a pedirte que controles a los cristianos para que abandonen sus ritos y oraciones. ¿Podrás hacer que eso ocurra?

—Puedo intentarlo.

—Debes conseguirlo. No hace falta que te diga lo que ocurrirá si no es así, ¿verdad?

—No, no hace falta.

—Todo arreglado entonces. Veo que eres un hombre razonable y me alegro de que así sea. Soy un soldado. No me gusta masacrar a hombres y a mujeres porque recen a un dios o a otro, pero has de saber que cumpliré los designios del emperador.

—Haré todo lo que esté en mis manos.

—Una cosa más. Tu hija, ¿también es cristiana?

—¿Mi hija? Sí, lo es. Es algo que ha decidido ella misma. ¿Por qué me preguntas eso?

—Es una mujer muy bella. La he conocido hoy en la ciudad. Tan bella como intransigente y tozuda. Deberías refrenar sus impulsos. La próxima vez puede que no encuentre a alguien tan comprensivo como yo.

—Hablaré con ella.

—Pues no hay nada más que hablar, Gaius —dijo Aulo, poniéndose en pie—. Espero no tener que retomar este tema nunca más.

El soldado se dirigía hacia la salida de la estancia cuando el viejo lo llamó con un tono diferente al que había mantenido durante la conversación.

—Decurión.

—¿Sí? —respondió Aulo, girándose.

—Has venido hasta mi casa para advertirme gentilmente. Permíteme que te haga yo una advertencia a ti ahora. Roma queda muy lejos. Para comprender los sentimientos de los habitantes de esta ciudad debes vivir aquí. Los designios del emperador aquí son sólo susurros. Ten cuidado porque puede que tú también encuentres a personas menos razonables que yo.

—Lo tendré —respondió en tono jocoso.

—Y otra cosa, soldado: no te acerques a mi hija.

—¿O qué? —dijo justo antes de abandonar la estancia. Sin pensarlo dos veces, se dirigió hasta el patio en el que se encontraba aquella extraña cristiana que nublaba su buen juicio. La encontró leyendo, tal y como la había abandonado minutos antes—. ¿Puedo saber qué lees?

—A Juvenal —respondió ella.

—Muy apropiado. Sus *Sátiras* son muy del agrado de los cristianos. —Mientras hablaban, Aulo se percató de que la muchacha jugueteaba en su mano derecha con una extraña piedra de color negro brillante—. ¿Qué es eso que acaricias tan suavemente?

—Sólo es una rara piedra que encontré en la isla. Llamó mi atención y, desde entonces, la guardo cerca.

—¿Vas a decirme tu nombre?

—¿Puedo pedirte algo a cambio de mi nombre?

—Pide.

—Me llamo Lidia. Quiero que me acompañes a un lugar.

—Has dicho tu nombre antes de realizar tu petición.

—Porque sabía que aceptarías —respondió ella con una pícara sonrisa que iluminaba su rostro.

Cruzaron juntos la franja de agua que separaba la isla de la ciudad. Una vez allí, Aulo dio instrucciones a sus hombres, ensilló a Velox y, juntos, cabalgaron a su grupa, siguiendo siempre las indicaciones que Lidia iba dándole para guiarlos a ambos, hombre y bestia. Fueron en dirección este, prácticamente bordeando las aguas de la desembocadura del Urium, hasta llegar al lugar en el que se unía con la de otro gran río, el Luxia. La pequeña playa, justo en la confluencia de los dos ríos, era bellísima. Un poco más lejos, justo frente a la playa y cruzando el Luxia, una gran zona boscosa plagada de pinos se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

—Es un lugar precioso —dijo Aulo tras bajar del caballo.

—Te he traído aquí por una razón. Sígueme.

Caminaron por aquella arena blanca hasta llegar a la orilla, donde había un par de pequeñas barcas atracadas. Un grupo de hombres de piel tostada por el sol recogían redes y otros bártulos dedicados, sin duda, a la pesca.

—¡Criso! —gritó Lidia.

—¡Muchacha! —respondió uno de los hombres.

Parecía ser el que hacía las veces de patrón en el grupo. Un hombre de avanzada edad, con la piel curtida por el sol y una gran barba blanca. Al ver a Aulo junto a ella, vestido con su uniforme, el pescador cambió el semblante.

—¿Qué ocurre? —preguntó el hombre, asustado.

—Tranquilo, viene conmigo —respondió Lidia, intentando calmar al patrón y a sus hombres—. Tenemos una transacción pendiente tú y yo.

—No me he olvidado de ti. Lo he traído.

—¡Bien! Aunque no es para mí; es para él.

El anciano se acercó a uno de los botes, recogió algo y volvió rápidamente hasta ellos. Alargó el brazo para darle algo a la chica: un pequeño colgante de color plateado con la figura de un pez en su extremo. Ella lo cogió y, acto seguido, lo pasó por el cuello de Aulo.

—Es tuyo.

—Lidia, yo no…

—Lo sé. Ocúltalo bajo tu lorica[20] —dijo ella sin darle tiempo a acabar la frase.

—Pero es un símbolo cristiano...

—Soy cristiana, Aulo. Es un regalo. Siempre que lo mires, me recordarás.

Al cabo de un rato, los pescadores se retiraron en sus barcas,

dejando toda la playa para ellos. Pasaron allí horas. Hablaron, se besaron y Aulo empezó a caer en la cuenta de que aquella muchacha estaba calando en un lugar muy profundo de su corazón. Cayó la noche, pero decidieron quedarse. Encendieron una fogata en la que cocinaron unos cuantos peces, regalo del patrón amigo de Lidia, y, después de llenar sus estómagos, la tomó en la playa. Desnudos en la arena, junto al fuego, se entregaron el uno al otro sin importar sus creencias, sus familias o sus deberes. En el mundo sólo estaban ellos dos, tan solos como en aquella playa. Nada importaba más que el tacto de sus pieles y el sabor de sus bocas. La brisa de la mañana despertó al decurión. Aún estaban desnudos y el sol iluminaba la preciosa piel de Lidia, quien seguía dormida. Mostraba sus sinuosos contornos y hacía que su frondosa caballera negra reflejase sus rayos, deslumbrándolo. El hechizo se había consumado. Al contemplarla, enseguida comprendió que ya no podría escapar de ella. Era suyo, suyo por completo, lo que suponía un grave problema. La muchacha abrió sus enormes ojos verdes, fijándolos en él.

—Debemos volver —dijo Aulo.

Una vez vestidos, subieron a lomos de Velox y cabalgaron en dirección a la ciudad, pero, cuando llegaron cerca de los muros, lo que observaron espantó sus corazones aún más.

4

Velox detuvo el galope por orden de su amo mientras Lidia se aferraba, temblorosa, a su espalda. Su camino a la ciudad pasaba por la entrada más cercana al puerto, pero ahora tendrían que cambiarlo.

—La ciudad está bajo asedio —dijo la chica.

Aulo había presenciado muchos asedios y aquello no lo parecía en absoluto. Eran simples piratas, hombres despreciables a los ojos de un soldado de Roma. Atacaban pequeñas poblaciones costeras que contaban con guarniciones minoritarias de forma intermitente, aprovechando la lejanía del grueso de las tropas. No, no era un asedio, aunque sí lo suficientemente preocupante. Se trataba de unos cuatrocientos hombres que parecían estar bien armados. La ciudad no contaba con más de cien legionarios dentro de sus murallas, a lo que había que unir la decuria de Aulo. No cabía duda de que estaban en desventaja, pero, ahora, Onuba contaba con una sólida muralla que sería la clave de una contienda en la que se encontraban en inferioridad. Sin pensarlo dos veces, tiró de las riendas y condujo a Velox en dirección norte, rodeando la muralla para intentar acceder al interior de la ciudad por la puerta de la zona alta. Tras unos minutos cabalgando, alcanzaron a su destino, la puerta norte, que estaba cerrada. Los guardias vieron al decurión desde la muralla y este les pidió paso. La gran puerta se abrió, emitiendo un gran crujido al hacerlo. Tras ello, Aulo y Lidia accedieron al interior de la ciudad. Se dirigieron al acuartelamiento en busca de los hombres de su decuria. Cuando llegaron, pudieron observar el desorden reinante en el lugar. Todos estaban nerviosos; todos menos sus hombres, acostumbrados a este tipo de lances. Manus Procemus seguía en el *castrum*, aún no había acudido a la muralla sur para hacer frente a los asaltantes.

—Quédate en el interior, Lidia. Aquí estarás más segura.

La chica asintió tras bajar del caballo.

—El decurión se digna a aparecer —dijo Manus, acercándose a Velox. La mirada de Aulo disuadió al comandante de la guarnición de hacer más comentarios.

—Escucha, Procemus: envía a todo hombre disponible a la muralla sur. Que lleven arcos y se preparen. Saldré con mis hombres fuera de los muros y, cuando te dé la señal, suelta una descarga, pero dispara sólo con mi señal.

—¡Estás loco! ¿Vas a combatir fuera de la muralla? —espetó

Manus.

—Eso he dicho. Recuerda: dispara sólo cuando te dé las señales.

Tessio y Horacio se acercaron al decurión subidos en sus monturas y pertrechados para la batalla.

—Todos están preparados —dijo Tessio, acercando su casco a Aulo —. Horacio llegó a apostar que no vendrías, pero yo sabía que no te perderías lo más interesante que ha ocurrido en esta mierda de ciudad.

—¿Y el resto de los hombres? —preguntó Aulo.

—Todos a caballo y listos, esperando a su decurión a las puertas del *castrum* —respondió Tessio en un tono de chanza irreverente.

—Pues no perdamos tiempo.

Cabalgaron en dirección a la puerta norte y el resto de la decuria les siguió con sólo pasar a su lado. Salieron de la ciudad y galoparon en dirección sur, bordeando la muralla oeste. Cuando tuvieron a la vista a los piratas, Aulo detuvo la columna.

—Tienen escalas —dijo Horacio, observando el ataque—. Están penetrando en la ciudad.

—Manus Procemus deberá ocuparse de eso. Nosotros nos centraremos en el grueso de sus fuerzas.

Una veintena de piratas había conseguido escalar la muralla y el resto intentaba seguirles. Desde su posición, pudieron observar la lucha que se estaba llevando a cabo en lo alto de los muros por parte de los hombres comandados por Procemus.

—¡Hombres! —gritó Aulo—. Cargaremos desde aquí, atacando su flanco izquierdo. Estamos en inferioridad, pero no nos esperan. Les barreremos como al polvo con nuestros caballos. Una carga después de que nuestros aliados de la muralla suelten una descarga de flechas y repetiremos la maniobra desde el otro lado. Una y otra vez, hasta que huyan o nos maten. —Los hombres gritaron al unísono tras las palabras de su líder—. Horacio, la señal.

El enorme jinete prendió fuego a una de sus flechas y la disparó lo más alto que pudo. El proyectil tuvo el efecto deseado. Instantes después, una pequeña lluvia de flechas voló hasta los piratas que estaban junto a la muralla.

—¡Ahora! ¡Cargad!

Los jinetes comenzaron a galopar, fustigando a sus corceles con la intención de poder mantener el ritmo de Velox, que era el más rápido. La carga cogió por sorpresa a los asaltantes y, para cuando quisieron reaccionar, tenían encima a toda una decuria. Las bestias barrieron a los hombres como si de aplastar trigo se tratase. Las lanzas de los romanos los ensartaron sin tregua y la devastación creada en la inexistente formación enemiga fue total. Cuando lograron dejar atrás a sus contrincantes, Horacio volvió a disparar una flecha ardiente al

cielo, generando así otra descarga desde la muralla que hizo muchos más estragos en las líneas enemigas que la anterior.

—¡Cargad!

Con el grito, otra nueva carga de la caballería que desarboló por completo el resto de la formación pirata. Por su parte, los hombres de Manus seguían combatiendo a los que habían logrado escalar los muros. El resto del contingente pirata se batió en retirada a la carrera.

—Tessio, manda la mitad de la decuria y entra en la ciudad para ayudar a Manus —ordenó Aulo—. El resto, conmigo. Les haremos pagar caro su osadía mientras huyen.

La mitad del grupo siguió a Tessio en dirección a Onuba y el resto cabalgó tras su líder, masacrando lo que quedaba de los asaltantes que, en aquel momento, eran la mitad de los que habían desembarcado para atacar. Tan sólo unos cien piratas consiguieron llegar con vida a sus barcos para poder retirarse y vivir otro día. Las pérdidas en el bando romano fueron mínimas: unos diez hombres de Manus y dos jinetes de la decuria. Cuando todo acabó, Aulo se dirigió al interior de la ciudad, bajó de su caballo junto a la puerta sur y se quitó el casco. Lavó la sangre y el sudor de su cara en un cubo que encontró junto al muro mientras Procemus bajaba del mismo en dirección a él.

—¡Decurión! —gritó el comandante—. Buena batalla. Es la primera vez que conseguimos repeler un ataque de esta magnitud con tanta facilidad. Ahora eres un héroe.

—Procura los cuidados pertinentes a mis hombres. Hay algunos heridos.

—Tú también lo estás —respondió Manus, observando un corte poco profundo en la pierna de Aulo.

—Estoy bien. Atiende a mis hombres.

En ese momento, un mensajero que llegaba a la carrera entró en escena.

—El duunviro solicita la presencia del decurión en su villa.

Manus y Aulo miraron al muchacho que aún jadeaba por el esfuerzo de la carrera. Acto seguido, se dirigieron una mirada mutua y no contestaron.

—Mi señor, el duunviro…

—Te hemos oído la primera vez —respondió Manus antes de que el mensajero pudiese acabar su frase—. Dile a tu señor que el decurión acudirá en cuanto pueda. Ahora, retírate.

Horas más tarde, cuando casi había caído el sol, Aulo se dirigía a la casa del duunviro, dándole vueltas a todo lo sucedido. No era la batalla acontecida recientemente lo que ocupaba su mente precisamente, sino una joven y bella mujer cristiana que lo había hecho caer en un profundo estado de limerencia. Era la preocupación

por el bienestar de aquella chica la que guio su espada en la contienda con los piratas y era esa misma inquietud la que perturbaba su corazón mientras se acercaba a su destino. Si Publio Sexto llegase a enterarse de lo ocurrido, tendría problemas, graves problemas. Debía actuar con cautela, confiar sólo en sus hombres más allegados y evaluar su situación con más detalle en otro momento. Cruzó las solitarias calles de la ciudad a pie. Al parecer, todo el mundo se reunía en la plaza esa noche para celebrar la gran victoria conseguida durante el día. Dejó a Velox a cargo de un mozo de cuadras del *castrum* para que descansase tras la batalla. El chico se había ganado la confianza de Aulo, cosa que no solía resultar sencilla, gracias a sus conocimientos equinos y a su afable condición, pero ahora se dirigía a un nido de víboras con leguas afiladas y venenos mortales. Debía mostrarse recto, aunque agradable; imperturbable, pero complaciente. A él nunca le había gustado celebrar este tipo de festejos junto a los dignos nobles romanos. Sin duda, prefería hacerlo junto a sus hombres, aquellos que sangraban con él en el campo de batalla, y no al lado de las gruesas ratas que se escondían hasta que cesase el temporal. Puede que, en ese momento, hubiese preferido celebrarlo a solas, con una sola persona: Lidia.

Llegó a la puerta de la villa de Publio casi sin darse cuenta. Todas las ideas que rondaban su cabeza le estaban haciendo perder la noción del tiempo casi constantemente. Los guardias de la villa lo recibieron con vítores, eufóricos al ver al gran soldado romano que tenían frente a ellos. Un criado lo recibió en la puerta, ofreciéndole agua para lavar su cara y sus manos, y algo de beber para refrescar su estómago. Lo rechazó con vehemencia, aduciendo que bebería junto al duunviro en la cena. El sirviente lo condujo hasta el gran salón de la villa, donde se estaba celebrando un banquete en honor a él. Al acceder al interior, pudo observar a lo más refinado de la sociedad de la ciudad. El salón estaba repleto de invitados ilustres, a los ojos de Publio, claro: comerciantes, altos cargos de la guarnición, nobles y muchos esclavos y esclavas al servicio de todos ellos. Al verle, el duunviro se levantó de los cojines en los que reposaba de costado, comiendo y bebiendo, rodeado de esclavas, de sus hijas y de los invitados más allegados.

—¡Querido Aulo! —gritó para que todos en la sala le oyesen.

—Publio —contestó el decurión de forma correcta, pero seria.

—Bienvenido. Este banquete es en tu honor. Has salvado la ciudad con tu valentía. Ahora eres un héroe.

—Eres muy generoso. Sólo hemos hecho aquello para lo que estamos entrenados —respondió, dando a entender que no lo había hecho solo.

—Demasiada modestia —respondió el duunviro, haciendo un gesto despectivo con su mano derecha—. Has salvado la ciudad. Nunca

antes nos habíamos librado de ellos con tanta facilidad y sin perder nada de valor.

—Han muerto algunos hombres, mi señor —dijo Aulo.

—Bueno, no malgastemos el tiempo con aquello que ya no podemos solucionar. El mundo es de los vivos, querido Aulo. Disfrutemos de él. Ven, recuéstate junto a mí. ¡Vino! —vociferó.

Tras obligarle a repetir una y otra vez todos los detalles de la batalla y comer y beber durante horas, Publio, con la ayuda del vino ingerido, decidió que era el momento de dedicar un discurso a sus invitados. Aquello resultó ser una perorata sin fin en la que el duunviro se dedicó a ensalzar su gestión en la urbe y a hacer saber a todos que Aulo, el gran soldado romano enviado a la ciudad, estaba de su lado.

—Juntos, acabaremos con esas ratas cristianas —dijo de forma siniestra, mirando a Aulo fijamente.

El copioso banquete se postergo hasta el alba, momento en el que los asistentes comenzaron a abandonar la villa hasta que sólo quedaron sirvientes en ella y dos invitados. Uno de ellos era el comerciante más acaudalado de la ciudad, después del padre de Lidia, por supuesto. El otro era el propio Aulo, a quien Publio no había permitido retirarse bajo ningún concepto. Con la excusa de que había algo importante sobre lo que tenían que hablar sin demora, lo retuvo en la fiesta hasta el final.

—Los cristianos, decurión. Ellos son nuestro problema.

—No considero que los cristianos resulten tan peligrosos como los piratas para la población de esta ciudad, ni siquiera para ti —respondió, sonriente.

—Hoy ha llegado esto —respondió Publio, entregando un documento a Aulo. Este lo tomó y se apresuró a leerlo, aunque ya sabía de qué podía tratarse. Lo había visto antes, lejos de Onuba. Estaba claro que los designios del poderoso emperador se demoraban en cumplirse más en los lugares alejados del Imperio. Lo leyó: «Se requiere a todos los habitantes del Imperio para que hagan sacrificios ante los magistrados de su comunidad, por la seguridad del Imperio, en un día determinado. Cuando hagan el sacrificio, podrán obtener un *libellus*[21], documentando el hecho de que han cumplido la orden.»

—Lo había visto hace tiempo y sé que tu conocías la existencia de este documento antes de tenerlo en tus manos —dijo al acabar de leerlo.

—Por supuesto. Soy un hombre bien informado —respondió Publio, jactándose—. Pero eso no es todo: el obispo de Roma ha sido castigado recientemente. Al parecer, ese perro se negó a abandonar su fe.

—Estoy trabajando para que dejen de practicarla. Debes

comprender que han sido muchos años de tolerancia hacia su fe. Les cuesta entender que ahora el nuevo emperador haya cambiado de parecer, pero lo harán.

—Debes mostrarte firme frente a esos cristianos, Aulo. Te embaucan la mente. Un buen romano está indefenso ante tales artes. Pero no desesperes; yo te ayudaré.

—¿A qué te refieres, Publio?

—Yo sé todo lo que pasa en mi ciudad. ¿Crees que no sabía lo tuyo con esa muchachita cristiana?

«¿Cómo puede haberse enterado?», pensó. «Claro, la llevé al *castrum* y los ojos de la guarnición trabajan a su servicio.» —¿Qué tiene ella que ver en esto?

—Su padre, Aulo. Él es la clave de este asunto. Debemos acabar con ese insolente, cortar la cabeza de la serpiente.

Al pronunciar estas palabras, el invitado del duunviro, quien los acompañaba desde el principio de la conversación, dibujo una mueca de satisfacción en su rostro. En ese momento, lo comprendió todo. El padre de Lidia era muy rico, el más rico de la ciudad, y, con este edicto y este emperador, Publio y sus secuaces habían encontrado la excusa perfecta para deshacerse de él y repartirse sus riquezas. La cosa no pintaba nada bien. Ahora debía medir sus palabras. Gaius Manius era el verdadero objetivo en aquella reunión, los cristianos eran secundarios, pero aquel hombre no dudaría en quemarlos a todos para conseguir lo que quería, incluida Lidia, quien, además, era la hija de Gaius.

—Ya he hablado con él. Todo está bajo control. Me ha asegurado que el culto cristiano en la ciudad cesará.

—¿Y le creíste? Te ha dicho lo que deseabas escuchar. Seguirán con sus rituales, los practicarán ocultos, como ratas. Actúan igual que ellas, deslizándose en oscuros pasadizos, pero no escapan a mis ojos.

—Se me ha ordenado acabar con todo culto cristiano en la ciudad y, mientras nadie infrinja esa ley, nada puedo hacer.

—Los vigilaremos entonces —apuntó el siniestro invitado.

—Si no hay nada más de lo que hablar, desearía retirarme. Estoy agotado por la batalla —dijo Aulo, tras un silencio incómodo.

—Claro, descansa. Bien lo mereces.

Tras el gesto de saludo a un noble y no el militar, pues el duunviro no gozaba de ese rango, Aulo se retiró de camino a sus aposentos en el *castrum*. Cuando sus dos interlocutores quedaron a solas, Publio se dirigió al hombre que lo acompañaba:

—Comunica a Manus que lo pongan bajo vigilancia a él también. No me fío de este soldado.

5

Había dormido hasta bien entrada la tarde, pues se fue a la cama con las primeras luces de la mañana. Al principio, le costó conciliar el sueño, ofuscado con todos los problemas que intuía que se le venían encima, pero, más tarde, cayó en un sueño profundo, agotado por un día con demasiadas emociones hasta para un hombre de corazón curtido como él. Aquella mañana, su padre le habló en sueños. «Escapa», le decía. «Abandona esta maldita ciudad. Huye lejos.» Cuando intentaba responderle, explicarle que él era un soldado, que jamás contemplaría la opción de huir, su garganta no era capaz de emitir ningún sonido. Aunque no era su orgullo de legionario el que no le dejaba montar en Velox y alejarse de Onuba. Aulo sabía que ya nunca podría separarse de Lidia. Estaba enamorado. Muy pocos días habían pasado desde que la conociese, pero quedó prendado de ella en el primer instante en el que la contempló. Lo había visto antes y nunca pensó que fuese a sucederle a él, pero ya no había vuelta atrás. Compartirían destino, fuese el que fuese, así que debía encargarse de que no hubiese excusas que diesen pábulo a las ansias de riqueza de Publio Sexto. Un fuerte golpe en el pecho lo despertó. Con un ágil movimiento, saltó de la cama y agarró su gladio. Cuando sus ojos y sus oídos fueron abandonando el mundo onírico, pudo empezar a comprender qué sucedía.

—Creía que no despertarías nunca más —dijo el hombre que tenía frente a él. La imagen del gran Horacio se fue formando poco a poco cuando los ojos de Aulo empezaron a enviar información de lo que captaban a su cerebro. Con la gran cabellera negra, un hacha a la espalda y su piel azabache, el gigantón se plantaba ante él con cara de preocupación—. Te he gritado, te he zarandeado e, incluso, he tenido que golpearte para que despertaras y, ahora que lo haces, empuñas tu espada contra mí. Casi preferiría no haberte despertado, aunque hay algo que debes saber.

—Lo siento —respondió mientras se sentaba en el catre.

—Te conozco desde hace ya muchos años y nunca te había visto dormir de esa forma.

—¿Qué ocurre?

—Tessio ha conseguido información.

—¿La fuente es fiable?

—Ya conoces a Tessio —espetó Horacio, dando a entender que

siempre lo era.

—Habla —ordenó Aulo mientras se servía algo de vino en una copa.

—Al parecer, los cristianos se están reuniendo en secreto para celebrar sus rituales y el duunviro conoce el lugar.

—¿Dónde?

—Creo que ya lo sabes.

—En la isla. Ese idiota de Gaius... Es el pretexto perfecto para que Publio lleve a cabo sus ominosos planes. ¿Sabe Tessio cuándo se celebrará la próxima reunión?

—Esta misma noche.

—Ensilla mi caballo, Horacio. Prepara a los hombres. Avisa sólo a cinco de ellos.

—Tessio no está en el *castrum*.

—Iremos sin él. No hay tiempo que perder.

Cabalgaron hasta el puerto, con las luces del arrebol de la tarde pintando el cielo de Onuba. Aulo empezaba a apreciar la belleza de su tierra, una hermosura que no fue capaz de percibir mientras vivió en ella y que no atesoraba entre sus recuerdos, pero innegable, al fin y al cabo. Embarcaron en el pequeño bote que los trasladó hasta la isla. Sólo cinco hombres, había ordenado a Horacio. Con ellos dos, su número era de siete. Un pequeño contingente le pareció más apropiado para pasar todo lo desapercibido que pudiese, aun siendo complicado en la pequeña ciudad. Al llegar a la villa de Gaius Manius, la noche ya cubría el cielo casi por completo y todo parecía estar en calma. Llamó a la puerta insistentemente, hasta que obtuvo respuesta de uno de los criados de la casa.

—¿Quién sois?

—Abrid las puertas. Deseo hablar con el señor de la casa.

Tras dudar unos segundos, el criado abrió las puertas, permitiendo así el paso al decurión y a sus hombres. Una vez dentro, fueron guiados a través de los jardines hasta llegar al salón en el que mantuvo la anterior reunión con Gaius. Pasados unos minutos, este se presentó, un tanto azorado y nervioso.

—¿Está tu hija en casa? —preguntó Aulo.

—¿Cómo? —respondió, extrañado, el señor de la villa.

—Tu hija, ¿está aquí?

—No dejaré que te la lleves.

En ese momento, Lidia entró en la sala, mostrando en su rostro la perplejidad, a la vez que la alegría, que la presencia de Aulo le producía.

—Aulo, ¿qué haces aquí?

—¿Estáis celebrando algún rito cristiano? —preguntó el decurión, tomando a Lidia por el brazo—. ¿Hay cristianos aquí? ¡Habla!

—Me haces daño —respondió Lidia, liberándose de él.

—¡Responde! —inquirió por segunda vez. Esta vez, su mirada desafiante iba dirigida a Gaius.

—Yo soy cristiana —dijo la bella muchacha, exultante.

—Sí, hay más —respondió el anciano.

—¡Idiota! El duunviro está al tanto de todo. Seguro que sus hombres ya están en camino. No puedo salvar a todos, pero sacaré a Lidia de aquí.

—¿De qué hablas? Yo no voy a ninguna parte. ¡Padre!

—Llévatela, no pierdas más tiempo —dijo Gaius, abrazando a su hija—. Debes ir con él.

—¡No!

Aulo tomó a Lidia en sus brazos con fuerza y la miró fijamente.

—Si no salimos de aquí ahora, moriremos todos y yo no podría soportar que mueras. Ven conmigo, Lidia. No hay otra salida.

—Pero…

En ese momento, uno de los criados del comerciante irrumpió en la sala.

—Mi señor, soldados.

—Rápido, salid de aquí —se apresuró a decir Gaius—. Salid por la parte trasera de la villa. Hay un embarcadero en la otra parte de la isla. Timor os guiará.

—Horacio, tras él —ordenó Aulo mientras cargaba con Lidia.

—¡Padre! —gritaba la chica mientras huían.

Corrieron tras el sirviente de Gaius en dirección a la parte trasera de la villa. Una vez allí, traspasaron los muros por una pequeña puerta. Cuando Horacio hizo ademán de cargar con una antorcha, el criado frenó su mano.

—No será necesario. Conozco el camino, podría ir con los ojos cerrados. Además, así es más seguro.

—Tiene razón. Nada de fuego —ordenó Aulo.

Penetraron en el bosque al amparo de la noche. Sigilosos como animales que salen de caza. Caminaron entre las sombras, siguiendo de cerca a Timor e intentando hacer el menos ruido posible. Durante el camino, Lidia no paraba de lloriquear, aunque ya caminaba junto a Aulo en lugar de hacerlo a su espalda. En poco más de diez minutos, llegaron al pequeño embarcadero situado en la parte sur de la isla. Para su sorpresa, varios hombres pertenecientes a la guarnición del *castrum*, capitaneados por Manus Procemus, guardaban el pequeño muelle.

—¿Qué hacemos, Aulo? No van a dejarnos coger un bote —dijo Horacio.

—Habrá que matarlos —respondió—. No hay otra salida. Nos

igualan en número; hay que arriesgarse. Si nos encuentran aquí, será peor.

—Yo querría volver con mi amo —dijo Timor.

—Estarás más seguro con nosotros —respondió Lidia, quien al fin parecía entender la situación.

—Aun así, mi señora.

—Está bien, regresa. Suerte, Timor —se despidió Lidia, abrazando al muchacho.

—¡Atentos! —dijo Aulo—. Nos dividiremos. Horacio, tú y dos más, conmigo. El resto, atacad por su flanco derecho. Les sorprenderemos si conseguimos salir de la espesura rápidamente. No tendrán tiempo para reaccionar.

El grupo se dividió y, una vez que estuvieron en posición, Horacio emitió un sonido parecido al de un ave nocturna, reconocible sólo por los hombres de su bando. Era la señal.

—Ocúltate entre la maleza —indicó Aulo a Lidia—. Si la cosa se tuerce, regresa junto a tu padre. ¡Vamos! —ordenó a Horacio.

El ataque fue fulminantemente rápido. Tal y como habían planeado, los hombres que guardaban los botes casi no tuvieron tiempo a desenvainar sus gladios. Horacio degolló a los dos más cercanos y ensartó al tercero con su espada. Por su parte, los hombres del flanco derecho tuvieron algo más de problemas, sufriendo dos bajas y vendiendo caro su pellejo, hasta que los que atacaban por la izquierda, Aulo y Horacio incluidos, acabaron con los que les hacían frente y pudieron ayudarles. Todo acabó en cuestión de un par de minutos. La sangre derramada corría en dirección al agua y los nueve cadáveres yacían en el suelo junto a los vivos.

—¡Lidia, puedes venir! —gritó Aulo.

La muchacha corrió junto a él, presa del terror. Los dos minutos que había pasado oculta le habían parecido horas, atormentando su mente, pensando en cuál sería el resultado de la contienda. Al llegar, lo abrazó y lo besó en los labios apasionadamente. El resto de los soldados, incluido Horacio, quedaron perplejos al presenciar la escena.

—Ahora no. Después hablaremos de esto —indicó Aulo a Horacio al ver su sorprendido rostro.

Subieron al bote y remaron en dirección a la ciudad. La suerte les fue favorable, pues no había ni rastro de la luna aquella noche y pudieron sortear sin dificultad el trecho de agua que separaba la isla de las orillas de Onuba. Al cruzar al otro lado, divisaron a una guarnición que patrullaba la orilla a los lejos y que se dirigía en su dirección.

—Rápido, escondeos —dijo Horacio, refiriéndose a Lidia y Aulo—. Nosotros les entretendremos.

—No, permaneceremos juntos —espetó el decurión.

—¡Apresuraos! No hay otra solución —repitió el soldado con tono decidido.

Acto seguido, Aulo tomó a Lidia por el brazo y la guio por entre los juncos hasta alejarse lo suficiente para no ser vistos. Era consciente de que su amigo llevaba razón: no cabía otro recurso para poder sortear a los soldados que los buscaban. Si ella era capturada, sería ejecutada con toda probabilidad. Quizás, sus hombres tuviesen alguna posibilidad de salir airosos de la situación. Después de todo, eran soldados de Roma y no cristianos, como la chica. Horacio y el resto de sus hombres se alejaron de ellos para permitir ser vistos por el pequeño contingente y distraer así su atención.

—¡Alto! Daos presos en nombre del emperador —gritó el soldado que cabalgaba al frente de la formación.

—Somos soldados. Équites de la decuria de Aulo Arrio —respondió Horacio.

—Tirad las armas —respondió el soldado—. Seréis apresados. Más tarde, se decidirá vuestra suerte.

Tiraron sus armas al suelo, pues estaban en inferioridad. Además, se trataba de una estratagema para alejarlos de la cristiana que los acompañaba. Fueron capturados y llevados a las mazmorras de la ciudad. En cuanto se alejaron, Aulo estalló en furia contra Lidia.

—Todo esto es por tu culpa —dijo, seriamente ofuscado—. Si tu padre y tú hubieseis seguido mis indicaciones, nada de esto habría pasado. Ahora mis hombres están a su merced. ¿Cómo voy a salvar sus vidas? ¡¿Cómo?!

—Aulo, no puedo pretender ser aquello que no soy. Soy cristiana; lo sabías. Esto no es culpa mía ni de mi padre, sino de tu magnifico emperador y de esa alimaña a la que llamáis duunviro.

—Y yo soy un soldado de Roma. Mi deber es cumplir órdenes. Ahora nada de eso importa.

—Pues cumple con tus órdenes: mátame.

—No te das cuenta de que estoy haciendo todo esto para que eso no ocurra. Ya no puedo vivir sin ti. Debemos irnos. He de pensar en cómo salvar a mis hombres.

6

A la mañana siguiente, los cautivos fueron llevados ante Manus Procemus, justo después de ser juzgados y declarados culpables de traición.

—Decidme dónde está Aulo y seré clemente con vosotros. Tendréis una muerte rápida —dijo el comandante de la guarnición de la ciudad. El silencio que siguió a sus palabras lo hizo enfurecer—: ¡Hablad! O seréis torturados uno a uno. —Pero no obtuvo ninguna respuesta—. Sabemos que ayudasteis a los cristianos anoche y apuesto a que Aulo estaba allí. ¡Confesad!

En ese momento, el decurión hizo acto de presencia en la sala. Había entrado en el *castrum* con ayuda de algunos de sus hombres y se dirigió sin demora en busca del resto de sus hombres. Una vez situado a espaldas de Manus, alzó la voz.

—Libera a mis hombres —inquirió con firmeza.

—Al fin te dignas a aparecer. Espero que seas lo suficientemente honorable como para no dejarles cargar solos con la culpa —respondió el comandante.

—¿De qué se les acusa?

—De ayudar a enemigos del Imperio: cristianos.

—Eso es falso.

—Ya han sido juzgados y condenados. Morirán esta misma tarde.

—¿Cómo es eso posible?

—El duunviro se ha tomado este asunto muy en serio. La presencia de traidores dentro del ejército le ha preocupado en demasía. Contra ti también hay orden de arresto.

—Libéralos. Ya me tienes a mí. Eso es lo que Publio quiere. No mates a inocentes.

—Yo no hago las leyes; me limito a cumplirlas. Es lo que deberías haber hecho tú y no estarías en este lío. ¡Prendedle!
—ordenó Manus.

Condujeron a Aulo a las mazmorras, a la espera de un juicio del cual ya se sabía el final. Sus hombres no tuvieron tanta suerte. Al atardecer, fueron quemados vivos en la plaza de Onuba, junto con los cristianos apresados la noche anterior, entre los que se encontraba el padre de Lidia. Horas más tarde, el decurión recibió la visita del duunviro.

—Mírate —dijo Publio desde el enrejado—. Un soldado, un traidor,

un perro. Quitadle la coraza. No merece llevar ningún distintivo de legionario. —Dos de los adláteres que escoltaban al duunviro se acercaron a Aulo para hacerlo. Al quitársela, el colgante que Lidia le había regalado quedó a la vista—. ¡Ahí lo tenéis! —gritó Publio, señalándolo—. Te lo ha dado esa ramera tuya, ¿verdad? Ella también será apresada, junto con tu otro hombre de confianza, ese tal Tessio. Aún no los hemos encontrado, pero pronto lo haremos. Todos arderéis en el fuego.

En ese instante, Aulo comenzó a reír a carcajadas de una forma tan estruendosa que exaltó al duunviro y a sus hombres. —¿Veis? Está loco. Esa cristiana lo ha hechizado.

—¿Loco? Eres un hombre sin honor. Ávido de riquezas y poder, corrompido por él. Eres un buen ejemplo de lo que es Roma hoy. Hombres como tú nos gobiernan y hombres como yo, o como los que has quemado hoy, defendemos vuestros culos grasientos frente a enemigos tan implacables que, su sola visión, haría que manchases tus delicados ropajes de mierda. ¿Crees que tengo miedo a morir? Debería haber muerto ya tantas veces... No, Publio, no temo a la muerte. Lo que temo es ver el Imperio en manos de patanes como tú, pero escucha esto: antes de que abandone este mundo, cortaré tu garganta y verás cómo me baño en tu sangre.

—Pretenciosas palabras en boca de un hombre encadenado, decurión. Mañana a esta hora, tan sólo serás cenizas que pisaré mientras paseo por la plaza de la ciudad.

Aulo volvió a reír a carcajadas y Publio y sus hombres lo abandonaron en su mazmorra. Dejando atrás al que, a sus ojos, no era más que otro loco hechizado por el dios de los cristianos. Otro pobre infeliz que había sucumbido a los extraños encantamientos que nublaban la mente de los buenos ciudadanos romanos. Pasó la noche sin pegar ojo y llegó la mañana y, después, la tarde. La luz del atardecer se filtraba por los barrotes de su celda. Le costaba creer que su plan pudiese tener éxito. El duunviro se había apresurado a preparar su ejecución rápidamente. Al menos, le quedaba el consuelo de saber que Lidia estaría a salvo. Puede que, si todo salía bien, las cosas cambiasen y ella pudiese llevar una vida normal. Tal vez, la justicia volvería a hacer acto de presencia por allí. Sin saber por qué, empezó a pensar en su padre. ¿Cómo lo vería ahora desde el otro mundo? En el fondo, su progenitor siempre pensó que sería un fracasado, un hombre sin futuro. El tiempo parecía haberle dado la razón, aunque, al menos, intentó luchar por aquello que consideraba justo. Siempre había intentado actuar de forma honorable, aun cuando las órdenes que recibía no lo eran tanto. El sonido de las llaves abriendo la puerta contigua a su celda lo sacó súbitamente de sus pensamientos.

—Muévete —dijo uno de los dos guardias que abrieron la puerta de su celda—. Ha llegado tu hora, traidor.

Cuando fue conducido al exterior de las mazmorras, el brillo del sol cegó sus ojos por un instante, pero fue sólo por un breve espacio de tiempo. Al segundo, pudo ver con claridad el camino que le esperaba. Tal y como el duunviro había dicho, le llevaban a la plaza principal. Allí, acabarían con su vida. Por el camino, algunos ciudadanos, fieles al emperador, le dedicaron algunos insultos. Otros, simplemente se limitaban a agachar la cabeza al ver pasar la comitiva. «Puede que sean cristianos», pensó. Al llegar a su destino, el decurión pudo observar una plaza rectangular, atestada de gente. En uno de los extremos, Publio había instalado unas cuantas sillas, con mesas contiguas repletas de comida. Su muerte sería todo un espectáculo. Todo estaba dispuesto. Le ordenaron detenerse justo frente a él. El duunviro se presentaba acompañado de varios de los ilustres ciudadanos de Onuba y de una veintena de soldados. También había mujeres allí, esposas e hijas de los presentes que acudían para ser partícipes de la diversión.

—Ahora no pareces tan duro —dijo Publio. Se mostraba pletórico con la idea de ver morir al último hombre que podría contar la verdad sobre lo sucedido. Dibujaba una sonrisa en su redonda cara y comía y bebía sin parar. Con frecuencia, compartía chascarrillos con los hombres que tenía sentados junto a él y reían a la par—. Mira lo que me he guardado como recuerdo —añadió, mostrando el colgante con forma de pez que le había arrebatado el día anterior—. Cuando encuentre a esa guapa cristiana tuya, yo mismo se lo daré. Después de que podamos conocernos un poco, claro está.

Aulo se limitaba a mirarle fijamente sin responder a sus provocaciones. Acto seguido, fue atado por las muñecas a un enorme tronco vertical. Los brazos quedaron presos, por encima de su cabeza, mientras que sus piernas las dejaron libres.

—Empezaremos por su estómago. Lo abriremos para ver si hay un cristiano ahí dentro.

En ese momento, un soldado apareció en la plaza. Corría como si le persiguiese el mismísimo diablo y se dirigió directamente hasta la posición del duunviro. Le dijo algo al oído y este estalló en cólera.

—¡No es posible! —gritó Publio. —Mi señor, yo…

—¡Basta! —dijo, abofeteando al mensajero.

7

Tessio había cabalgado casi toda la noche. Después de dejar a Lidia a salvo, junto a Criso y los otros pescadores, el soldado galopó sin descanso a lomos de Velox. Aulo se había separado de su montura a regañadientes, pero, en el fondo, ambos sabían que era el corcel más rápido. Su destino no era otro que la ciudad de Hispalis[22]. Allí, se encontraría con Tiberio Libio, comandante de las huestes en la ciudad. Tiberio y Aulo eran amigos desde hacía muchos años, cuando este último salvó la vida del primero en la batalla de Harzhorn contra los germanos. Tiberio, de buena familia, al contrario que Aulo, estuvo a punto de morir en el campo de batalla. Fue entonces cuando Aulo salvó su vida, acabando con tres germanos armado solamente con su gladio. Desde entonces, los dos forjaron una inquebrantable amistad y siempre habían mantenido contacto. Incluso, cuando el decurión fue enviado a Onuba, su amigo se interesó por él e intentó interceder para que fuese enviado a Hispalis. El plan consistía en informar a Tiberio Libio de todo lo que estaba ocurriendo en la ciudad. Sólo así podría salvar a sus hombres e, incluso, su propia vida. Puede que, contando con los orígenes nobles de su amigo, tuviesen una posibilidad. Tessio llegó a Hispalis al alba y, nada más hacerlo, pidió audiencia con el comandante. Fue llevado hasta él de inmediato y relató todo lo acontecido en los últimos días a Tiberio. Enseguida, este se propuso acabar con la injusticia reinante en la cercana ciudad. Debían partir cuanto antes, pues Tessio no sabía cuánto tiempo le quedaba a su amigo.

Tiberio Libio irrumpió en la plaza a lomos de su caballo. Los soldados que le acompañaban, incluido Tessio, fueron llenándola hasta casi no dejar que cupiese ni un ciudadano más. Se acercó cabalgando hasta el duunviro y se detuvo justo a su lado.

—Soy Tiberio Libio, comandante de las fuerzas imperiales en Hispalis.

—Yo soy Publio…

—¡Silencio! —gritó Tiberio—. No te he dado permiso para que hables ni te he preguntado nada. Hablarás cuando se te pida que lo hagas.

El duunviro miró a su alrededor. Por cada soldado de los suyos,

había cinco de los de Tiberio. Sin duda, era mejor guardar silencio. El comandante fijó sus ojos en Aulo, quien seguía atado al tronco en medio de la plaza.

—¡Liberadle! —ordenó a sus hombres, que hicieron lo propio. Una vez libre, Aulo se acercó a su viejo amigo caminando.

—Ese es mi caballo —dijo al ver que Tiberio iba a lomos de Velox.

—Lo he tomado prestado. Temía no llegar a tiempo.

—Justo a tiempo, diría yo —añadió Tessio, quien se acercó a ellos.

—Te lo agradezco, Tessio —dijo Aulo, poniendo su mano derecha sobre el hombro de este.

—No me des las gracias a mí, sino a él —respondió Tessio, señalando a Velox.

—Veo que yo no tengo nada que ver en esto —dijo Tiberio en tono jocoso—. Al parecer, pretendes que te siga debiendo mi vida para siempre. —Y los tres hombres rieron a la par—. Disculpadme un momento. Aún queda un asunto del que debo ocuparme. —Se acercó al duunviro, lo miró de arriba abajo y se dio media vuelta—. ¡Arrestad a este hombre! Y a todos los guardias y asistentes de esta curiosa reunión. Las mujeres quedaran libres.

—Pero... mi señor... —articuló el duunviro mientras era prendido.

—¡Un segundo! —dijo Aulo en voz alta. Entonces, se acercó hasta Publio, bajo la mirada de Tessio y Tiberio, quienes pensaban que iba a matarle, y le arrancó de las manos el colgante de Lidia—. Esto es mío. Ya podéis llevarlo a las mazmorras.

A la mañana siguiente, Aulo y Lidia se reunieron de nuevo. Esta vez, lo hicieron en la ciudad, pues ya no había peligro alguno. Todos los hombres de Publio fueron detenidos y encarcelados, incluido Manus Procemus. Por su parte, el decurión se limitó a contar todo lo acontecido, por segunda vez, a su amigo. Coincidieron en que, mientras Decio estuviese a cargo de Roma, deberían seguir siendo discretos respecto a los cristianos, pues ninguno de ellos era partidario de esta absurda persecución llevada a cabo por el emperador, aun sin ser partícipes de esta fe. Tiberio hizo algo más antes de marcharse: nombró a Aulo duunviro de la ciudad.

—¿Quién mejor que tú? —le dijo su amigo al ofrecerle el cargo y Aulo aceptó.

Tan sólo una semana después de que hubiese estado a punto de perecer a manos del duunviro de la ciudad, el soldado se convertía en gobernante. El acto tuvo lugar en la misma plaza en la que iba a ser ejecutado. Su amigo Tiberio preparó la ceremonia con todo detalle. Convocaron a todos los habitantes de la ciudad y estos acudieron al acto. El lugar estaba repleto de gente y todos ellos se manifestaban jubilosos por el hecho de que un nuevo duunviro, esta vez nacido en la ciudad, fuese el nuevo regidor de sus vidas. El decurión acudió al

acto vestido con su uniforme de gala, proporcionado por Tiberio. Acompañado de sus hombres de confianza, entre los que se encontraba Tessio, Aulo subió al escenario provisional que se había preparado para el acto. Tras una perorata dirigida al público por Tiberio, llegó el turno del nuevo gobernante. Su amigo le entregó el pergamino que contenía las leyes de la ciudad. Esta era la parte de la ceremonia que tenía más importancia, pues simbolizaba que el nuevo hombre que quedaba a cargo de esta haría todo lo que estuviese en su mano por verlas cumplidas. El nuevo duunviro pensaba en su padre, pues creía que así se sentiría orgulloso de él, estuviese dónde estuviese. Aceptaba aquel cargo porque estaba harto de guerrear y de luchar. Lo hizo por Lidia, por tener la posibilidad de asegurarle un futuro mejor. Lo hizo con el convencimiento de que aportaría algo bueno a su ciudad natal. Nombró a Tessio comandante de las huestes de la ciudad. Era su mano derecha, no había otro mejor. Honraron a Horacio y a los caídos con funerales dignos de nobles, y establecieron nuevas leyes para la urbe. Sin dar más tiempo a sus divagaciones, Aulo se dirigió al pueblo:

—Acepto este honor con la intención de mejorar vuestras vidas —dijo, levantando el pergamino con su mano derecha. La gente aclamó a su nuevo dirigente con vítores y gritos. Por todos era conocido que Aulo era bastante transigente con respecto a la religión que cada uno procesase. Además, los antiguos y oscuros asuntos de Publio, sus acuerdos y sus leyes, quedaban ahora derogados—. Juntos construiremos una Onuba mejor —prosiguió Aulo—. Las leyes serán justas para todos y cada uno rendirá culto al dios que prefiera. Ese es mi primer mandamiento.

La plebe volvió a vitorear su nombre en señal de aprobación y él decidió no añadir nada más. Tanto Tessio como Tiberio, admiraban la facilidad de su amigo para desenvolverse en público. Ambos sabían que el nuevo duunviro sería algo bueno para la ciudad. Mientras tanto, Aulo contemplaba a la gente con una sonrisa dibujada en su rostro. No sonreía a causa de la visión que llegaba a sus ojos en ese momento, sino a causa del recuerdo de su padre. Con el nombramiento, el decurión conseguía acallar los fantasmas que lo habían perseguido desde que era niño. La idea de haberle fallado a su padre siempre rondó su cabeza. Pero ahora no; no con esto. Desde su nueva posición, podría hacer algo bueno y digno. Se acabó el quitar vidas, ahora las mejoraría, y, además, serían las vidas de la gente de su ciudad natal. Sin duda, su padre estaría conforme con esto, o eso pensaba él, y, si no lo estaba, qué importaba. Sus fantasmas habían dejado de aullar en la noche, de resonar en su cerebro. Eso sólo podía significar una cosa: él sí estaba contento de llegar hasta ahí. El resto era insignificante.

Lidia había recibido la noticia de su ascenso con gran júbilo y, juntos, lo celebraron. Ella pidió recoger lo que quedaba de las cenizas de su padre. Tras hacerlo, se dirigieron a la isla para depositarlas allí.

—Le gustará descansar en este lugar, junto a este muro de su villa —dijo la muchacha.

—Estoy seguro de que será así —respondió Aulo.

—Quiero que vivamos aquí. En la villa de mi padre, en esta isla.

—Me parece bien, pero hay algo que deseo hacer, aunque debes darme tu permiso.

—¿Qué es?

Aulo sacó el colgante con forma de pez que colgaba de su cuello y se lo mostró a la chica.

—Deseo enterrarlo aquí, junto a tu padre.

—¿Por qué?

—Porque era él quien creía en eso, no yo. Él ha hecho posible que todo esto haya ocurrido. Con su estúpida tozudez, se rebeló contra lo que creía que no era justo, sin importar qué consecuencias tuviese. Era un hombre valiente.

—Está bien.

Aulo enterró el colgante y las cenizas junto a un muro de la villa, justo entre un melocotonero y las piedras. Según Lidia, ese era el lugar favorito de su padre. A partir de ese día, el culto cristiano volvió a estar permitido en Onuba. Los habitantes de la ciudad sabían que debían ser discretos con los extranjeros que llegasen a ella. Poco después, la política del emperador respecto a ellos cambió y se suavizó, permitiendo así que hombres y mujeres de diferentes creencias pudiesen convivir en paz, sin importar a qué dios rezasen o adorasen, volviendo a hacer que imperase la cordura entre los hombres; al menos, durante un tiempo.

III

1

Siglo IX

Abú Zayd se encontraba en su villa de Umba[23]. Discutía fervientemente con su padre respecto a la repercusión de los últimos sucesos acaecidos en Córdoba. La Fitna[24] había comenzado y ellos debían reaccionar. Tras la muerte de Almanzor, años atrás, sus hijos regentaron el mando del reino. El reciente asesinato de Abderramán Sanchuelo era la gota que colmaba el vaso. Sanchuelo había persuadido al verdadero heredero, el califa Hisham II, para que lo nombrase heredero legítimo del califato, hecho que indignó a los últimos miembros de la dinastía Omeya. Muhammad II acabó con la vida de Sanchuelo y, poco más tarde, Sulaiman al-Mustain logró apresar a este y convertirse en califa. Aprovechando la locura reinante en Córdoba, muchos reinos se sublevaron, entre ellos Málaga y Algeciras, y se convirtieron en taifas, reinos independientes del poder del califato. Abú Zayd estaba decidido a formar su propia taifa, que comprendería Umba y Xaltis[25]. Apoyado por el reino taifa de Niebla, Abú sentía que sería lo suficientemente fuerte para mantener intactas las fronteras de su nuevo reino.

—Todos los viejos habláis de la misma forma —inquirió Abú—. Con la edad, os volvéis cobardes.

—¡Basta! —respondió su padre.

—No, padre. No me quedaré sentado viendo cómo ese traidor usurpa el trono. Debemos ser independientes. Si él es califa, yo también lo seré.

—Crees que tus palabras son las de un hombre valiente, hijo mío, pero son sólo las de un joven imprudente.

—La gente del lugar me apoya, padre. No hay nada que puedas hacer para evitarlo. Seremos un reino taifa —dijo antes de abandonar la sala.

Tres años más tarde

Tras años de trifulcas con los ancianos del lugar, Abú logró, por fin, los apoyos suficientes para fundar el reino taifa que tanto deseaba.

—Yo soy Abd al-Aziz al Bakri Izz al-Dawla, señor de Umba y Xaltis, y dirigente de este nuevo reino taifa que hemos formado. Hermanos, sed bienvenidos.

Estaba pletórico. Tras muchos infructuosos intentos, había sido

proclamado señor del reino taifa. No había reparado en gastos para el banquete. Deseaba contentar a todos los señores que le habían apoyado en su ascenso al poder, entre los que se encontraba el señor del reino taifa de Niebla, Abu-IAbbas. El régulo de Niebla pertenecía a la acomodada familia de los Banu Yahsub, una rica estirpe, al igual que la de Abú Zayd. La Fitna parecía no tener fin y muchos pequeños reinos se declararon independientes en medio del caos en el que estaba sumida al-Ándalus. Muchas grandes familias aprovecharon para presentar candidatos a gobernar su trecho de tierra particular. El ansia de poder, la avaricia e, incluso, las buenas intenciones propiciaron una floración de pequeños reinos que funcionaron, a su modo, de una forma más o menos aceptable. El de Abú Zayd comprendía la ciudad de Umba y la isla de Xaltis. La primera, la ciudad, había sido erigida en gran medida sobre los restos de la antigua ciudad romana. A lomos del gran cabezo que dominaba la zona, aquella urbe creció próspera, a causa de los mismos cultivos y productos usados por los romanos. Por su parte, Xaltis, isla que contaba con una poderosa alcazaba, era la joya del tesoro del señor de estas tierras. Estaba enamorado de aquel pedazo de tierra rodeado de agua, pues sus árboles frutales y sus playas eran de una belleza inigualable. Su gobierno transcurrió en relativa paz y armonía durante largos años, aprovechando la riqueza de la tierra para crear una taifa poderosa, aunque pequeña. La fortuna de su señor creció de forma exponencial y sus habitantes eran felices y subsistían con facilidad, hasta que, transcurridos largos años, cuando Abú Zayd ya era un anciano, la guerra llegó de nuevo a sus tierras.

Veinte años después

—Padre, ha llegado un emisario procedente de Niebla — dijo Abú Ubayd Allah, hijo de Abú Zayd.

El joven, quien tenía ahora la misma edad que su padre cuando fue nombrado señor de sus tierras, hablaba con tono de preocupación. Desde hacía meses, todos eran conocedores de las intenciones del reino taifa de Isbililla[26], que quería apropiarse de sus tierras y que contaba con un contingente de tropas muy superior al suyo.

—¿Qué dice el mensaje? —respondió Abú Zayd con desgana.

El muchacho se afanó en leer el documento lo más rápido posible. En él, el señor de Niebla solicitaba la ayuda de su amigo frente al poderoso reino de Sevilla. Al parecer, las tropas sevillanas habían emprendido la marcha con intención de conquistar Niebla.

—Los Banu Yahsub solicitan nuestra ayuda. Tropas procedentes de Isbililla han partido hacía sus tierras para conquistarlas.

—Eso no es posible —respondió el viejo—. El señor de Isbililla es amigo mío. Hace ya mucho tiempo que firmamos un pacto de no agresión. Si ataca Niebla, tendrá sus motivos. —Pero, padre, una vez

que conquisten Niebla, vendrán hacía aquí.

—Eso no pasará.

—Padre, sea razonable. La familia Yahsub ha sido nuestra amiga desde siempre. Debemos acudir en su ayuda.

—El señor de Isbililla también es aliado nuestro. Jamás atacará nuestra ciudad.

—¿Los abandonarás a su suerte? Si no nos unimos, no podremos vencerles. Si Niebla cae, nuestra ciudad también caerá.

—Llama a un heraldo —ordenó Abú Zayd—. Enviaré un mensaje a mi amigo, el señor de la taifa de Isbililla. Así verás que no hay nada de lo que preocuparse.

Su hijo se retiró, contrariado. No era un hombre interesado en la política. Lo que realmente ocupaba su tiempo eran la geografía y las mujeres. Pero el chico sabía que este era un asunto serio, digno de tomarse en consideración. Veía a su padre viejo. Era exactamente el mismo sentimiento que tuvo su progenitor hacia su abuelo en su momento. Le creía demasiado acomodado en su pequeño palacio de la ciudad, corrompido por las riquezas de las que él mismo disfrutaba también. El muchacho no era un hombre guerrero, un soldado, aunque sabía pelear cuando llegaba la ocasión. Siendo hijo del señor de la ciudad, había sido debidamente instruido. De hecho, había participado en algunas batallas menores y lo hizo de forma honorable, pero no deseaba luchar más. Sus progresos en materia de geografía le animaban a especializarse en esa rama de estudios. Tal vez, hacerse cartógrafo o profesor. Lo malo era que la Fitna duraba ya demasiado y parecía no tener fin. Este último movimiento por parte del reino taifa de Isbililla se le antojaba peligroso, oscuro y definitivo. Su padre parecía estar obnubilado por las mentiras del señor de Isbililla. Debía intentar hacer algo, tratar de negociar con Niebla a espaldas de su padre. Si no lo hacía, el resultado para Umba y para la preciada joya del reino de su padre, Xaltis, sería nefasto.

2

Abú Ubayd Allah despertó sudoroso. Sus sueños no habían sido agradables en los últimos días. Llevaba una semana planeando el encuentro con el emisario del reino de Niebla, a espaldas de su padre, el señor de Umba y Xaltis. El muchacho, al que todos llamaban Abú Saghir, o simplemente Saghir, que significaba «el pequeño», para diferenciarle de su progenitor, no encontraba la forma de descansar de forma reconfortante, ni siquiera usando el vino para ayudarse a hacerlo. Muchos hombres consideraban que beber vino no era correcto. Su padre, por el contrario, permitía su ingesta sin condenarla. Con respecto a cuestiones religiosas, Abú Zayd siempre había sido un hombre mucho más permisivo que los gobernantes de otras taifas. Esa misma noche debía encontrarse con Rashid, representante del reino de Niebla. La reunión se celebraría en la isla. Xaltis era el mejor lugar para llevarla a cabo, lejos de las miradas de los hombres de confianza de Abú Zayd. La alcazaba de la isla estaba poblada por soldados fieles al muchacho, quienes habían compartido con él duros momentos de lucha en el pasado. Pasó casi todo el día en los jardines del palacio de la ciudad, ojeando tratados de geografía para distraer su mente. Esperaba que la noche llegase. Sería entonces cuando cruzaría el trecho de agua que separaba la ciudad de la isla y también cuando el barco de Rashid navegaría oculto, al amparo de las sombras nocturnas, para llegar a la isla. Justo al llegar el ocaso, recibió la señal de uno de sus hombres. El momento había llegado. Debían partir con premura, pues se pretendía que la reunión durase lo menos posible para evitar levantar sospechas. Embarcaron en el *dhow*[27], aprovechando el viento que soplaba en la noche. En menos de una hora, llegaron a su destino. El emisario de Niebla esperaba ya allí, dentro de la alcazaba. Saghir había dado instrucciones precisas para que los guardias lo dejasen pasar. Al llegar, el chico se dirigió hasta los jardines de la misma. Allí tendría lugar su conversación, amparados por las sombras que los árboles frutales proyectaban bajo el brillo de la luna.

—Rashid —llamó el joven señor—. Soy yo, Saghir. ¿Estás ahí?

—Aquí estoy —respondió el emisario, emergiendo a la luz desde detrás de una columna del jardín.

Ambos vestían con ropajes oscuros para ayudarles a ocultarse en las tinieblas nocturnas y portaban turbante y largas túnicas que sólo

permitían ver sus rostros. El de Saghir dejaba entrever una piel morena y unos ojos marrones y grandes. Por otra parte, el del emisario dibujaba una cara mucho más fiera con su piel oscura curtida por el sol y con enormes cicatrices, muestras evidentes de un pasado belicoso. En ella, se adivinaba el paso del tiempo. Sus ojos eran negros y rasgados, muy pequeños, y parecían esconder gran experiencia.

—Temía que no pudieses llegar hasta aquí —dijo el chico tras resoplar de tranquilidad.

—No tenemos mucho tiempo. He de regresar a Niebla. Las tropas de Isbililla están ya muy cerca.

—¿Habéis intentado negociar con ellos?

—Todo ha sido inútil. Quieren nuestra ciudad y nuestro reino. Después, irán a por el tuyo.

—Lo sé. Mi padre no quiere verlo. El señor de Isbililla respondió a su misiva espetando que no teníamos nada que temer de ellos. Según dice, sólo le interesa Niebla.

—Eso es mentira y lo sabes —respondió Rashid, alzando la voz.

—Sí, por desgracia sé que miente.

---

popa y proa alta. (N. del A.).

—¿Vais a ayudarnos?

—Mi padre se niega a prestaros ayuda.

—¡Cobarde! ¿Y tú? ¿Qué harás tú?

—Cuento con un pequeño contingente de hombres fieles. Partiremos mañana hacia Niebla. Es todo lo que puedo hacer, viejo amigo.

—Te has convertido en un buen hombre. No puedo decir lo mismo de tu padre. He de partir. Nos veremos pronto, Saghir. Juntos en la batalla, una vez más.

—Que la paz sea contigo —dijo el chico, despidiéndose.

—No, este no es tiempo de paz, amigo mío. Hasta pronto.

El joven señor quedó absorto en sus pensamientos. Sabía que, sin la ayuda de las huestes de su padre, la batalla sólo podía tener un final. Se sentía impotente, inútil, pero no podía traicionar la palabra dada a su amigo. Si tenía que morir, que así fuese. Moriría en honorable combate, defendiendo sus principios. Se encaminó al interior de la alcazaba para dar las indicaciones pertinentes a sus capitanes. Marcharían al alba. Sin descansar hasta avistar las murallas de Niebla. Aquella noche fue incapaz de conciliar el sueño. Solía ocurrirle la víspera de una batalla, pero esta vez era distinto. En esta ocasión, era consciente de que se encaminaba a su fin. El alba llegó con premura. Los primeros rayos del sol invernal se colaban por los huecos del ajimez[28], anunciando que era hora de partir. Se pertrechó con la armadura y tomó su espada. Una vez listo, se dirigió a los

establos de la alcazaba. Hombres y bestias debían embarcar para navegar hasta Niebla.

—Todo está listo, mi señor —dijo Abbas, el más fiel de sus capitanes.

—Embarquemos entonces —respondió con decisión.

Llenaron los cuatro *dhows* de los que disponían. Tan sólo cincuenta hombres armados y treinta caballos. Navegaron sin problema alguno, divisando en su camino algunas pequeñas embarcaciones de pesca que salían a faenar temprano. A lo lejos, Saghir podía divisar la ciudad de Umba a los pies del cabezo, aún dormida, inconsciente del destino que le aguardaba. Se alejó de ella mientras un extraño sentimiento invadía todo su ser. Le parecía estar traicionando a su padre y, en cierto modo, era exactamente lo que estaba haciendo, aunque realmente trataba de salvaguardar su reino, a pesar de ir en contra de sus designios. Llegaron a Niebla al atardecer. En la ciudad, que rivalizaba con un Umba en tamaño, fueron recibidos con vítores y alabanzas. Sus confiados habitantes creían que eran la avanzadilla de un gran ejército que nunca llegaría. Saghir fue conducido a la muralla norte, donde Rashid le esperaba con semblante preocupado.

—Sois muy pocos —dijo su amigo, quien había estado observando su llegada desde lo alto de la muralla.

—No he podido reunir a más hombres. No todos se aventuran a contrariar a su señor.

—Sois más que bienvenidos, Abú.

Dejaron que el silencio hablase por sí mismo, oteando juntos el horizonte, a la espera de poder ver a los primeros soldados enemigos apareciendo a lo lejos. Abú Saghir sentía que, de alguna forma, estaba haciendo lo correcto al estar allí. Luchar contra los fanáticos señores del resto de las taifas, tales como Isbililla, era lo que tenía que hacer. Envenenados por la sed de poder y ensalzados por su interpretación del Corán, aquellos hombres hacían gala de su cerrazón sin límites, atacando a sus propios hermanos, propiciando, de esta forma, que la Fitna no tuviese fin y debilitando así sus dominios en pos del invasor proveniente del norte. Toda esta convulsa y extraña época era la que le había tocado vivir. El muchacho fue conducido ante Muhammad b. Yahya al Yashubi Izz al Dawla, señor de la taifa iliplense. Muhammad, hijo del anterior y próspero señor de estas tierras, era un hombre débil, cuyo reinado se extendía diez años en el tiempo. Algunos decían que era esta debilidad la que animó a Al-Mutadid, señor de Isbililla, a atacar Niebla. Otros aseguraban que, una vez que Mutadid dejó de lado sus intenciones de conquistar la de los Banu-I-Aftas (taifa de Badajoz), fijó sus codiciosos ojos en otras más pequeñas de occidente, como las suyas. Para Saghir, Al-Muhammad era un muchacho débil y enfermizo, incapaz de mantener la compostura ante una situación

como la que los aguardaba.

—Bienvenido, Abú Allah —dijo el régulo de la taifa iliplense—. *Salam aleikum*.

—*Aleikum salam*, buen señor.

—Agradezco al gran dios que hayas venido en nuestra ayuda.

—No podía hacer otra cosa. Esta absurda contienda no es culpa vuestra.

—Eso es algo que tu padre no ha entendido muy bien — respondió Muhammad con tono de desprecio.

—Mi padre es un hombre viejo, mi señor. No comprende el mundo en el que vivimos hoy en día.

—Ese traidor de Al-Mutadid es un perro con ínfulas de señor. Córdoba debería haber mediado en esta disputa. Ibn Yahwar nos ha traicionado de igual forma al no condenar esta infamia.

—Sí, mi señor. Haremos lo que podamos. Tengo una idea, aunque puede ser arriesgada.

—Habla, amigo. Expón tu idea. Esperemos que pueda salvarnos — dijo el asustadizo Muhammad.

Con el ocaso, pudieron atisbar las primeras antorchas pertenecientes a sus enemigos. En la lejanía, las pequeñas llamas fueron creciendo en número hasta llegar a minar sus ánimos, pues aquello que observaban era realmente desesperanzador. El ejército sevillano era muy superior al suyo; bastaba con contar antorchas. La ayuda de la muralla no bastaría para contenerles. Siendo consciente de ello, Abú urdió un osado y desesperado plan de ataque. Marcharían en la noche, sorprendiendo así al enemigo. La defensa de la ciudad se le antojaba imposible y, puestos a morir, prefería hacerlo atacando con gallardía. Convenció a Rashid, quien, a su vez, persuadió a su señor y cabalgaron prestos hacia el enemigo. Los gritos que proferían en la noche resultaban un tanto intimidantes para los sevillanos. Cabalgaban ocultos en la oscuridad, sin antorchas. Tan sólo sus voces alertaron al enemigo de que se avecinaba un ataque. Para cuando alcanzaron a la formación enemiga, estos ya estaban bien posicionados. No eran hombres que se arrugasen fácilmente los sevillanos, así que lo que, en un principio, fue una masacre de tropas enemigas, se tornó rápidamente en lo contrario. Tras la primera carga a caballo, las líneas sevillanas se rehicieron, atrapando a la caballería de Abú Saghir y Rashid sin remedio. Los hombres empezaron a morir en decenas y, después, en centenas. Eran descabalgados de sus monturas y asesinados sin piedad.

—Abú, escapa mientras puedas —gritó Rashid—. Intentaré abrir un hueco en sus líneas, en las de su vanguardia. Así podrás escapar hacia la ciudad.

—¿Escapar a Niebla? ¿Para qué? La ciudad está perdida.

—En eso tienes razón. Debes huir hacia Umba. Protege tu ciudad, hermano.

El muchacho se debatía entre el deseo de ayudar a su amigo y el de proteger a los suyos, a su propia ciudad. A esto se unía el miedo a la muerte; una muerte más que segura que Abú Saghir sentía ahora muy próxima.

—Está bien... ¡Hombres, conmigo! —grito Abú a la veintena de sus hombres que seguían respirando.

Rashid usó a los suyos para atacar con fiereza la vanguardia del ejército sevillano, consiguiendo así abrir un hueco entre sus líneas. El chico y sus hombres aprovecharon la ocasión para escapar cabalgando a toda prisa, dejando atrás al diezmado ejército del reino de Niebla, que se enfrentaba a sus últimos momentos de existencia. Cuando echó la vista atrás, Abú pudo ver a su amigo siendo ensartado por tres soldados enemigos y forcejeando, aun así, con todos ellos, tratando de llevarse a alguno junto a él al otro mundo. Fue la última imagen que tuvo de él. Después, todo el grueso de hombres se perdió entre el polvo y la noche para no volver a verlos.

3

Para cuando el muchacho regresó a Umba, las noticias de la desaparición del ejército de Niebla ya circulaban por la ciudad. Saghir se presentó ante su padre, tan avergonzado como desesperado, buscando un atisbo de reacción en él. Tal vez, al conocer el destino que esperaba a su ciudad hermana, Abú Zayd reaccionaría. Fue conducido ante él nada más entrar en la ciudad. Apresado, como si de un vulgar ladrón se tratase, el heredero caminaba por las calles de la ciudad antes los ojos de la gente. A sus oídos había llegado la historia de traición del hijo de su señor, cuya osadía fue tal que condenaría a la taifa para siempre. Al llegar frente al señor de Umba, cayó de rodillas entre lágrimas.

—¡Traición! —gritó Abú Zayd—. Y de manos de mi propio hijo... ¿Sabes lo que has hecho, insensato? —El chico no contestó—. Tu estúpida osadía ha condenado a esta ciudad. El señor de Sevilla dice que lo he traicionado y que nuestra querida ciudad caerá después de Niebla. Llora arrepentido, pero...

—No derramo mis lágrimas porque esté arrepentido, padre. Lo hago porque mi señor está tan ciego que es incapaz de ver las intenciones del enemigo.

—Sigues manteniendo tu infame actitud.

—El señor de Sevilla tenía intención de acabar con nosotros antes de que yo actuase. ¿Es que no lo ves?

—De ser así, le has dado la excusa perfecta. Ahora estamos perdidos. Cuando acaben con ellos, vendrán a por nosotros.

—Ese era su plan desde el principio —replicó el muchacho.

—Ya nunca lo sabremos. Llevadle a Xaltis. Mantenedle apresado en la alcazaba.

—Pero, padre, debo ayudarte a defender la ciudad.

—Ya has hecho bastante. Lleváoslo.

Más tarde, fue conducido a la isla, escoltado por hombres de su padre. Caminaba por ella obnubilado, su mente vagaba por un páramo peligroso. ¿Qué podía hacer ahora para ayudar a su pueblo? Su situación se mostraba aún peor que antes de intentar ayudar al señor de la taifa iliplense. Ahora no podía más que esperar a que el ejército de Al-Mutadid llegase a Umba para apropiarse de ella. A la semana siguiente, fue informado de la caída de Niebla por uno de sus hombres de confianza. Ya no quedaban muchos en Xaltis que le fuesen leales,

pero algunos aún albergaban esperanza de que su joven señor tomase el mando de las huestes y repeliese el ataque enemigo. Al parecer, al contrario de lo que todos creían, Muhammad no se rindió al ver a su ejército masacrado. En vez de eso, forzó a Mutadid a conquistar la ciudad a fuerza de escalar las murallas, perdiendo así a muchos de sus hombres. Esto enfureció al gran señor y, una vez que conquistó la plaza, ejecutó a Muhammad y a su familia; a todos, excepto a su hermano pequeño, quien logró escapar a Córdoba antes de que la ciudad cayese. La noticia de la caída de Niebla anunciaba la inminente batalla por Umba. Abú Saghir pidió audiencia con su padre antes de que la contienda se produjese. Tal vez, podría convencer al viejo de que le dejase combatir a su lado. El señor de Umba y Xaltis entró con semblante serio en la habitación que hacía las veces de celda para su hijo.

—¿Qué deseas? —dijo el viejo con tono distante.

—Quiero luchar, padre. Quiero hacerlo a tu lado.

—Tus días de lucha han acabado, hijo mío. Siempre supe que no te gustaba pelear. Lo tuyo son los tratados y los pergaminos.

—Siempre he luchado con valentía.

—Lo sé. No es tu valentía lo que me preocupa, sino tu vida. Quiero que vivas.

—Moriré si es mi destino. No tengo miedo.

—Te prohíbo que mueras. Eres mi heredero. Yo creé un próspero reino aquí. No ha durado mucho, pero fue precioso. Alejado de la cerrazón de los hombres. Quería que fuese algo más.

—Y lo es.

—Sí, lo es —dijo Abú Zayd, mirando por la ventana—. He oído que Al-Mutadid ha ejecutado a Muhammad y a toda su familia.

—¡¿Qué?! —exclamó el chico, fingiendo sorpresa.

—Eso no te ocurrirá a ti, hijo mío. No hay más que discutir. He de irme; tengo que prepararme para la batalla. Mis exploradores me informan de que el ejército de ese perro ya no está muy lejos. Ese gusano ha roto el pacto que existía entre ambas taifas. Ha enviado una misiva pidiendo que entregue la ciudad.

El viejo abandonó la sala sin mediar más palabra, dejando a Saghir nadando en un mar de dudas. Su padre no deseaba que muriese en batalla, pero ¿qué clase de honor le quedaría si dejaba que su ciudad cayese escondido como una rata? Una vez más, el viejo le dejaba pocas opciones. Al día siguiente, Abú Saghir abandonó la isla. Había estado urdiendo su plan de fuga durante todo el tiempo que llevaba recluido. Fue algo que no le resultó demasiado complicado, teniendo en cuenta que era el hijo del régulo de la cuidad. Además, aprovechó la situación en la isla, pues todo era convulso allí. La amenazadora llegada del ejército sevillano había acabado del todo con el orden

imperante en la ciudad. La mayoría de los hombres y de los soldados estaban fuera, acompañando a su señor en la batalla. Cruzó las aguas en un pequeño bote, acompañado, como siempre, por sus dos hombres de más confianza. Su intención era la de llegar al punto en el que se suponía que se iba a desarrollar la batalla. Al parecer, su padre había decido plantar cara al invasor extramuros. No quiso encerrarse tras las débiles murallas de Umba, que tampoco hubiesen supuesto una gran ventaja estratégica. En la orilla opuesta, esperaban tres caballos, listos para cabalgar raudos a la guerra. Montaron y galoparon durante unos minutos, no demasiados, pues los dos ejércitos se habían encontrado cerca de la ciudad. Como ocurrió en Niebla, las fuerzas de Al-Mutadid eran muy superiores a las suyas. A pesar de todas las bajas que tuvo durante la conquista de la ciudad, Mutadid había repuesto sus huestes. Incluso, parecía haberlas aumentado en tan sólo una semana. Sin duda, el sevillano estaba decidido a conquistar todas las tierras situadas a occidente de las suyas en poco tiempo. Para sorpresa de Saghir, la batalla parecía no haber comenzado. En vez de eso, su padre y sus capitanes estaban reunidos con Mutadid y los suyos en el centro del campo de batalla. El resto de los hombres de ambos bandos aguardaban, azorados, a la espera de la señal de sus señores. Unos frente a los otros, muchos contra pocos, un espectáculo digno de contemplar. El joven señor se dirigió junto a los suyos con intención de descubrir qué era lo que ocurría.

—¿Qué es lo que hace mi padre?

—Al parecer, está negociando —respondió uno de los hombres que estaba al mando de las tropas.

—¿Negociando? No es posible negociar con Mutadid. Yo mismo lo he visto.

—Ahí vuelven —dijo uno de los soldados cercanos.

El séquito de Abú Zayd se acercaba a ellos, levantando polvo tras de sí. El gran señor ni siquiera bajó del caballo al situarse junto a sus hombres.

—Volvemos a la ciudad. He llegado a un acuerdo con Al-Mutadid —dijo, dirigiéndose a sus generales. Cuando reparó en la presencia de su vástago, sus ojos se encendieron con furia—. ¿Qué haces tú aquí?

—¿Qué clase de trato? —respondió Saghir, obviando su pregunta.

—Se quedarán con la ciudad y el reino. Nos retiramos a Xaltis. Hay que preparar nuestra marcha —respondió Abú Zayd sin inmutarse—. Más tarde, me ocuparé de ti.

—¡¿Qué?! —respondió el muchacho, sorprendido.

Sin añadir nada más, el señor de Xaltis, pues ya no lo era de Umba, cabalgó en dirección a la ciudad, seguido de su séquito. El resto de hombres siguió a sus generales en dirección a la ciudad. Las huestes de Mutadid no se retiraron, sino que siguieron en el mismo lugar en el

que se encontraban, a la espera de que abandonasen la urbe para poder ocuparla. La impotencia que sentía Saghir era total. Su padre acababa de entregar su preciosa ciudad sin siquiera presentar batalla. Retirarse a la isla le parecía una absoluta locura. ¿Qué ocurriría con el resto de habitantes de Umba? ¿Quién los protegería ahora? ¿Es que su padre pensaba abandonarlos a su suerte? Todas estas preguntas y muchas más rondaban su cerebro, a la par que se iba quedando solo en el fallido campo de batalla. Allí, entre el polvo que levantaban las bestias, bajo un sol invernal de castigo, quedó inerte, inútil y apático. La actitud de su padre se le antojaba totalmente indolente, tan incapaz como el señor de Niebla o más aún, pues este último luchó hasta perecer por salvar su reino. Volvió a fijar sus ojos en el contingente rival. Le parecía enorme, altivo y prepotente. Allí estaban aquellos oscuros y codiciosos hombres, esperando a cobrar su tributo. Sin duda, este les había costado poco conseguirlo. Al rato, no sabría decir cuánto, pues estuvo largo tiempo pensando allí, en soledad, regresó a la ciudad, cabalgando lentamente. La idea de abandonarla no le gustaba. Acababa de perder gran parte de sus futuros dominios sin pelear por ellos. Era algo a lo que no estaba acostumbrado. Entre los suyos, los pactos y las rendiciones no eran muy comunes.

Al cruzar la muralla, pudo observar el trajín reinante en la urbe. Todos estaban nerviosos, gritaban, recogían sus pertenencias... Iban de aquí para allá en un ambiente caótico. La noticia de capitulación de Abú Zayd ya corría por las calles y la visión del ejército rival, apostado cerca de la ciudad, resultaba aterradora para los ciudadanos. Todos conocían la reciente historia de la toma de Niebla. Sabían cuál era la condición del señor de Sevilla, por lo que eran conocedores de su absoluta e inexplicable crueldad. Nadie quería estar allí para cuando sus tropas cruzasen los muros. Algunos ciudadanos repararon en su presencia al verlo pasar a caballo. Al principio, no se atrevían a decirle nada, pero, poco a poco, la gente fue creciéndose y comenzaron a insultarle. «¡Traidor!», le decían; «¡Eres un cobarde!», le acusaban. Empezaron a lanzarle objetos, todo tipo de ellos. Primero, frutas y verduras; después, cerámica; y, por último, excrementos desde las ventanas. Para cuando llegó a la alcazaba, avergonzado y apenado, la furia que había ido creciendo en su interior era incontrolable.

—¡Padre! —gritó desde el patio—. ¿Dónde está? —preguntaba a los sirvientes con los que se cruzaba. Su cólera irrefrenable le dominaba; ya no importaba nada. Todo el respeto que profesaba hacia su padre se había esfumado en un segundo—. ¿Te das cuentas de lo que has hecho, padre? —gritaba mientras seguía su camino. Fue avanzando poco a poco. Nadie se atrevía a pararlo, pues lo que veían reflejado en sus ojos llegaba a asustar a los soldados y a los sirvientes, hasta que, al fin, llegó a la sala en la que se encontraba su padre,

situada escaleras arriba, en una de las torres de la alcazaba. Al acceder a ella, los guardias hicieron ademán de detenerle, pero, con un gesto, Abú Zayd les indicó que no lo hiciesen—. ¿Cómo has podido hacerlo? —gritó, furioso—. ¡Eres un cobarde!

Al oír sus palabras, los soldados se apresuraron hacia él, lo retuvieron y lo obligaron a arrodillarse.

—¡Liberadle! Dejad que hable —ordenó su padre.

—Has entregado la ciudad sin derramar sangre. ¿Por qué?

—Has visto su ejército, ¿crees que teníamos alguna posibilidad de vencer?

—¡Eso no importa! La cuestión era pelear, no dejar que se la queden sin pagar por ello.

—Hijo, un gobernante no debe dejarse llevar por su ira.
Has de ser más inteligente.

—¿Inteligente? Esto es un acto de deshonor.

—¡Basta! Deja que hable. Concédeme eso al menos. Creo que lo merezco; yo fundé este reino. —Saghir comprendió que lo que su padre decía era verdad. Él había sido un gran hombre, capaz de forjar alianzas duraderas y fundar un reino de la nada—. Nada podía hacerse; al menos, de momento. Nos retiraremos a la isla. Desde allí, usaremos nuestra riqueza y nuestra posición para que Córdoba tome partido en esta contienda.

—No hicieron nada por Niebla.

—No, nada, pero conozco a Ibn Yahwar. El señor de Córdoba es codicioso y mi riqueza es grande. Con el tiempo, mi fortuna ha ido aumentando hasta ser portentosa. Las salinas de la ciudad, su pescado en salazón y los cereales nos han proporcionado copiosos beneficios. Pediré ayuda a Yahwar y responderá. No lo hará porque crea que es lo correcto, sino porque le pagaremos por ello.

—Lo tenías planeado... —dijo Allah, sorprendido.

—Llevo planeándolo desde que supe de sus planes de atacar Niebla. Por eso te pedí que no intervinieses.

—Siento haber sido tan intransigente, padre.

—No te preocupes. Con el tiempo, aprenderás. Tan sólo intento cuidar de tu futuro reino.

—Yo no quiero un reino, padre. ¿Qué le ocurrirá a la gente de la ciudad?

—No podemos llevarlos con nosotros a la isla. Algunos huirán y otros se quedarán. Al-Mutadid me ha asegurado que no sufrirán daño alguno.

—Los abandonaremos. ¿Es así como actúa un buen gobernante?

—Si Mutadid se atreve a tocarlos, tendremos otro punto a nuestro favor. Podríamos usar eso para instar a Córdoba a actuar.

—Son personas. ¿Es qué no te importan?

—La gente muere cada día. Nosotros hemos de prevalecer. Cuando gobernemos, vivirán mejor. Ahora, sal de aquí. He de preparar nuestra marcha a la isla.

4

El traslado se produjo en los días sucesivos, tal y como Abú Zayd había dicho. El gran señor usó sus barcos para transportar todas sus riquezas a su alcazaba de Xaltis. Atrás quedaba una ciudad abandonada a su suerte. Los pocos pobladores que se atrevieron a quedarse quedaron subyugados al poder de Sevilla. Al-Mutadid tomó posesión de la plaza cuando fue avisado, mediante emisario, de que el señor de Umba abandonaba la ciudad. El resto de su corte, junto a él y a su hijo, estaba ya en la isla, a salvo de sus enemigos. A los pocos días, llegó una misiva procedente de Córdoba. Ibn Yahwar había proclamado a Mutadid señor de Umba y dejaba a Abú Zayd tan sólo con la isla. La noticia enfureció al régulo, quien nada podía hacer más que enviar a un emisario tras otro solicitando ayuda; una ayuda que no terminaba de llegar. Mutadid abandonó la ciudad, volviendo a Sevilla, dejando en ella a un gobernador provisional que se encargaría de regir la urbe y todos los territorios recientemente anexionados a su reino, exceptuando únicamente la isla de Xaltis. Para Saghir, poco importaba ya todo. El reino se había perdido y sólo regían aquel trozo de tierra cuyas fronteras estaban dibujadas con agua. La isla, aun siendo preciosa, se le quedaba pequeña y comenzaba a sentir cierta ansiedad por no poder abandonarla. El nuevo señor de Umba no se lo permitía. Habían quedado presos en su propio paraíso, pero incluso el edén puede convertirse en una asfixiante prisión.

Una tarde soleada, paseando a solas por la isla, el muchacho encontró un extraño colgante junto a los restos del antiguo muro romano derruido. Se trataba de una pieza plateada con forma de pequeño pez. Saghir sabía de qué se trataba. Era un símbolo cristiano, aunque antiguo, de una época en la que su religión estaba prohibida. Lo guardó en su bolsillo y comenzó a pensar en lo absurdo de las contiendas religiosas que regían su mundo. La primavera se acercaba a sus tierras y los olores y los colores del lugar se transformaban, convirtiéndolo en un hermoso emplazamiento. Aun así, a él empezaba a resultarle bastante agobiante; se asfixiaba allí. En el norte, los cristianos amenazaban sus fronteras. La guerra del Islam frente a la fe cristiana duraba ya mucho tiempo y bastante le restaba aún. Mientras tanto, en al-Ándalus, la Fitna debilitaba a las diferentes taifas que luchaban entre sí, pues tampoco ellos interpretaban las palabras del profeta de igual forma. Un mundo absolutamente loco aquel en el que

le había tocado vivir. A los ojos del chico, su padre había sido un buen gobernante. Nunca fue demasiado estricto respecto a los designios religiosos, permitiendo, incluso, diferentes cultos en la ciudad, con una interpretación de la religión mucho más laxa de lo habitual. Pero ahora quedaban apresados en la isla, a expensas de que la ayuda procedente de Córdoba llegase pronto. Poco a poco, las fiestas que su padre celebraba eran cada vez menos alegres. La misma actitud del viejo empezaba a emponzoñarse con alcohol y crueles castigos impuestos a aquellos hombres a los que iba tachando de traidores. La fortuna que había tardado una vida en acumular iba agotándose, debido a los intentos de sobornos proferidos a los gobernantes cercanos en pos de una ayuda militar que no acaba de llegar. Esa tarde, Abú Zayd se encontraba dando forma a su nuevo plan. Con su mente nadando en vino, el gran señor daba los últimos retoques a un nuevo envío de riquezas con destino a Córdoba.

—Enviaremos dos barcos —indicaba Abú Zayd a su sirviente—. Esta vez no podrán obviar el cargamento. Yahwar no podrá mantenernos olvidados aquí eternamente. Las otras taifas responderán. Tengo amigos, muchos.

—Sí, mi señor —respondió el sirviente.

Zayd continuó con su perorata durante un largo rato. Vociferando y gesticulando torpemente, debido a la ingesta de alcohol. Prosiguió enumerando las riquezas que enviaría a sus amigos para obtener la ayuda deseada. Rubíes, esmeraldas y mucho oro serían la columna vertebral del envío. Todo adornado con sedas e, incluso, productos propios de la tierra. Los barcos bordearían la costa hasta alcanzar el río Guadalquivir. Desde allí, navegarían río adentro, esquivando a las patrullas de Mutadid, para encontrarse con un contingente de hombres fieles a su causa que transportaría el tesoro hasta Córdoba.

—Padre —dijo Saghir cuando entró en el gran salón—, quizá deberíamos enviar estas riquezas más al oeste o puede que al norte. Olvida a Ibn Yahwar. Busquemos ayuda en otro lugar.

Los ojos del viejo, perdidos hasta ese momento en la inmensidad del infinito, se clavaron en el muchacho, desplegando una siniestra mirada llena de ira.

—¡¿Qué sabe un mocoso de asuntos de estado?! Por tu culpa, nos encontramos en esta situación. De no ser por tu traición, Mutadid jamás hubiese atacado a mi hermosa ciudad.

—No es él quien habla, sino el vino —respondió el consejero de su padre.

—Sé muy bien de qué hablo —gritó su señor—. Este cachorro debería estarme agradecido de que haya salvado su vida permitiendo que se quede aquí.

—Una vez fuiste un gran gobernante, viejo. Ahora no eres sino la

sombra de aquello.

—¡Fuera! ¡Que se largue de aquí! ¡Te destierro, perro! ¡No eres mi hijo!

—Siento lástima por ti, pero sobre todo por tus súbditos. Los has abandonado a su suerte.

Al acabar de pronunciar estas palabras, el chico abandonó el salón, dejando a su padre y a los presentes en silencio.

—Organizad el envío. Mañana debe realizarse —ordenó el viejo, acabando con el mutismo.

Tan sólo dos días más tarde de que fuesen enviadas las riquezas desde Xaltis, estas obraban en poder de Mutadid. Sus espías le habían informado pertinentemente para poder interceptarlo. Atacó a los barcos en el mismo río y mató a todos los hombres que custodiaban el cargamento. Aquellas riquezas nunca llegarían a su destino, sino que engrosarían las arcas del codicioso régulo de Isbililla. No siempre había sido así. En otras ocasiones, los envíos sí consiguieron burlar la vigilancia de la taifa sevillana y llegaron hasta Córdoba, aunque Ibn Yahwar no estaba muy dispuesto a iniciar una nueva guerra y mucho menos con un enemigo tan poderoso. Al entrar en los establos, el rostro de Mutadid se tornó brillante. Sus ojos destellaban al contemplar los tres carruajes repletos de riquezas recién llegadas a la ciudad. Una sombra de codicia los iluminó, como si de la luz del atardecer se tratase. Observó la escena allí plantado mientras sus acólitos los descargaban. Al poco rato, sus dos hijos mayores hicieron acto de presencia.

—Así que lo has conseguido, padre —dijo el mayor de ellos.

Como si de un terremoto se tratase, las palabras de su hijo mayor lo sacaron de aquel mar por el que buceaba su mente.

—Así es. Ese viejo loco ha perdido uno de sus cargamentos más importantes. Ahora es nuestro.

—Bien hecho, padre —respondió el más pequeño de los vástagos —. Con estas riquezas, podremos pagar a más hombres y conquistar Xaltis.

—Gracias a Alá, no eres quien me sucederá. Eres tan idiota como tu madre... —dijo el gran señor—. Estas riquezas no son para nosotros.

—No entiendo —dijo el pequeño, confuso.

—No tengo intención ninguna de quedarme con ellas.

—Entonces, ¿qué harás? —preguntó su hermano mayor.

—Estas joyas irán a parar al mismo sitio al que debieran haber ido. Las voy a enviar exactamente al mismo lugar al que iba a hacerlo Abú Zayd. —Los dos hermanos miraban a su padre con una expresión de perplejidad. Sin duda, seguían sin entender qué era lo que su padre quería decir—. Las enviaré a Córdoba —prosiguió Al-Mutadid—. Son un generoso presente para Ibn Yahwar. Con ellas, compraré el derecho

a ser señor de Xaltis.

—¿No es eso lo que quería hacer Zayd? Intentaba comprar la voluntad de Córdoba para que le ayudasen frente a nosotros, ¿no?

—Eso es. Exactamente eso es lo que quería hacer Zayd, hijo, pero conozco a Yahwar. Sé cómo piensa. Estoy seguro de que recibirá nuestro presente con mucho más agrado.

—Seguimos sin entenderte.

—Escuchad y aprended algo de camino: para la taifa de Córdoba, el viejo señor de Xaltis se ha convertido en un problema. Ofrecerles su ayuda frente a nosotros supondría el principio de una larga guerra que extendería la Fitna aún más. Por otro lado, tampoco pueden acabar con él, pues se mostraría demasiado codicioso y duro. Las otras taifas podrían rebelarse contra ellos. Por lo tanto, lo más sencillo para Ibn Yahwar es que alguien acabe con el sufrimiento del pobre Abú Zayd, pero no pueden ordenarlo ni pedirlo, así que si algún buen musulmán, puede que nosotros, se mostrase como un digno y fuerte aliado, podría dejarle actuar por su cuenta y no condenar la desaparición del último reducto de su taifa.

—Entiendo —respondió su hijo mayor.

—Debéis aprender a sacar provecho de toda situación. Pronto gobernaréis en mi nombre. Puede que una taifa caída, como la de Xaltis. —Al-Mutadid se echó a reír con fuerza.

Mientras tanto, en Xaltis, Abú Saghir había salido a dar un paseo, aprovechando que el calor daba tregua al ir cayendo la tarde. Quería alejarse de todo; de todas aquellas personas que poblaban la isla; de todos los que servían fielmente a su padre, los mismos que no le advertían del gran error que estaba cometiendo. Quería estar solo. El sol iba bajando lentamente hasta el agua, allá, en el horizonte, como si una de una piedra lanzada de forma ralentizada se tratase. Profería una amalgama de colores al cielo, tonos anaranjados y rosáceos, adornados con algunas nubes que pasaban tímidamente a su lado. Era una visión sobrecogedora que daba testimonio de la gran belleza del lugar que habitaba. Se tumbó en la hierba fresca para contemplar la imagen y guardarla en su retina antes de que la oscuridad del crepúsculo la eliminase del cielo, al igual que una fuerza insondable que borra la pintura de un lienzo. Se alejó todo lo que pudo, hasta llegar a su rincón favorito de la isla. Se trataba de un claro que nacía entre los árboles, cubierto de hierba fresca. Estaba en el confín oeste de la misma, el único lugar en el que podía estar un rato a solas para poder pensar con claridad. Allí tumbado, empezó a darle vueltas a todo lo ocurrido durante los últimos días. La forma en la que su padre, el gran señor, había perdido casi todos sus dominios. Hace tiempo, el viejo era un gran gobernante que no hubiese consentido llegar a esta situación, pero, ahora, era viejo y Saghir no veía en él la fuerza de

antaño. Realmente, la idea de perder la taifa no perturbaba su mente. Nunca quiso ser régulo de aquellas tierras, su pasión era otra: la cartografía, pero la forma en la que su padre había abandonado a todos... Aquello no había estado bien. No era propio de un gran señor.

El muchacho se incorporó hasta estar sentado en la hierba. Tomó la pequeña daga que llevaba al cinto y la observó durante un rato. Aquel puñal, regalo de su padre, tenía el mango de color dorado y una hoja plateada muy afilada. «Te traerá suerte», le había dicho su padre cuando se la regaló, pero no parecía haberlo hecho. La suerte no jugaba a su favor. ¿De qué forma podría él solucionar aquello? No se le ocurría ninguna. La intervención de Córdoba no llegaría nunca; él lo sabía. Si no actuaron antes para ayudar a la taifa iliplense, no lo harían con ellos. De hecho, no lo hicieron cuando perdieron Umba. El chico empezaba a comprender que, en su mundo, todo se solucionaba por la fuerza. Tal vez, en otro tiempo, podría haberse llegado a practicar algo de diplomacia, pero no ahora, no con la Fitna en todo su apogeo. Si no hacían algo pronto, se consumirían en su propio paraíso. Poco a poco, irían perdiendo fuerza hasta quedar exangües, inertes y pusilánimes para actuar. Aunque el problema no era lo que él pensase, sino lo que pensaba su padre o, más bien, poder convencerle de ello. Si era un buen hijo, debía ser capaz de hacer entrar en razón a su padre. Antaño, Abú Zayd había sido un hombre de lo más cabal. Clavó su daga en el suelo. La hoja se hundió en la tierra mojada hasta la mitad con suma facilidad. Apretó la mano en torno a su empuñadura dorada y, oteando el horizonte, que ya empezaba a perder sus colores, hizo un juramento.

—No pereceremos aquí sin luchar —dijo para sí en voz baja—. Padre, te convenceré para que obres con lucidez y, si no puedo hacerlo, yo seré quien lo haga.

Dejó el puñal clavado en la tierra, como muestra de que cumpliría su juramento. Lo dejaba allí para dar testimonio de lo que acababa de prometer. Una especie de ofrenda no sabía muy bien a qué o a quién. Más bien, se trataba de un estúpido gesto con el que él mismo se armaba con la fuerza suficiente para hacer aquello que sabía que debía hacer.

5

Al llegar la noche, cenaron juntos, su padre y él, en el gran salón de la alcazaba. Las cenas ya no eran los festines copiosos de tiempo atrás. Ahora, se limitaban a comidas frugales, debido a la carestía de víveres que acuciaba la isla. Las risas y la música de los primeros banquetes habían quedado apagadas por los lamentos ebrios de su padre. Rodeados por un número mínimo de sirvientes, los dos disfrutaban de unos cuantos dátiles, acompañados de algo de pescado capturado esa misma mañana. Era lo único que sobraba en la isla: el buen pescado que podían apresar cada mañana, si los barcos del nuevo señor de Umba se lo permitían. Mientras disfrutaban de la comida, uno de los consejeros de su padre se acercó al viejo y le dio un mensaje al oído. Al hacerlo, el ajado señor estalló en furia.

—¡No es posible! —gritó.

—¿Qué ocurre, padre? —El viejo siguió farfullando para sí durante unos instantes. Parecía no percatarse de que estaba acompañado en la sala. Hablaba solo, maldiciendo, contrariado, a su enemigo—. Padre, ¿qué es lo que pasa?

—Ese traidor... —dijo el viejo, ahora más alto—. Mi cargamento. Ahora todo está perdido. No hay nada que hacer.

—Dime, ¿qué es lo que ocurre?

—Acaban de informarme de que el último cargamento que envié ha sido apresado por Al-Mutadid. Era la última esperanza que albergaba de recibir ayuda de Córdoba. Casi todo lo que me quedaba.

—Lo siento mucho, padre. Quizá esto pueda servirnos para actuar.

—¿A qué te refieres? Habla, muchacho.

—Has enviado numerosos cargamentos repletos de joyas y riquezas a Ibn Yahwar. El resultado ha sido siempre el mismo. Nunca ha habido respuesta por su parte. Estamos solos, padre.

—Eso parece.

—Pues si nadie va a hacer nada por nosotros, hagámoslo nosotros mismos.

—¿Qué puedo hacer yo?

—Luchar. Debemos combatir, pelear por lo nuestro. Has rehuido el combate en varias ocasiones. Eso se acabó. En otro tiempo, no hubieses dudado ni por un segundo. Pronto, no tendremos nada. Los recursos se agotan. Hay que combatir.

—No tenemos un ejército que pueda medirse al de Mutadid. De ser

así, ya hubiese combatido.

—Es cierto, no tenemos ejército, pero sí disponemos de buenos hombres a nuestro servicio. Debemos atacar Umba.

—¿Es que no has oído nada de lo que acabo de decir? No contamos con las fuerzas necesarias.

—No me refiero a un ataque directo. Lo que digo es que tomemos la ciudad. Entraremos por la noche. Será un ataque sorpresa. Mutadid ha dejado a cargo de la ciudad a un idiota con un mínimo de tropas para defenderla. Él no espera que ataquemos. Nosotros conocemos la ciudad, cada rincón, cada punto débil; es nuestra casa. Esa será nuestra ventaja.

—¿Qué haremos después, cuando ese cerdo vuelva a reclamar lo que es suyo? —dijo el viejo en tono derrotista.

—Enfrentarnos a él. Puede que este nuevo movimiento nuestro despierte a Yahwar y que intervenga de algún modo. Si no es así, combatiremos hasta la muerte, pero conservando nuestro honor. De todas formas, esto no es vida.

—Sí, lo haremos. Lo harás tú, hijo mío. Ya es hora de que reclames el lugar que te corresponde. Demasiado tiempo he estado ciego. Cuenta con todos los hombres que necesites. Casi puedo verlo: esa rata se revolverá en sus lujosos cojines cuando sepa que ha perdido Umba. Hazlo, hijo.

—Cuenta con ello. Mañana por la noche, recuperaremos nuestra ciudad —respondió el muchacho con determinación.

La noche siguiente llegó rauda. Los preparativos de la batalla habían ocupado todo el día. Pertrecharon hombres y barcos en el lado sur de la isla, para estar así a salvo de las miradas de los hombres de Mutadid. El pequeño contingente de tres *dhows* y cincuenta hombres sería más que suficiente para asaltar la ciudad. Eso era lo que pensaba Saghir. Debía estar convencido para tener éxito. La luna se encontraba en su fase de cuarto creciente. Iluminaba las aguas que separaban la isla de la ciudad tímidamente, casi con recelo. No contaban con una oscuridad total, pero no podían esperar más. Cada día que pasaba, sus fuerzas se debilitaban más y las de sus enemigos crecían, aclimatándose a la ciudad y a su posición en ella. No cabía ninguna duda de que el nuevo comandante de las fuerzas de Umba no esperaría un ataque por su parte. Saghir reunió a los hombres junto a los barcos y repartió hollín entre ellos para que se untasen el rostro con él. Así, penetrarían en la ciudad como sombras de la noche, ocultos entre ellas, formando parte de las mismísimas tinieblas. Cuando todos estuvieron listos para embarcar, con las cuerdas que usarían para escalar los muros de la ciudad en los barcos y las armas en sus manos, Saghir se dirigió a sus hombres:

—Esta noche luchamos contra la tiranía y la codicia. Pelearemos

por no extinguirnos sin gritar. Quizás, debimos haberlo hecho antes, pero aún no es tarde. Nuestro honor lo reclama. Pide la sangre de nuestros enemigos. La guerra nunca es el camino sabio, pero, en este caso, es el único que nos han dejado. Esta noche recuperaremos Umba, el lugar que nos vio nacer, y no dejaremos a nadie con vida. Mañana nos preocuparemos por las consecuencias. ¡A muerte!

—¡A muerte! —gritaron todos sus hombres al unísono.

—¡A muerte! —El grito resonaba una y otra vez mientras aquellos hombres con la cara cubierta de hollín levantaban sus armas al cielo nocturno. Parecían demonios noctámbulos, dispuestos a arrancar los corazones de quienes los expulsaron de su tierra. En ese momento, el señor de Xaltis hizo acto de presencia. Al verlo, todos gritaron con más fuerza hasta que, con un gesto suyo, quedaron en silencio.

—Esta batalla es tuya por derecho, hijo mío, pero permite a este viejo acompañarte y manchar su hoja con sangre enemiga. —Al terminar de pronunciar las palabras, Abú Zayd sacó del cinto su enorme cimitarra y la alzó al cielo—. ¡A muerte! —gritó—. ¡Por Umba!

—¡A los barcos! —ordenó Saghir.

Embarcaron rápidamente y comenzaron a remar, bordeando la isla. Una vez que la dejaron atrás, pusieron rumbo a la orilla que tenían frente a ellos. Desembarcarían a unos cientos de metros del puerto de la ciudad, en una ensenada conocida por todos que se encontraba los suficientemente alejada para no levantar las sospechas de los guardias de la ciudad. Remaron, intentando hacer el mínimo ruido posible al contactar con las aguas. Los *dhows* de velas negras avanzaban por la ría sin ser detectados. Las antorchas de las murallas de Umba se hicieron visibles poco antes de tocar tierra. La niebla que cubría el trecho de agua las había ocultado anteriormente. Todo parecía estar tranquilo. El silencio de la noche parecía imperturbable. Desembarcaron, raudos, y se dirigieron hacia la muralla norte, la zona más alejada del agua. Si esperaban un ataque, nunca lo harían desde allí. El muro norte tenía una zona un poco más baja que el resto de la muralla, vestigio de la época romana pasada. Esa zona no había sido reformada. Ese sería el punto de entrada. Escalarían el muro con los garfios que portaban y, como espíritus nocturnos, degollarían a todos los que les saliesen al paso, en silencio, siendo letales.

Llegaron al punto de escalada sin ningún problema. Habían encontrado un mínimo de hombres enemigos en el camino y los habían matado sin piedad. Saghir ordenó lanzar el primero de los garfios. Él escalaría el primero la muralla. Una vez arriba, despejaría el camino para los siguientes. Después, unos veinte hombres se dirigirían a la puerta norte para abrirla y permitir el paso del resto de sus fuerzas. Uno de sus hombres lanzó el garfio, que se agarró a la

muralla como si se tratase de una garra cerrándose en torno a un cuello. El muchacho comenzó a escalar sigilosamente. Cuando estaba a medio camino, uno de los guardias se asomó a lo alto del muro, pero no tuvo tiempo de ver nada, pues uno de los hombres del chico lo ensartó con una flecha desde abajo. Llegó arriba y, de un salto, plantó sus pies en la muralla. Acto seguido, sacó sus cimitarras, pues luchaba con dos, una en cada mano. El segundo de los guardias del muro se acercó a él y casi no tuvo tiempo de soltar un grito, pues Saghir rebanó su cuello con un rápido movimiento y el guardia cayó al suelo, intentando taponar con ambas manos el flujo de sangre que le brotaba de la garganta. Allí, el chico lo remató, ensartándolo en el pecho con la segunda espada, la de su mano izquierda. El resto de hombres, los que le seguían escalando el muro, empezaron a llegar hasta arriba, trepando como él lo había hecho segundos antes. Con rapidez, se fueron repartiendo por la muralla, acabando con todos los guardias que había en ella. No se oyó ni un solo grito. Nada que pudiese alertar al resto de la ciudad. La vida les fue arrebatada sin darles tiempo a súplicas.

Llegaron a la puerta norte en medio de las sombras y, una vez que hubieron acabado con los hombres que la guardaban, la abrieron con sutileza. El grueso de sus fuerzas, con Abú Zayd a la cabeza, penetró en la ciudad como una negra riada que avanzaba para cubrirlo todo con su devastación. En primer lugar, se dirigieron al cuartel, pues sería la zona en la que suponían que encontrarían a más soldados enemigos. Y así fue. Los encontraron dormidos y los degollaron a placer. Tan sólo un par de ellos pudieron ver lo que se les venía encima. Casa por casa, fueron acabando con aquellos soldados que habían decidido ocupar alguna, hasta llegar a la alcazaba de Umba. Para cuando entraron en ella, los soldados que quedaban habían sido alertados, pero ya era tarde. La fiereza que desprendían los hombres de Saghir en combate no tenía paragón; eran imparables. La lucha en la alcazaba fue aún más violenta que en el resto de la cuidad, pues la resistencia de sus ocupantes enfureció a los asaltantes sobremanera. Así que decapitaron, descuartizaron, mutilaron y aniquilaron a cuantos salían al paso, ahora, acompañados por terribles gritos de guerra, alaridos capaces de intimidar a cualquier contrincante. El último reducto de los ocupantes fue el salón del trono de la alcazaba, en el que el señor a cargo de Umba se parapetó con unos diez hombres. Eran los últimos con vida. Todos los demás yacían muertos o moribundos por toda la urbe.

—¡Abrid la puerta! —gritó Saghir.

El muchacho, cuya visión parecía ser la de un demonio bañado en sangre, con la cara negra y roja por el hollín y la sangre, estaba eufórico. Los hombres que le acompañaban presentaban el mismo

aspecto, asesinos todos ellos. Esa noche lo eran. Su padre incluido.

—¡Abrid, cobardes! —volvió a gritar, poseído.

—¿Perdonaréis la vida de nuestro señor? —gritó alguien desde el interior.

—¡Ninguno será perdonado! Moriréis esta noche. ¡Moriréis todos!

—Entonces, ven a por nosotros.

—¡Quemadles! —ordenó Saghir—. Que ardan todos ahí dentro. De todas formas, en pocos días todo esto será cenizas. Sus hombres prendieron fuego a la puerta y a toda la sala. Los gritos del interior eran horribles, pero ya no podían salir, pues la puerta fue atrancada desde fuera para no permitírselo. Mientras las llamas devoraban a sus enemigos, el chico se sentó a contemplarlas. Había soltado sus dos cimitarras en el suelo y la sangre, mezclada con sudor, le goteaba desde la frente. No era suya. Era de aquellos a los que había dado muerte aquella noche. Fijó sus ojos en las llamas y los gritos ya no llegaban a sus oídos. Se abstrajo de la escena, pensativo, sintiendo el calor en su rostro.

—Está hecho —dijo su padre, acercándose a él.

El chico alzó la vista y la fijó en su padre. Su aspecto era demoníaco. Estaba cubierto de sangre. Sus ropas, antes negras, ahora eran de color púrpura y su enorme cimitarra aún chorreaba el líquido rojo que cubría la formidable hoja.

—Sí, está hecho —respondió—. Mañana alimentaremos a los cuervos con su carne. Los mismos cuervos que pronto celebrarán un festín con la nuestra.

6

Los días pasaban lentos, parsimoniosos. Saghir no dejaba de otear el horizonte en busca del ejército enemigo, pero nada ocurría. Nadie venía a reclamar su sangre. La espera puede convertirse en un martirio aun peor que la tortura en sí misma. Las gentes de la ciudad vivían los días ajenos a todo. Era como si se hubiesen olvidado de que el régulo de Isbililla volvería a reclamar aquello que consideraba suyo. Todos se afanaban en sus tareas cotidianas y las llevaban a cabo como de costumbre; todos, menos uno. El chico parecía ser la única persona preocupada por la furia de Al-Mutadid. Ni siquiera su padre era consciente de lo que estaba por venir. El gran señor se dedicaba a celebrar banquetes en honor a su fantástica victoria. Nadie se preparaba para el tsunami que amenazaba la ciudad. Era una sombra que iba creciendo y engullendo a la urbe por completo, desde sus murallas hasta su corazón. Saghir no paraba de darle vueltas. Buscaba la forma de poder defenderse del inminente ataque y no encontraba ninguna. La absoluta inferioridad de sus fuerzas era una lacra imposible de salvar. Paseando por las calles de Umba, el muchacho contemplaba los rostros de sus habitantes mientras estos realizaban sus tareas, discutían y vociferaban. Al observarlos mientras hacían pan, limpiaban pescado o cargaban con sus enseres de un lado a otro, le parecía estar viendo a muertos vivientes; unos cadáveres que cargarían sobre su conciencia. Todos habían fallecido ya, aunque aún no lo sabían. El único que podía verlo era él. Una maldición que pesaba sobre sus ojos; unos ojos tristes y atemorizados. El error, su gran pecado, había sido la falta de humildad, el deseo de venganza. Cuando atacó, pensó que lo hacía en pos de una vida mejor para aquellas personas. Ahora era consciente de que no sería así. Mutadid arrasaría con todo, con toda la ciudad. No le importaba lo más mínimo aquel lugar, tan sólo dar muestra de su poder. Pasada una semana desde la noche de la matanza, recibieron la visita de un emisario del régulo enemigo. Aquel hombre portaba un mensaje que debía dar a Abú Zayd en persona, así que fue conducido hasta él. En la sala, el muchacho y su padre, acompañados por sus hombres más allegados, escucharon lo que el heraldo tenía que decir.

—Habla —dijo el régulo de Umba—, pero cuida tus palabras.

—Mi señor Mutadid me ha enviado para transmitiros un mensaje.

—Pues hazlo —respondió Saghir.

—Esta... fechoría no puede quedar impune. Mi señor solicita que todos abandonéis la ciudad. Un nuevo contingente de tropas, que ya ha partido desde Isbililla, llegará hasta aquí para hacerse cargo de ella.

—Tu señor no puede darnos órdenes. Si quiere Umba, que venga a por ella —dijo Abú Zayd en tono altivo.

—Si os negáis a abandonarla, la ciudad, junto a todos sus habitantes, será reducida a cenizas.

—No voy a regresar a Xaltis para pudrirme allí si eso es lo que tu señor desea.

—No lo habéis entendido. Esta vez, Xaltis pasará al poder de la taifa de Al-Mutadid. No os quedará nada.

—¿Adónde espera que vayamos entonces? —preguntó el gran señor.

—El antiguo señor de Umba y Xaltis deberá quedarse en la ciudad, será la única persona que se quede, para recibir el castigo que mi señor estime oportuno.

—No veo que tu señor ofrezca nada que pueda interesarnos —dijo el muchacho.

—Os permite vivir —respondió el emisario con una sonrisa en sus labios.

—¡Matemos a este perro! —gritó uno de los capitanes de Zayd.

—¡No! —dijo Saghir—. Ve en paz. Dile a tu señor que rehusamos su oferta.

—¿Es esa la última palabra de Abú Zayd? —preguntó el heraldo.

—Así es —dijo el viejo mientras miraba a su hijo.

—Está bien.

El enviado de Isbililla abandonó la sala, contrariado, dejando a todos los que había en ella en silencio.

—Padre —dijo el chico, rompiéndolo—, hablemos a solas. —Ya habéis oído. ¡Todos fuera! —ordenó el régulo.

Cuando todos los presentes hubieron abandonado la sala, el muchacho comenzó a hablar:

—¿Qué piensas hacer, padre?

—Morir luchando, tal y como habíamos dispuesto.

—Si nos quedamos, la gente de la ciudad también lo hará y morirán.

—¿Quieres que huyamos?

—Llevo unos días pensando en ello. Creo que debes volver a intentar que el régulo de Córdoba intervenga.

—Ya sabes que nos ha ignorado en múltiples ocasiones. ¿Por qué ahora debería ser diferente?

—Porque esta vez no quieren recluirte, sino acabar con tu vida. Puede que la noticia de tu asesinato no guste mucho al resto de

señores de las taifas. Al menos, debemos intentarlo. No por nosotros, sino por las gentes de Umba.

Abú Zayd se mantuvo pensativo durante unos instantes, acariciando su barba con su mano derecha mientras se mostraba dubitativo.

—Está bien. Enviaré un último mensaje a Ibn Yahwar, pero, si no contesta, moriré peleando.

—Me parece bien, padre.

Transcurridos dos días desde la marcha del emisario de Mutadid, el ejército procedente de Isbililla se encontraba frente a las puertas de Umba. Saghir y su padre habían preparado la defensa de la ciudad tan bien como habían podido. Resistirían todo el tiempo que pudiesen, hasta la muerte. Para su sorpresa, el contingente enemigo acampó junto a la urbe, sin emprender el ataque. Aquella extraña forma de actuar desconcertaba al muchacho. No entendía a qué esperaban para atacar. Algo se le escapaba. El régulo de Isbililla no era un hombre piadoso, eso lo había comprobado tiempo atrás, en Niebla. ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Cuál era el motivo por el que las tropas enemigas refrenaban sus ansias de venganza? Tan sólo un día más tarde, sus dudas fueron aclaradas. El emisario sevillano se encontraba frente a la puerta norte, reclamando audiencia con el señor de Umba. Hasta allí acudieron Saghir y su padre para escuchar lo que aquel hombre tenía que decirles. El comandante de las huestes sevillanas vestía con caros ropajes y portaba armas visiblemente bien acabadas. Adornaba su cabeza con un enorme turbante y su cara, con una flamante perilla negra. Se mostraba tan altivo como desdeñoso, sin atisbo de furia en su rostro. Cuando el todavía señor de Umba y Xaltis, junto a su hijo, hicieron acto de presencia, aquel hombre se dirigió a ellos:

—He sido enviado hasta aquí para acabar con vosotros y conquistar esta ciudad para mi señor —dijo con tono pausado—. Sin embargo, acabo de recibir noticias que debo comunicaros antes de emprender el ataque. De vosotros depende mi próximo movimiento.

—Di lo que tengas que decir —respondió Saghir.

—Que se acerque —ordenó el altivo comandante a un subordinado que lo acompañaba.

El acólito se alejó rápidamente y fue hasta donde se encontraba el resto del grueso del contingente enemigo. Minutos más tarde, regresó acompañado de otro hombre: un chico joven, de piel muy oscura. Dicho acompañante presentaba un aspecto diferente al de sus otros interlocutores: con ropas sucias y un rostro azorado.

—Diles aquello que deben saber y, después, retírate —le ordenó su comandante.

—Mi señor —comenzó a decir el muchacho con voz tímida—, soy un mensajero procedente de Córdoba. He sido enviado por el gran Ibn

Yahwar para daros un mensaje.

La misiva enviada días atrás por Abú Zayd parecía haber llegado a su destino y no sólo eso, sino que, además, la respuesta llegaba en el momento más oportuno posible.

—¿Cuál es el mensaje? —preguntó el viejo régulo.

—Tanto el señor de Umba como su hijo serán acogidos en Córdoba por mi señor. Viajarán sin sufrir daño alguno, acompañados por cuantos sirvientes estimen oportunos. El régulo de Isbililla ya ha sido informado a este respecto y ha decidido acatar las órdenes de Ibn Yahwar.

—¿Qué hay de mi ciudad? ¿Qué ocurrirá con mi taifa?

—La taifa de Abú Zayd pasará a poder de Al-Mutadid, junto a todas las tierras que la componen.

—¿Qué les ocurrirá a los habitantes de Umba? —preguntó Saghir.

—Toda aquella persona que así lo deseé, podrá viajar hasta Córdoba junto a su señor, donde serán gentilmente acogidos. Si deciden quedarse, los ciudadanos no podrán ser dañados por el nuevo régulo de la ciudad, pues estarán bajo la protección de mi señor.

Abú Zayd miró fijamente a los ojos de su hijo y no hizo falta mediar palabra alguna, pues ambos entendían perfectamente lo que tenían que hacer.

—Tu señor es muy generoso —respondió el viejo.

—Retírate —ordenó el comandante enemigo al mensajero—. ¿Y bien? ¿Qué respuesta dais a este mensaje?

—En estas condiciones, rindo la ciudad —respondió Zayd.

—Sois muy sabio, mi señor. Tenéis un día para abandonarla.

—Así se hará.

Saghir y su padre se alejaron en dirección al interior de los muros. Caminaban tan tristes como satisfechos. Habían conseguido salir lo más airosos posible de aquella situación límite.

—Padre.

—Habla, hijo.

—Has hecho lo correcto. De otra forma, habrías sentenciado a todas las gentes de Umba. Sé lo difícil que ha debido resultarte dar esa respuesta, pues soy consciente de cuánto amas esta ciudad y su isla.

—Tú me has enseñado una gran lección, hijo mío. Una ciudad no está compuesta sólo por las piedras que la levantan. Sus gentes son las que le dan forma y vida. Me has mostrado que, mientras sus habitantes vivan, Umba, la ciudad que yo regí, no morirá nunca, pero tienes razón: echaré de menos Xaltis. A mis ojos, su belleza no tiene parangón.

—Tal vez un día regreses, padre. En este mundo tan cambiante, nunca se sabe.

—Cierto, Saghir. Nunca se sabe.

Al día siguiente, todos los habitantes de la ciudad, incluidos sus señores, la abandonaron, poniendo rumbo a Córdoba. El viejo señor de Umba y Xaltis llegó sano y salvo a su destino, viviendo allí hasta el final de sus días y terminándolos en paz. Por su parte, Abú Saghir continuó su camino hasta Almería. Según había oído, en aquella tierra existía una importante escuela de geografía en la que pretendía ingresar. Allí, daría rienda suelta a su pasión: transmitir sus conocimientos a otros.

IV

1

11 de julio de 1381. Flota portuguesa

João Afonso Telo, conde de Barcellos y hermano de la reina, había sido puesto al mando de la flota portuguesa. La escuadra, compuesta por veintitrés galeras y cuatro naos, tenía la misión de interceptar a la castellana para dar así la posibilidad de un viaje sin incidentes a los refuerzos ingleses que acudían desde el norte y que tenían que llegar a Lisboa. El almirante portugués ordenó zarpar con la marea, a primera hora de la mañana. Conocía la existencia de un contingente castellano en el sur de la península, pero su número era inferior al suyo. La expedición portuguesa había sido preparada a conciencia con este fin por el rey luso, Fernando I. El monarca había mandado construir una fuerza naval que superase en número y efectivos a la castellana para poder contar con la supremacía marítima en las aguas del sur y facilitar así el desembarco inglés. João Afonso Telo navegaba al mando de la nao más grande de todas, *La Gaivota*, que comandaba la flota. Dio orden de navegar con velas, reservando a los remeros por si encontraban a los castellanos. Bordearían la costa portuguesa hacia el sur, intentando practicar un bloqueo a los barcos castellanos. A sus órdenes tenía a unos seis mil hombres que se le antojaban más que suficientes para repeler a un enemigo inferior. Si lo conseguía, los refuerzos, compuestos por arqueros y tropas inglesas, servirían para decantar la guerra a su favor. *La Gaivota* desplegó sus velas y se puso al frente de la formación de barcos, aprovechando el viento. Las otras tres naos navegaban tras ella, seguidas por las galeras que, debido a que contaban con velas más pequeñas, avanzaban más despacio. El segundo al mando, Enrique Ponte, entró en el camarote del almirante dos horas después de haber zarpado.

—Todo tranquilo, señor —dijo Ponte—. Navegamos sin incidentes, a pesar del calor.

—Aún es pronto. Reserva a los remeros y ralentiza el avance de las naos. No debemos dispersar la flota. Si los castellanos llegan a divisarnos, temblarán ante el poderío de nuestra armada.

—Como ordenéis, mi señor.

—Vuelve a *El Caranguejo* y sígueme de cerca.

—¿Creéis que los castellanos presentarán batalla?

—Sí. Son tan estúpidos como para hacerlo, aun contando con

menos navíos. No te preocupes. Si es así, los aplastaremos.

—Está bien.

—Una cosa más, Enrique.

—¿Sí?

—Tengo órdenes del rey. Además de proteger el desembarco de los ingleses, acabaremos con todo barco castellano que encontremos a nuestro paso y no me refiero sólo a navíos de guerra, cualquier embarcación, pescadores incluidos.

—Pero, mi señor...

—¡No hay peros! Esas son las órdenes del rey.

—Está bien, mi señor. Se hará como ordenáis.

13 de julio de 1381. Flota castellana

El aviso había llegado tan sólo dos días antes. Los ingleses, aliados una vez más con los portugueses, habían enviado tropas para apoyarles desde su isla. Al parecer, su destino era Lisboa. Si querían detener su avance, debían construir un bloqueo imaginario en el mar para poder evitar su desembarco. Fernando Sánchez de Tovar, caballero marino y ferviente luchador castellano, había sido puesto al mando de la flota castellana. Sus repetidas incursiones en la costa inglesa le habían creado gran fama entre los marineros castellanos, así como entre los enemigos, quienes le apodaban "El Neptuno". El almirante castellano dio orden de zarpar del puerto de Sevilla inmediatamente. Recientes informes lo habían puesto sobre aviso de que los portugueses habían enviado una enorme flota hacía el sur para proteger el desembarco inglés. Por su parte, Sánchez de Tovar contaba con diecisiete galeras, menos de lo esperado, teniendo en cuenta las noticias recibidas sobre el contingente portugués. Surcaron el río en formación hasta salir a la mar, bordeando la costa de la península, haciendo un alto en Huelva. Allí, los pescadores de las pedanías onubenses, tales como Palos de la Frontera, informaron a "El Neptuno" de una zona en la que la contienda podría decantarse a su favor. Se trataba de una pequeña ensenada en la ría de Huelva, frente a una isla, conocida como isla Saltés. Según aquellos hombres, si la flota lograba atraer a los portugueses hasta allí, su superioridad numérica se vería mermada, debido al menor espacio y a la poca profundidad de aquellas aguas. "El Neptuno" tuvo muy en cuenta las palabras de aquellos hombres; tanto fue así que mandó reclutar a algunos de ellos para aprovechar su conocimiento del lugar en su beneficio. Uno de esos hombres fue Diego de Mendoza, pescador y marino de veinticinco años. Él había servido en el ejército en otro tiempo, aunque ahora quería dejar esa vida atrás. Se había casado y tenía dos hijos, por lo que no deseaba luchar más. A la fuerza, fue

incorporado a las tropas castellanas en una de las galeras, la *Santa Fe*, y a punto estuvo de hacerlo como remero, debido a su negativa a unirse al contingente, pero, gracias a la intervención de Álvaro Garrido, capitán onubense al mando de la nave, quien abogó por su integridad, debido a sus conocimientos, pudo hacerlo como hombre de armas. Las órdenes de Sánchez de Tovar eran navegar cabotando la costa, dejando atrás el cabo de San Vicente, para seguir bordeando el litoral con rumbo norte. Si podían evitar a la flota portuguesa, desplegarían el bloqueo para los barcos de transporte de las tropas ingleses, impidiendo así su desembarco.

Los días transcurrían sin ningún problema. Diego se habituó rápidamente a la vida en la nave, puesto que ya había servido a bordo de una en el pasado. Poco a poco, el muchacho trabó amistad con el capitán, quien se mostraba mucho más comprensivo y amable que el resto de los mandos de la flotilla, sobre todo que su almirante. Durante aquellos días, se le encomendó la tarea de alimentar a los esclavos remeros de la nave: hombres caídos en desgracia, prisioneros de antiguas contiendas, acusados y asesinos; todo un elenco de buenas almas. Realizaba sus tareas con resignación. Alguien como él, de familia vasalla, no podía quejarse ni rehusarlas. Los hombres no paraban de hacer comentarios acerca de su situación. Por todos era sabido que el número de barcos enemigos era mayor que el suyo, aunque se mostraban más bien tranquilos, pues sabían quién los comandaba. Las leyendas de "El Neptuno" circulaban durante todo el tiempo de barco en barco. Los hombres sabían de los golpes que había infligido a los ingleses y se mostraban confiados de su buen hacer. Al caer la tercera noche a bordo, Diego fue llamado al camarote del capitán.

—Pasa. Pasa y siéntate —dijo don Álvaro—. ¿Quieres un poco de vino?

—Sí. Gracias, señor.

—Diego, creo que ya puedes llamarme Álvaro. No hace falta que mantengas el protocolo aquí. Te he visto crecer, conozco a tu familia, puedes hablar con tranquilidad.

—Sois el capitán.

—Y también tu vecino. Conozco a tu mujer desde que era una mocosa y a ti, de antes de que te saliese la barba. Las formas son para la galería. Cuando estemos solos, puedes tratarme como a un amigo.

—Está bien, don Álvaro.

—Eres imposible. —El capitán, de unos cuarenta años, con las muestras evidentes de una vida dedicada a luchar anunciadas en las cicatrices de su rostro, sirvió dos copas de vino y tomó asiento junto a la pequeña mesa que había en el centro del camarote—. ¿Qué dicen los hombres?

—Que somos menos que los portugueses.

—¡Ja! Sí, es algo común en lo que a nuestras batallas se refiere, ¿verdad? Siempre en inferioridad.

—Pero lo cierto es que se muestran bastante confiados. No cunde el pesimismo. Los hombres confían en nuestro almirante.

—Y hacen bien. "El Neptuno" es implacable. He luchado a sus órdenes en más de una ocasión y conozco su proceder.

—Yo también —dijo el chico con tono pesimista.

—Pronto volverás a casa, Diego. Nada va a ocurrirte.

—Pienso en mi familia.

—Lo sé, pero debes comprender que, si no tenemos éxito, tu familia no estará a salvo. Los portugueses podrían penetrar en la península por el sur. Estás en el lugar correcto.

—Sí, don Álvaro.

—No me des la razón como a los locos.

La campana de alerta detuvo su conversación.

—Es la alarma —dijo Diego.

—Vayamos a ver qué ocurre.

Ambos abandonaron el camarote a toda prisa para salir a cubierta. Al llegar al exterior, Diego observó el panorama a su alrededor. La noche era cerrada y oscura. No había ninguna luz más que la de las estrellas en el cielo y las de los barcos aliados que se encontraban a su alrededor.

—¿Qué ocurre? —preguntó don Álvaro al vigía de cubierta.

—Parece que han avistado a los portugueses, allá a lo lejos, más al norte.

—Entiendo. Recoged las velas. Esperaremos órdenes.

La galera insignia de la formación, la *Cruz de Cristo*, capitaneada por el almirante, navegaba justo delante de la suya. —¿Por qué recogemos el velamen, mi señor? —preguntó el chico a su capitán.

—Esas son mis órdenes: recoger velas al avistar al enemigo.

17 de julio de 1381, primeras horas. Flota castellana

Las primeras luces del alba trajeron consigo la formidable visión de la flota portuguesa, que se encontraba frente a ellos. Podían ver todos aquellos navíos, puestos en formación frente a las costas del Algarve portugués, como unidos por una cadena invisible que impedía el paso a cualquiera. El almirante castellano observó el contingente desde la distancia, constatando aquello que era más que sabido por todos: estaban en inferioridad. Los barcos castellanos aguardaban con sus velas recogidas, orden dada por "El Neptuno" días antes. Los portugueses esperaban de igual forma. Permanecían inmóviles, aguardando a que la flota castellana hiciese su movimiento.

—Ordenad a todos los barcos que den la vuelta. Que icen las velas y que los remeros no paren de bogar hasta que yo lo diga —dijo Sánchez de Tovar.

—Sí, señor.

—Una cosa más: que remen como si tocasen a zafarrancho. Tienen que hacerlo al máximo de sus capacidades.

—Así se hará, señor.

El segundo de a bordo transmitió las órdenes del almirante a los otros barcos, que, rápidamente, izaron sus velas y sacaron sus remos. Minutos más tarde, toda la escuadra castellana navegaba en dirección contraria a toda prisa. Por su parte, los portugueses emprendieron la marcha tras ellos. En la *Santa Fe*, Diego de Mendoza observaba desde la popa a los barcos portugueses. De momento, parecía que los remeros mantenían la distancia, aun más que eso: la estaban aumentando poco a poco.

—Parece que los dejamos atrás —dijo el chico.

—Sí, eso parece. Nuestros remeros se están aplicando a conciencia. Esperemos poder mantener el ritmo —respondió Álvaro Garrido.

—Estamos huyendo. Tenía entendido que los castellanos nunca huíamos.

—Si nos hubiésemos enfrentado a ellos atacando de frente, ahora estaríamos muertos o nadando en el mar a punto de morir.

—¿Y qué vamos a conseguir dando la vuelta? Los ingleses lograrán desembarcar —replicó Diego.

—Si perdemos nuestros barcos en una maniobra estúpida también lo lograrán, ¿no crees? No subestimes al almirante y que nadie te oiga decir esas cosas.

—Sí, señor.

—Prepara tus armas. Pronto estaremos combatiendo.

Tras una hora de navegación, los navíos portugueses empezaron a separarse. La mayor parte de ellos seguía intentando dar caza a los castellanos, pero, en torno a diez de las naves, empezaron a descolgarse considerablemente de la formación. Entre los que seguían a la caza, la distancia también aumentaba de forma evidente.

—¡Bien! Se están separando —dijo “El Neptuno”.

—Los hombres están cansados, señor —contestó su segundo—. El calor empieza a ser insoportable en las bodegas y llevan mucho tiempo remando. No sé si podrán mantener este ritmo mucho más tiempo.

—¡Deben hacerlo! Es crucial que lo hagan. Observa — dijo, ofreciendo el catalejo a su oficial. El segundo echó un vistazo a las galeras enemigas que cada vez se encontraban a más distancia de las suyas y, además, se estaban separando—. ¿Lo has visto?

—Los estamos dejando atrás.

—¡Exacto! Si conseguimos llegar a Huelva antes que ellos, tendremos algo de tiempo para descansar antes de la batalla.
Con suerte, seguirán con este ritmo y llegarán por separado. Si no es así, nos enfrentaremos en las aguas que hay frente a esa isla, la de Saltés. Tráeme a uno de esos pescadores onubenses que reclutamos.

—Sí, señor.

17 de julio de 1381, primeras horas. Flota portuguesa

Al amanecer, los barcos castellanos aparecieron frente a ellos claramente. Para su sorpresa, todos estaban parados en el mar. Completamente quietos, con sus velas recogidas, como si no quisiesen atacar. Para el almirante João, la maniobra de su contrincante era del todo inútil. Si lo que deseaba era evitar que sus aliados ingleses desembarcasen, allí parados no iban a conseguirlo. Mientras mantuviesen la formación, ellos harían lo mismo. La espera les beneficiaba.

—Señor —llamó el vigía—. Señor, los castellanos.

—Ve a ver qué ocurre —ordenó el conde a su subordinado. Un minuto más tarde, este volvía con las noticias—. ¡Vamos! ¡Habla! —dijo el almirante.

—Los castellanos, señor. Han izado sus velas y dan media vuelta. Sus remeros bogan a toda prisa para retirarse.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de João Afonso Telo. Al parecer, sus enemigos huían al ver el enorme poderío naval de su país.

—Esos cobardes huyen. No debemos desperdiciar esta oportunidad. Podemos acabar con toda su flota del sur en esta ocasión y mantener la hegemonía en estas aguas de una vez por todas. Que todos los navíos icen sus velas y que los remeros no paren de bogar. Que lo hagan sin descanso hasta que los atrapemos.

—Como ordenéis, mi señor.

Tras una hora de persecución, las cuatro naos, entre las que se encontraba la del almirante, estaban bastante rezagadas con respecto a los primeros barcos de la flota portuguesa. El viento no acompañaba y no disponían de remos como el resto de las naves. Además, la flota entera estaba desperdigada. Al menos ocho de las galeras habían quedado muy atrás de la cabeza; tanto que no podían ver a sus otras naves en el horizonte. En ese momento, los capitanes de las otras tres naos enviaban mensajes con destino a *La Gaivota*.

—Mi señor João, mensajes.

—Léelos, idiota. ¿No ves que estoy ocupado?

—Los capitanes de las otras naos solicitan detener la marcha hasta que nos reorganicemos. Quieren que ordene a los navíos de vanguardia que detengan sus remos.

—¿Y eso por qué? Los castellanos corren como galgos — dijo el portugués entre risas. El resto de hombres que lo rodeaba rio a la par —. Además, aunque quisiera, no puedo enviar mensajes a las naves de vanguardia; están demasiado lejos.

—Mi señor, tal vez...

—¡Silencio! Transmite estas órdenes al resto de capitanes: todas las naves rezagadas se encargarán de dar cuenta de aquellos barcos que encontremos en el camino. Dejaremos que la vanguardia se ocupe de esos cobardes. Puede que lleguen hasta Cádiz a este paso. Tenemos mandato de acabar con las flotillas pesqueras que encontremos en el camino y eso haremos. Ahora, ve.

El mensajero se retiró para transmitir el mensaje que, en pocos minutos, llegó a los otros barcos.

—¡Es un idiota! —dijo Enrique Ponte. A bordo de *El Caranguejo*, el capitán se esforzaba por poner un poco de cordura en aquella situación. Ya hacía bastante rato que habían perdido de vista a las primeras naves y las naos avanzaban parsimoniosamente, debido al viento. Los remeros estaban exhaustos a causa del calor y del sobreesfuerzo realizado. Si los castellanos decidían detenerse, ya no lucharían en inferioridad y además lo harían en su territorio—. Si no nos reagrupamos ahora, podemos tener problemas. En vez de eso, nuestro querido conde ordena retrasarnos aún más para matar pescadores. ¿Es que no se da cuenta de lo que está haciendo?

17 de julio de 1381, mediodía. Flota portuguesa de retaguardia

Tras avistar la costa onubense y sin rastro alguno del resto de los barcos, el almirante João da la orden de atacar a los poblados pesqueros cercanos a Huelva, así como a aquellos barcos que se iban encontrando en el camino. Habían quedado ocho naves componiendo su flotilla: las cuatro naos y cuatro de las galeras, las más lentas de ellas. El grueso del contingente portugués estaría ya dando cuenta de los barcos castellanos que, de la forma más estúpida posible, se habían metido en la boca del lobo. Tomaron dirección a puerto, sin posibilidad de seguir navegando en alta mar ni de escapar de ellos.

—Eso es Palos de la Frontera —dijo el almirante—. Que dos de las galeras atraquen y que desembarquen los hombres. Diles que acaben con todos. El resto iremos a por esa pequeña flotilla de pescadores. Yo iré a la cabeza. Nadie va a robarme la gloria de esta victoria.

Mientras tanto, en *El Caranguejo*, que ahora formaba el último, el capitán Enrique Ponte recibía las órdenes de su superior.

—Orden de ataque. Poned rumbo a la flotilla de pescadores que hay a babor. Nuestro almirante obtendrá una gran victoria frente a barcos que no contienen ningún marino.

—¡Zafarrancho de combate! ¡Rumbo noroeste! —ordenó su segundo.

17 de julio de 1381, mediodía. Flota castellana

La formación en la ensenada era perfecta. Llevaban una hora allí, esperando a la flota portuguesa; descansando y preparándose para el combate. "El Neptuno" no sabía si sus enemigos morderían el anzuelo. No había posibilidad de enviar a nadie para saber si habían tomado el rumbo deseado, aunque esperaba que así fuese.

—¡Barco a la vista! —gritó el vigía de una de las galeras.

Poco a poco, el resto de ellos empezó a divisar las primeras naves portuguesas. Hasta que el de la *Cruz de Cristo* también las tuvo a la vista. Con el grito del vigía que anunciaba la llegada de sus enemigos, el almirante comenzó a dibujar una mueca sonriente en su rostro.

—¿Cuántos son? —preguntó.

—De momento, hemos divisado ocho galeras, mi señor.

—Perfecto. Tocad a zafarrancho. Acabaremos con ellos antes de que llegue el resto.

La *Santa Fe* fue de las primeras en recibir la orden de ataque. Sin dudarlo un segundo, el capitán del barco indicó a los remeros que comenzasen a bogar. La mayor parte de los navíos castellanos hizo lo propio y apresaron a sus enemigos, construyendo una formación en forma de pinza en la ensenada. Capturaron a las ocho primeras galeras portuguesas en menos de media hora. Apenas hubo bajas entre sus hombres y atracaron los nuevos navíos apresados frente a la isla. Más tarde, adelantaron la formación para, de esa forma, volver a practicar la misma jugada un poco más lejos. Los barcos enemigos iban llegando poco a poco, como un goteo lento, pero incesante. Cada vez se hacía más sencillo acabar apresándolos, pues cada vez su número era menor. Llegaban de uno en uno, de tres en tres... Nada que las diecisiete galeras castellanas no pudiesen controlar con facilidad.

—Ahí vienen otros tres, capitán —dijo Diego.

—Los veo. Con estos, ya van diecinueve. Si no me equivoco, quedan ocho más.

—Sí, conté veintisiete frente a las costas del Algarve.

—Apresaremos a estos tres. Después, les seguirá el resto.
¿Qué me dices ahora de nuestro almirante?

—Es un hombre astuto.

—Sí, lo es y el portugués, un iluso. Por su culpa, acaban de perder casi toda su flota y nosotros no hemos perdido ni una galera. ¡Preparaos! Llegan otros tres. Puede que estos sí quieran luchar.

17 de julio de 1381, atardecer. Flota portuguesa de retaguardia

El calor que desprendían las embarcaciones ardiendo le acariciaba el rostro. Enrique contemplaba todos aquellos barcos que unas horas antes componían una pequeña flotilla pesquera y que ahora se quemaban sobre el agua. La sangre cubría sus manos; sangre de pescadores inocentes. Aquella fechoría le parecía del todo innecesaria. Para él, aquella acción estaba carente de honor. Estaban en guerra, eso lo entendía, pero luchar contra soldados era una cosa y atacar a pescadores y a poblaciones desprotegidas era otra muy distinta. Desde la cubierta de *El Caranguejo*, el capitán pudo observar cómo las dos galeras que habían sido enviadas a atacar el poblado volvían a hacerse a la mar. Habían terminado su trabajo y cumplido su cometido. No le cabía duda de que en el pueblo la destrucción sería total. Podía ver el humo que se elevaba desde tierra y que daba fe de ello. «Cuando se trata de destruir, los hombres somos muy buenos», pensó. No importaba la bandera bajo la que sirviesen, en eso todos lo eran.

—¿Qué órdenes tenemos? —dijo el capitán.

—El almirante ordena avanzar y reunirnos con el resto de nuestra flota.

—Uníos a la formación, pero hacedlo en último lugar.

—Sí, capitán.

—Marinero.

—¿Mi señor?

—Y dejad un buen trecho de agua entre el último barco y nosotros.

—Así se hará.

17 de julio de 1381, atardecer. Flota castellana

Tras apresar a los últimos tres barcos, la flota volvió a formar, esta vez justo frente a la costa de la isla Saltés. Al poco tiempo, divisaron lo que restaba de los portugueses. Siete naves avanzaban hacia ellos en perfecta formación. En primer lugar, navegaba *La Gaivota*, el buque insignia de la expedición portuguesa. Un octavo navío apareció a lo lejos, el último de los pertenecientes a la flota. Se acercaba más lentamente que el resto, con una especie de extraña parsimonia.

—Allí está el último —dijo Diego.

—Sí. Con ese, son ocho; todos los que faltaban —respondió su capitán—. ¡Preparaos!

2

Las cuatro galeras, acompañadas por tres de las naos, puesto que una de ellas estaba muy rezagada, avanzaban rápidamente hacia la formación castellana. Esta vez, estaba claro que habría combate.

—Que avancen sólo los barcos situados en los extremos. Volveremos a realizar el mismo movimiento envolvente alrededor de ellos. No tienen escapatoria —dijo Sánchez de Tovar. —Sí, señor.

Las galeras castellanas situadas a izquierda y a derecha de la formación empezaron a remar lentamente mientras que el resto esperaba en el mismo lugar. Parecían estar flotando sobre una balsa de aceite, paradas por completo, como ajenas al inminente combate.

—Sin duda, el bueno del conde ya se habrá percatado de que ha perdido a casi toda su flota —dijo "El Neptuno" entre risas—. Parece que avanza con decisión. Está enfurecido. Ha caído en mi trampa.

Los portugueses navegaban prestos al combate. Poco a poco, la pinza prevista por Sánchez de Tovar se iba cerrando en torno a ellos; a todos menos a una de sus naos, la más rezagada, que quedó fuera de la trampa. La primera de las galeras portuguesas, la que remaba con más ímpetu, llegó hasta el final de su recorrido, chocando de frente con una de las galeras castellanas situadas en el centro. Los gritos de los hombres de una y otra nave podían oírse desde cualquiera de los barcos y, en pocos segundos, los castellanos que habían sido embestidos se apresuraron a abordar la nave enemiga. A lo lejos, a bordo de la *Santa Fe*, situada a la derecha de la formación de pinza, Diego observaba la escena. Al principio, los marineros portugueses intentaron repeler el abordaje, pero fue inútil. En pocos minutos, otra de las galeras castellanas se acercó remando hasta su costado y, al verse tan desmesuradamente superados en número, los portugueses que continuaban con vida se rindieron. Las tres naos portuguesas que seguían a la galera recientemente apresada se vieron imposibilitadas para maniobrar, quedando exactamente en el centro del semicírculo dibujado por los castellanos, a la espera de ser abordados.

—¡Ahora! —gritó "El Neptuno"—. ¡Remad! Esa es su nave insignia, la que comanda el conde. ¡A por ella!

Los remeros de la *Cruz de Cristo* empezaron a bogar como poseídos. Azotados y vilipendiados por su capataz, los hombres conseguían que el buque surcase las aguas con gran rapidez, adelantándose así a las otras galeras castellanas y siendo la primera que embestiría a *La*

Gaivota. El choque fue brutal. La embistieron en uno de sus costados, haciendo que la nao se moviese de un lado a otro a causa de la fuerza del impacto.

—¡Garfias! —gritó "El Neptuno"—. ¡Ya es nuestra!

Los marineros engancharon ambas naves con rapidez, asiéndolas con cuerdas. Sánchez de Tovar fue el primero en saltar a la cubierta enemiga, seguido de sus hombres. Esta vez, los portugueses no se amilanaron y comenzó una lucha encarnizada por avanzar por cada palmo de la cubierta. Desde el castillo de popa, João Afonso Telo observaba el combate sin intervenir, rodeado por su guardia personal. El conde permanecía impasible, a pesar de que la lucha parecía decantarse en favor de los castellanos. Giró la cabeza a su derecha y vio cómo tres galeras castellanas abordaban otra de sus naos. La superioridad con la que contaban se había vuelto en su contra a causa de sus ansias de victoria. Al dejar que sus naves se separasen, la había perdido, dejando que fuesen los castellanos los que contasen con ella ahora. Había caído en la trampa. Al ver cómo las galeras castellanas daban la vuelta frente a las costas de Portugal, al haberlas visto remar con esa fuerza, había pensado que huían asustadas por la fuerza de su flota. Nada más lejos de la realidad. "El Neptuno" había trazado su plan con todo detalle. Eligió perfectamente el lugar en el que quería luchar. Aquella ensenada anulaba su número, permitiendo tan sólo el paso de unas siete u ocho naves, exactamente las que le quedaban al empezar la batalla. Aun así, al dispersarse, ni siquiera eso era importante, pues fueron llegando como un goteo que permitió a los castellanos descansar después de cada lance y que hizo que sus hombres se rindiesen sin luchar al verse tan superados. De pronto, el choque de una segunda galera castellana con su casco, esta vez por el lado de estribor, sacó al conde de sus pensamientos. Ahora, el combate se decantaría totalmente en favor de los castellanos. Echó un último vistazo a sus naves: las tres galeras restantes que formaban tras sus naos. Estaban intentando dar la vuelta, pero era en vano. Cuando comenzaron a remar para hacerlo, las galeras castellanas situadas en los extremos cerraron la pinza en derredor de ellas. Todo estaba perdido.

—¡Remad! —gritó Álvaro—. Pretenden escapar. No se lo permitiremos. ¡Cerrad la pinza! Han caído en la trampa.

La *Santa Fe* avanzó de frente contra una de las galeras portuguesas. Al otro lado de la formación, otro de los navíos castellanos hacía lo propio. En esta ocasión, el combate sería diferente. En este lugar de la ensenada no cabían más barcos, así que la lucha se justaba en igualdad de condiciones, uno contra uno. La galera castellana chocó de frente con una de las enemigas, provocando el movimiento hacia delante y hacia atrás de todos los que la tripulaban. En el choque, la

galera lusa había quedado seriamente dañada mientras que la castellana seguía intacta.

—¡Atrás! —ordenó el capitán—. ¡Separadnos de ellos! —Los remeros hicieron bien su trabajo, desincrustando con dificultad, pero con rapidez ambos cascos. Cuando la *Santa Fe* estuvo alejada unos metros de la nave enemiga, el capitán volvió a dar órdenes—: Ahora, hacia delante. Avanzad por su costado de estribor. Romperemos sus remos.

Álvaro Garrido estaba eufórico, poseído por los dioses de la guerra. En sus ojos, podía leerse que saboreaba la victoria. La amasaba y se regocijaba en ella. Por su parte, Diego de Mendoza aguardaba en cubierta, armado y dispuesto para asaltar el navío enemigo. La galera avanzó por estribor, tal y como su capitán había ordenado, destrozando los remos portugueses con su casco. Una vez que estuvieron aparejadas, los remos castellanos se detuvieron para remar en dirección contraria, invirtiendo el curso del barco e intentando quedar justo al lado del enemigo.

—Sin cuerdas. No hay tiempo. ¡Saltad! —gritó Álvaro.

Uno de los primeros en saltar a la cubierta enemiga fue Diego, viéndose rodeado por adversarios al hacerlo. Uno de los portugueses le atacó con fiereza, pero con la estupidez del que se deja llevar por impulsos en la batalla. El muchacho repelió la espada enemiga con la suya y, con la otra mano, en la que portaba una pequeña daga, ensartó el cuello del portugués, quien lanzó un extraño alarido antes de caer muerto. Al segundo siguiente, tenía a otro adversario encima de él. Consiguió sacar la daga del cuello del primero con rapidez, dibujando un hábil movimiento con su cuerpo para zafarse del estoque del luso. Cuando lo hubo encarado, otro marinero castellano apareció por detrás y le atravesó el pecho con su espada. Diego giró entonces su cabeza, observando que la mayor parte de los portugueses aguardaba al otro lado del barco, con sus espadas en la mano, gritando y vociferando en busca de coraje. Los castellanos avanzaron hacia ellos, haciendo lo propio, y el encontronazo de las dos tripulaciones fue brutal. Las extremidades volaban por los aires, los gritos de dolor y de bravura se sucedían, y la sangre, que corría por la cubierta mezclándose con el sudor y el agua salada, teñía la madera ocre de la galera enemiga, dándole un color oscuro; un color de muerte.

El chico se enzarzó en combate con un nuevo contrario. Este era bastante más habilidoso con la espada que los dos anteriores. Acometía y reculaba con absoluta destreza. Diego intentaba darle el golpe de gracia, esquivando como podía los ágiles estoques de su adversario. El cansancio comenzaba a hacer mella en él y sus movimientos se volvían más torpes y lentos a cada acometida. Sin embargo, el portugués parecía no sentirse afectado por la larga lucha.

Seguía batiéndose con maestría y rapidez, hasta que, con un fuerte mandoble de su espada, consiguió desarmar al muchacho, para, acto seguido, propinarle una patada en el pecho que lo tiró al suelo de espaldas. Su atacante se acercó y le lanzó un tajo al pecho. Con mucha agilidad, Diego consiguió esquivarlo desde el suelo, aunque no pudo evitar que hiriese su brazo derecho. Sin amilanarse, el chico se puso de pie, aprovechando el movimiento hacia atrás que dibujó la espada de su contrincante y, sin pensarlo dos veces, se abalanzó hacia él con la daga en su mano izquierda. Sin tiempo para reaccionar, pues el movimiento fue del todo inesperado, el portugués dio un paso atrás, pero fue insuficiente, pues la daga de Diego ya le había atravesado el pecho. A causa del fuerte impacto de ambos cuerpos, cayeron al suelo. Siguió apuñalando a su enemigo en el suelo hasta que este exhaló su último aliento. Exhausto y herido, se olvidó de la batalla durante unos segundos. Se abstrajo por completo de ella, dejando, incluso, de escuchar el griterío del combate, de oler la muerte a su alrededor. Tan sólo un pitido sordo en sus oídos le acompañaba; eso y el dolor de su brazo. Cuando recuperó la noción del espacio, se levantó lentamente y aguzó su vista en busca de su espada. Como comprobó que estaba demasiado lejos, se acercó hasta la borda para recoger la de su adversario. En ese momento, la otra galera portuguesa, la última que restaba de la flota lusa, impactó contra el casco, lanzándole al agua.

Mientras esto ocurría, no lejos de allí, en la cubierta de *La Gaivota* la lucha se había tornado en favor de los castellanos. Debido a su fiereza en el combate, a su mayor número y a que estaban más descansados, los marineros castellanos, con “El Neptuno” al frente, estaban muy cerca del castillete de popa, donde se encontraba el conde. No habían hecho muchos prisioneros, puesto que los lusos habían decidido luchar, aunque tampoco habían perdido hombres. Apenas unas cuantas bajas, muy por debajo de la cifra de muertes en el bando portugués. Observando toda la escena, sin haber participado en la batalla para nada, João Afonso Telo era consciente de que estaban perdidos. Desde su posición, veía a Sánchez de Tovar peleando y dando órdenes, avanzando y arriesgando su vida como uno más. Él era otro tipo de almirante, muy diferente. Ese Sánchez de Tovar no era de noble linaje, ¿qué podía saber él lo que era ser un caballero de estado? Era como un perro que luchaba por su amo, nada más. En pocos minutos, los primeros castellanos consiguieron alcanzar las escaleras del castillete que hacía las veces de refugio del almirante portugués. La guardia lusa retrocedió entonces para formar en el centro, espalda contra espalda, en torno a su almirante. Los castellanos los rodearon con tranquilidad, esperando a que “El Neptuno” llegase junto a ellos.

—Almirante, rindo las armas frente a usted —dijo João al verlo

llegar—. ¡Tirad las armas!

—Acepto vuestra rendición. No se dañará a los hombres que se hayan sometido. Os doy mi palabra —respondió Sánchez de Tovar.

—Ahora sois dueño de las aguas del sur de la península.

—Yo no soy dueño de nada, más que de mi vida. Los señores, condes, duques y dueños de almas no están aquí; cosa que os honra en parte. ¡Llevadle a mi barco!

Una vez que los hombres se llevaron a los prisioneros, Sánchez de Tovar quedó en el castillete, observando las imágenes que dejaba la batalla, acompañado por su segundo y algunos de sus hombres.

—Tiene razón, mi señor. Ahora tenemos la flota más grande en el sur. Nadie podrá hacernos frente —dijo el segundo. —Yo no tengo nada, ni tú tampoco. Esta flota es del rey. Y no cometas el mismo error que él —dijo, señalando de lejos al almirante portugués—. Los números, en la batalla, nunca son algo definitivo. Además, al haber elegido este lugar, mucho más al sur, hemos dejado Lisboa libre. Los ingleses desembarcarán. Eso si no lo han hecho ya. ¿Qué crees que dirá nuestro querido rey?

—Pero hemos vencido y sin bajas importantes.

—Te queda mucho que aprender sobre reyes y política, joven. Cuando lo hagas, entenderás lo que digo.

—Sí, señor.

El joven agachó la cabeza, mostrando su vergüenza por no comprender el funcionamiento de las grandes cuestiones de estado. Sin embargo, aquel hombre lo veía todo con extrema claridad. Estaba claro por qué había llegado a ser almirante. Por su parte, Sánchez de Tovar fijó su vista en la isla que tenían a su izquierda, la isla Saltés. Varias decenas de enemigos que habían caído al agua durante la batalla parecían haber llegado hasta la isla, refugiándose en ella.

—Desembarcaremos. Iremos a la isla a acabar esta batalla por completo —ordenó el almirante.

Desde el castillete de proa de *El Caranguejo*, Enrique Ponte observaba con su catalejo toda la acción. Sus naves habían quedado imposibilitadas para maniobrar, a causa del movimiento envolvente realizado por las enemigas. Una vez que hubieron cerrado la pinza, manejarlas en tan poco espacio de agua y siendo tan poco profundas allí era imposible. Además de todo eso, el resto de su flota esperaba allí anclada, apresada anteriormente debido de la estupidez del conde. Aunque, en su opinión, el menor número de efectivos no importaba. El almirante castellano había demostrado estar muy por encima de su adversario. No sólo había elegido el sitio perfecto para luchar, en el que el número de barcos se igualaría, sino que, además, había conseguido engañar por completo al gran conde João, haciéndole

creer que huía, para conseguir separar la flota, luchando así contra ellos de una forma mucho más asequible. ¿Cómo habían podido llegar a eso? Cuando zarparon de Lisboa, estaba convencido de que esta vez vencerían a los castellanos sin ninguna duda. Si otro hombre más capaz hubiese estado al mando...

—¡Escuchad! —dijo, girándose hacia la cubierta para dirigirse a sus hombres—. Como podéis ver, nuestra flota está perdida. Tenemos dos opciones: ir prestos al combate, luchando valientemente, pero como idiotas, para entregar a los castellanos una nave más; o salvar este navío para que pueda incorporarse a una nueva flota que, en próximos enfrentamientos, vengue esta vergüenza. —El silencio reinó en todo el barco. Nadie se atrevía a expresar su opinión, aunque la de todos los hombres era más que evidente—. ¿Queréis ir a casa? —preguntó el capitán. Los hombres respondieron con sí rotundo, un grito de total apoyo a su decisión—. Dad la vuelta a la nave. Navegaremos con todas las velas disponibles, máxima velocidad. Volvemos a casa.

El Caranguejo giró a unos cientos de metros de la batalla, alejándose poco a poco en el horizonte hasta que sus velas y su casco se perdieron por completo en él.

3

Diego nadó como pudo hasta la costa de la isla, pues era la que tenía más cerca. La herida de su brazo le escocía mucho, debido al contacto con el agua salada. Minutos antes, cuando cayó al agua, estuvo a punto de ser aplastado entre los dos cascos de las naves que colisionaban uno contra el otro una y otra vez. Escapó de acabar hecho papilla entre aquellos enormes cascarones de madera y se había librado de morir ahogado en el agua. Sus años sirviendo le habían valido para aprender a mostrarse tozudo y con determinación, y su padre le había enseñado a nadar cuando era pequeño. Muchos marineros no sabían nadar, pues eran enviados a las flotas desde el interior de la península y jamás habían visto el agua, pero él era un hombre de mar. Exhausto y desangrándose a causa de la herida de su brazo, Diego quedó tirado en la arena de una pequeña playa de la isla cuando consiguió alcanzarla. El sonido de la batalla quedaba un poco más lejos, a unos metros de él. Intentaba incorporarse para hacer un chequeo de su situación, pero le costaba muchísimo. Las ropas mojadas, el cansancio y la herida lo tenían al borde del desfallecimiento. Tras unos quince minutos tirado bocabajo en la arena, el chico consiguió levantarse. Irguió su cuerpo con dificultad, pudiendo comprobar su entorno. En la isla, cubierta por vegetación de pequeño tamaño y algunos árboles a lo lejos, podía ver a hombres corriendo. No sabía si eran amigos o enemigos, ya que estaban demasiado lejos. En el mar, la batalla continuaba, aunque parecía haberse decantado a su favor de forma evidente.

Avanzó tierra adentro, intentando luchar contra el cansancio. Escudriñó su alrededor y pudo ver con más claridad que los marineros que se movían a su alrededor eran portugueses. Rápidamente, corrió como pudo hacia unas ruinas que tenía a la vista y se escondió junto a un muro medio derruido. Empezó a pensar en lo injusto de su situación. Arrastrado a una batalla de la que no quería formar parte, herido y, cuando la batalla parecía tornarse en favor de los suyos, caía al agua. Ahora, en la isla, se encontraba rodeado por enemigos. Una de las naos portuguesas había encallado en su costa cuando intentaba maniobrar para poder escapar de la batalla. Los hombres que la gobernaban saltaron a la costa, como saltamontes que huyen de un depredador. No había ni un solo castellano en tierra en ese momento, tan sólo él. Además, estaba desarmado; había perdido espada y daga

en el agua. Tuvo que soltarlas, ya que, de no haberlo hecho, no hubiera conseguido salir a flote, pues lo arrastraban hasta el fondo, debido a su peso. Sin duda, la mala suerte lo había apresado en sus garras. No era justo, nada lo era. Todos celebrarían una gran victoria después de la cual se presentarían como héroes en sus respectivos pueblos y ciudades. Sin embargo, él moriría ensartado por un portugués o desangrado a causa de sus heridas.

Observó la sangre que le resbalaba por el brazo derecho hasta caer en la tierra, dándole a esta un color oscuro muy peculiar. Palpó aquella tierra, escarbando con la mano mientras unas cuantas lágrimas se le escapaban de los ojos. Enfurecido, escarbó y escarbó en la tierra hasta que su mano se topó con algo. Era frío y duro, algo metálico. Retirando la tierra, esta vez con ambas manos, comenzó a ver pequeños destellos que el metal desprendía al reflejar la luz del sol. «¿Qué es esto?», pensó. Cuando hubo retirado la tierra suficiente, el mango de un puñal apareció ante sus ojos. Al seguir horadando la tierra, el resto del arma brotó de ella. Era un arma antigua, de eso no cabía ninguna duda: una daga. Se trataba de un buen puñal, eso quedaba claro por los relieves grabados en su empuñadura. La hoja estaba algo oxidada, pero, aunque herrumbrosa, podía servirle para defenderse en caso de toparse con algún enemigo. «Mi suerte está cambiando.» Apretó la palma de su mano en torno al crucifijo que colgaba de su cuello: una cruz tallada en madera y recubierta de cobre, regalo de su esposa.

—Dios, ayúdame —susurró.

Los portugueses se adentraban en la isla; podía oírlos desde su posición. Estaban cerca, muy cerca. Parapetó su espalda contra el viejo muro de piedra que tenía detrás, como buscando refugio, tratando se esconderse o, incluso, fundirse con las viejas rocas para no ser visto. Cuando se armó con el valor suficiente, levantó la cabeza por encima del muro para poder ver qué era lo que ocurría al otro lado. Pudo divisar a una veintena de hombres corriendo y gritando. Se dirigían hacia la parte este de la isla, justo la opuesta de la orilla en la que habían encallado. El grupo enemigo pasó rápido. Tenían mucha prisa por alejarse de la batalla. Por suerte para Diego, estaban más preocupados por salvar su pellejo que por arrancar el de otros. Una vez que todos hubieron pasado junto a él y que se hubieron perdido entre la vegetación de la isla, así como sus voces en el viento, el muchacho se incorporó. Con la vieja daga en su mano izquierda, avanzó lentamente hacia el borde oeste de la isla. Tal vez, si llegaba hasta la costa oeste, alguno de los marineros presentes en las galeras castellanas podría verle, pues estaban muy cerca de la isla. No creía que quedase ningún adversario junto a la nao lusa encallada. Todos parecían correr en dirección contraria con rapidez.

De pronto, Diego detuvo su avance en seco. Quedó inmóvil, totalmente inerte en aquel claro de la isla. No quería girar la cabeza, pero lo había oído. Podía percibirlo perfectamente. Cerró los ojos y respiró profundamente. Volvió a abrirlos y miró a su derecha. De la frondosa arboleda norte, había aparecido, como si de un demonio se tratase, un enemigo armado. Sin duda, era uno de los pertenecientes al grupo que acaba de pasar, un rezagado. El portugués le observaba mientras permanecía quieto, al igual que él. Parecía estar dándole vueltas a si seguir corriendo en dirección este o cobrarse una presa fácil, desarmada y herida, y saborear así algo de venganza en su paladar. Diego giró su cuerpo para colocarse frente a su contrincante. Quería dejar que el otro viese la daga que portaba. Sin espada, sí, pero con daga. Al menos así le daría en qué pensar. Sin saber por qué, el muchacho levantó muy lentamente su brazo izquierdo, exhibiendo el puñal herrumbroso. Intentando mostrarse amenazante, sin dar muestras del dolor que sentía a causa de la herida de su brazo, ni del cansancio del que era preso.

Al ver el gesto, el portugués terminó de decidirse. Sacó su espada de la funda y empezó a acercase a Diego lentamente. Paso a paso, su enemigo se acercaba cada vez más. No podía huir. Era imposible que pudiese correr más que el otro. Además, en todos sus años de servicio jamás lo había hecho y no sería esta la ocasión. Si tenía que morir, lo haría, pero sería luchando, no como un perro cobarde que huye. Su enemigo contaba con una espada, de hoja más larga. Tendría que intentar esquivar sus tajos y acercase a él en cuanto pudiese. A distancia, su contrincante llevaba ventaja. Cuando el portugués se encontraba a escasos dos pasos de él, lanzó una estocada rápida y de frente, con intención de clavar y no de rebanar. El chico la esquivó ágilmente, desplazándose a su derecha de un salto. Acto seguido, su enemigo volvió atacar, intentando ensartarlo en la punta de su hoja una y otra vez mientras él iba esquivando y reculando hacia atrás para zafarse. Tras una de las estocadas, el portugués cambió de táctica e intentó cortarle con la hoja. Uno, dos, tres intentos muy rápidos que Diego esquivaba con movimientos de su cabeza y de sus hombros a izquierda y derecha. Con el último, su enemigo cortó la cuerda de la cruz que llevaba al cuello. Ese corte había pasado cerca, muy cerca. La cruz cayó al suelo y se perdió entre la hierba. No había tiempo para fijar sus ojos en el lugar en el que había caído o los perdería. Poco a poco, el cansancio iba haciendo mella en ambos contrincantes. Diego estaba a punto de desfallecer y su opuesto ya casi no podía levantar la pesada espada. Entonces, el luso bajó la guardia durante un segundo para descansar su brazo. «Ahora o nunca», pensó el chico, dando un último salto hacia él y lanzándose de frente a la desesperada, pero el espadachín consiguió esquivarlo. Antes de que tuviera tiempo de

rehacerse, el portugués le clavó la espada en su pierna izquierda, traspasando la carne con su hoja, que ahora sobresalía por el lado contrario del que había entrado. Lejos de darse por vencido, Diego agarró con la mano derecha a su enemigo, justamente por la mano con la que sujeta la espada. Lo mantuvo a distancia corta y, con la otra, con su mano izquierda, le clavó la daga en el pecho, fuertemente, con un impacto que le sacudió el brazo. En los ojos del luso, el chico pudo ver la incredulidad del que se enfrenta a sus últimos instantes de vida. Estaba hecho. Ambos cayeron al suelo, uno al lado del otro. Diego soltó alaridos de dolor por la espada clavada en su pierna. No sentía fuerzas para poder sacarla. Un minuto después, el otro ya no se movía a su lado; la vida le ha abandonado. Pronto le ocurriría lo mismo a él. Había perdido mucha sangre. La herida del brazo y ahora otra peor en la pierna lo estaban dejando exangüe. A lo lejos, se oían voces, o eso creía oír; voces amigas. Muy lejos o eso le parecía. Estaban ya muy lejos.

Fernando Sánchez de Tovar desembarcó en la isla al atardecer, acompañado por un buen contingente de hombres. Caminó por ella como quien se siente triunfador, puesto que lo era, dando instrucciones a sus hombres sobre la forma de proceder, el camino a tomar y las armas que portar. Perseguían a un pequeño grupo de marinos portugueses. Su nao había encallado en la parte oeste de la isla al intentar maniobrar para escapar de la batalla. Al verse rodeados, los portugueses optaron por tomar el único camino que les quedaba: desembarcar en la isla y ocultarse en ella. “El Neptuno” ordenó a sus hombres formar varios grupos para organizar una batida que recorriese la isla de oeste a este, acorralando a los perseguidos sin darles posibilidad de escape. Cuando hubieron caminado unos minutos, uno de los marineros que caminaba en la vanguardia de la formación dio un grito:

—¡Aquí! ¡Hay un hombre! ¡Uno de los nuestros!

Desde una distancia de escasos veinte metros, el almirante castellano contemplaba la escena.

—¡Vamos! —dijo a los suyos, señalando el lugar del hallazgo.

Al llegar allí, Sánchez de Tovar pudo observar la escena con todo detalle. Uno de sus marineros, un muchacho joven cuya cara le era conocida, se encontraba tirado en el suelo con una espada clavada en su pierna izquierda y una fea herida en su brazo derecho. A su lado, yacía un enemigo, muerto.

—Aún vive, señor —dijo uno de los marineros, comprobando el estado del chico.

—¿Cómo habrá llegado hasta aquí? —preguntó el segundo del almirante.

—Su cara me resulta muy familiar —comentó Sánchez de Tovar.

—Es uno de los marineros reclutados en Palos de la Frontera, almirante.

—¡Ah, cierto! Por supuesto. Ahora lo recuerdo. Este es el chico que no quería luchar.

—El mismo.

—Pues parece que al final luchó —dijo "El Neptuno"—, y además lo ha hecho muy bien.

—Está muy malherido, señor.

—Llevadlo a mi barco. Que se ocupe de él mi médico personal. Este muchacho no morirá hoy. No lo merece.

—Así se hará, almirante.

—El resto, conmigo. Acabemos con esos portugueses o capturémoslos. Lo más probable es que rehúsen el combate. En marcha.

4

Diego despertó aturdido. El dolor de su brazo derecho le había desvelado. Escudriñó la habitación en la que se encontraba con dificultad. El techo ennegrecido, repleto de viejas manchas de humedad, al igual que las paredes, daba constancia de que no se encontraba en un barco, pues no era de madera. La tímida luz de una pequeña vela iluminaba vagamente la estancia, dándole un aspecto aún más lúgubre del que tendría de por sí iluminada por la luz del sol.

—Agua —dijo el chico casi sin voz.

Al hacerlo, la presencia que tenía a su lado se manifestó, como salida de las sombras de la habitación por arte de magia.

—Por fin despiertas —dijo don Álvaro. El capitán se acercó hasta una pequeña mesa de madera que había a los pies del catre en el que yacía Diego, tomó una jarra de barro que había en ella y vertió su contenido en un pequeño vaso. Tras hacerlo, se acercó nuevamente al muchacho—. Aquí tienes. Bebe. —Diego bebió con tanta ansia como dificultad, atragantándose al hacerlo. Tosió fuertemente, expulsando el líquido por su boca y por su nariz—. Despacio. No te me atragantes ahora.

—Más —pidió el chico, sediento.

Álvaro Garrido repitió la operación, acercando nuevamente el vaso lleno de agua a Diego. El joven bebió su contenido íntegro, calmando así su sed. Esta vez, sin contratiempos.

—Llevas tres días durmiendo. Empezaba a pensar que no despertarías.

—¿Dónde estamos? —preguntó Diego, desorientado.

—En tu pueblo. El almirante decidió trasladarte aquí tras la operación.

—¿Qué operación?

—Diego, tu pierna estaba muy dañada a causa de las heridas que sufriste; hubo que amputarla.

—¿Qué?

El muchacho no podía creer lo que acababa de oír. Seguía sintiendo su pierna en el mismo lugar en el que había estado siempre y no padecía ningún tipo de dolor, a diferencia del que sentía en su brazo derecho.

—Lo siento, Diego.

El chico levantó las sábanas que cubrían su cuerpo con suma

dificultad para poder observar por sí mismo que lo que decía su capitán era real. Al hacerlo, pudo ver el muñón vendado que tenía al final de lo que quedaba de su pierna izquierda. Se la habían cortado a la altura del muslo, convirtiéndolo en un lisiado.

—¿Qué voy a hacer ahora, capitán? ¿Cómo voy a mantener a mi familia?

Al pronunciar las palabras, las lágrimas comenzaron a brotar de los ojos del chico. No sentía pesar por haberse convertido en un tullido; su dolor procedía de la imposibilidad de dar a los suyos un futuro.

—Tranquilo, muchacho —dijo don Álvaro, tocando su brazo.

El capitán no sabía de qué forma comunicarle el resto de lo sucedido. Era demasiado, excesivo. No sabía si el chico podría soportarlo, pero debía hacerlo. Era su deber. Obligación de superior al mando y de amigo.

—Diego, hay algo más que debes saber.

—¿Qué más? ¿Dónde está María? ¿Dónde está mi mujer?

—Durante la batalla... —comenzó a decir el capitán.

—¿Qué? —preguntó Diego, interrumpiéndolo.

—Mantén la calma. Deja que te explique.

—Lo siento, señor.

—No importa —respondió Álvaro Garrido, apesadumbrado—. Como te decía, durante la batalla, se produjo un ataque. Mientras nosotros nos ocupábamos de los primeros barcos que llegaban a la ensenada, el resto de la flota portuguesa, los más rezagados, se dedicaron a atacar a los pescadores de la zona.

—¿Qué tiene eso que ver con María?

—Además de atacar las flotillas de pesca, algunos de ellos desembarcaron aquí, en Palos. Se dedicaron a atacar el pueblo y a sus habitantes, aprovechando que no había nadie que pudiese hacerles frente.

—Álvaro, dime que mi mujer y mis hijos están a salvo.

—Lo siento, Diego. Encerraron a gran parte de las mujeres y de los niños del pueblo en la vieja iglesia, y le prendieron fuego. Todos murieron. Tu mujer y tus hijos estaban allí.

—¡No! —gritó el muchacho.

—Su fechoría no quedará impune. El almirante ha decretado que se ejecutará a los responsables aquí, en la misma plaza del pueblo, para que todos los supervivientes puedan reclamar su venganza.

—¿Y de qué me servirá eso a mí? —preguntó Diego, abatido.

—Siento todo lo ocurrido, pero, Diego, has servido bien. Te van a licenciar con honores y recibirás una paga de por vida. El almirante lo ha dispuesto así.

—¡Que se joda el almirante!

—Cuidado, muchacho. Ahora soy yo el que habla contigo, pero no

se te ocurra hablar así en presencia de otros.

—¿Qué podrían hacerme? ¿Cortarme la otra pierna? ¿Crees que puede importarme algo?

—Sigues con vida. Dios ha debido disponerlo así por algún motivo. Te ha salvado.

—¿Salvado? Esto no es un acto de bondad, sino un castigo y tienes la desfachatez de decirme que Dios me ha hecho un favor. Que te jodan a ti también.

—Sé que ahora no lo ves así, pero has salvado muchas vidas.

—Sí, muchas. Todas menos las de mi propia familia. Dime, Álvaro, ¿de qué ha servido todo esto? ¿Consiguieron desembarcar los ingleses?

—Sí, lo hicieron. Han desembarcado en Lisboa, aunque la guerra ha dado un vuelco a nuestro favor. Hemos capturado toda su flota del sur. Ahora, mantendremos la hegemonía en estas aguas por mucho tiempo.

—Todo lo que acabas de decir son palabras vacías para mí. Nada de eso me interesa ni compensa mi pérdida.

—Me apena que lo veas de esa forma y de veras que siento mucho lo que te ha ocurrido, pero así es la guerra, Diego. Muchos pierden y unos pocos ganan.

—Es verdad, capitán. Lo que ocurre es que siempre pierden los mismos.

Sin decir nada más, Álvaro Garrido se levantó de su silla y abandonó la estancia, dejando a Diego de Mendoza a solas con su dolor.

V

1

25 de enero de 1939. Barcelona

Angels acudió a la escuela como cada mañana. Era una labor infructuosa, insuficiente e ineficaz, pero sentía que debía hacerlo. Cada vez se presentaban menos niños a clase. La guerra, la interminable contienda, se había tornado en un perpetuo sentimiento de desesperanza. Los continuos bombardeos contra la ciudad y la cercana presencia del Ejército nacional habían convertido la ciudad en una urbe triste y gris. A pesar de todo, sentía que era su forma de colaborar, aportaba su granito de arena, por pequeño que fuese. Prometió no luchar en el frente, aunque luchaba, a su manera, en las casi desiertas aulas. Como cada día, salió de su casa, situada en la Barceloneta, pasando por La Rambla y llegando a su destino, un poco más allá de la plaza de Cataluña. El colegio, o lo que quedaba de él, era una especie de edificio abandonado en medio de otros muchos que habían sufrido el mismo destino. No había sido bombardeado, cosa que era extraña después de tantos ataques. Ya casi no acudían alumnos a clase, pero mientras uno sólo de ellos siguiese yendo cada mañana, ella haría lo mismo. Se lo había prometido a sí misma. Era algo más que un trabajo; era una vocación y su manera de ayudar.

Mientras atravesaba las calles y avenidas, atestadas de gente que huía de un destino funesto más que seguro, pensaba en su prometido. Joan se marchó un año atrás con la promesa de volver a casa y casarse con ella. «Ganaremos», le había dicho. «Tenemos que ganar, porque somos los buenos.» Pero allí no había buenos ni malos. Todo lo que quedaba de una sociedad dividida y perdida era un compendio de hombres y mujeres enfrentados, y ya casi nadie se paraba a preguntarse el porqué.

Lo que sí se manifestaba evidente era que la mayoría de ellos sufría desconsoladamente. El hambre, las torturas, la precariedad, el odio... Todo aquello reinaba frente a la razón en un mundo que se le antojaba totalmente loco. Familias enteras se apresuraban a cargar con todas sus pertenencias para poder escapar por la frontera francesa. La llegada de las tropas nacionales era ya algo seguro, estaban muy cerca, y todos aquellos que pensaban que serían foco de las represalias abandonaban la ciudad rumbo al norte. La incertidumbre de lo que les esperaba allí era preferible a ser asesinados en casa.

Mientras, ella caminaba de camino al trabajo, contemplando todas estas escenas de terror, no de cobardía, pues era algo totalmente entendible para ella. «Ojalá Joan estuviese aquí», pensó. «Escaparíamos a Francia juntos.» El hecho de no abandonarlo todo y escabullirse igual que sus vecinos no era un acto de valor por su parte, sino de esperanza. Esperaba a su prometido, pensaba que regresaría antes de que el enemigo entrase en la ciudad. Tal vez, incluso, tenía la fútil esperanza de que la guerra diese un giro inesperado. Se comentaba que el resto de Europa, o los americanos, ayudarían a la República en cualquier momento. Una gran guerra se avecinaba y, pronto, el resto de potencias acudiría en ayuda de la República Española. Llegó al edificio pasadas las ocho de la mañana. El frío de enero le había calado los huesos por el camino, pero no tenían forma de calentarse en la clase. Últimamente, el suministro eléctrico se cortaba a causa de los ataques de la aviación franquista. Abrió todas las ventanas para dejar entrar los pocos rayos de luz que habían acudido a clase aquella mañana. El mismo sol parecía seguir los pasos de sus propios alumnos, espantado por el sonido de las bombas. Esperó a solas durante un largo tiempo hasta que dos de sus estudiantes acudieron al aula.

—Pensaba que ya no vendría nadie —les dijo a los niños al verlos llegar.

—Mi padre dice que no debo abandonar el colegio. Dice que eso es lo que quieren ellos —dijo el más pequeño de los muchachos.

—Tu padre es tonto —respondió el otro—. Yo vengo porque pronto estarán aquí nuestros salvadores.

—¿Salvadores? —preguntó Angels, dubitativa.

—Sí, los soldados de Franco. Mi padre dice que pronto llegarán y que acabarán con los rojos.

La muchacha sintió un potente escalofrío recorriendo todo su cuerpo. Pensaba en su prometido. ¿Sería verdad que estaban tan cerca de la derrota?

—Sentaos —indicó a los niños—. Vamos a empezar. No creo que venga nadie más.

En ese momento, una pequeña niña morena apareció en la puerta del aula. Vestía con ropas viejas y sucias, y decoraba su cabeza con dos graciosas coletas morenas.

—María —dijo Angels—, has venido.

—Mi mamá no quería, pero yo le he dicho que hoy íbamos a aprender los ríos.

—Así es. Siéntate, pequeña. Vamos a empezar la clase.

Durante varias horas, Angels impartió sus lecciones con toda normalidad, como si de un día normal se tratase. Lo único que daba muestra de que no era así era el escaso número de estudiantes

asistentes. Al acabar su jornada, regresó a casa por el mismo camino que había tomado esa misma mañana. Sabía que en casa no tenían víveres suficientes para la cena, así que decidió intentar conseguir algo de comida en la tienda de Toño. Conocía al viejo Toño desde niña. El viejo había mantenido su tienda de ultramarinos abierta a pesar de todo. Desde que la guerra empezó a cobrar importancia, las existencias escaseaban continuamente, pero el viejo Toño se las arreglaba para encontrar todo aquello que podía. Más de una vez le había pasado algo de carne, unos huevos o algo de café de estraperlo, aunque ella no pudiese pagarlo. Para Angels, el tendero era como un padre. Después de haber perdido al suyo siendo muy joven, el recuerdo de la amabilidad de aquel hombre siempre la acompañó. Más aún después de comenzar la guerra, pues en tiempos difíciles muchas de las supuestas amistades con las que se cuenta te dan la espalda. Por eso, ella valoraba tanto al viejo vendedor. A pesar de su edad, nunca quiso cerrar el negocio, ayudando tanto a simpatizantes de un bando como del otro. «Son vecinos», decía el viejo. Eso le valió el respeto de todos y consiguió que nadie asaltase su tienda, cosa bastante común en aquellos tiempos.

—Hola, hija —dijo Toño al verla entrar en la tienda—. ¡Qué guapa estás hoy!

Angels era una chica guapa y bien proporcionada. A pesar de la escasez de comida y prendas, su belleza saltaba a la vista. Con su melena larga y rubia siempre ondeante y unos labios carnosos que despuntaban en su delicado y pálido rostro. Sus ojos, de color azul, resaltaban su bondad, pues, con cada mirada, su condición podía leerse en ellos.

—*Bona tarda*, Toño —respondió ella.

—Tengo algo para ti —dijo el viejo antes de que la chica tuviese que pedirle nada.

—Pero venía a por unas cosas... Hoy tengo dinero.

—No seas tonta. Llévate esto. Lo tenía preparado para tu madre y para ti —respondió el viejo, entregándole una bolsa con chacinas y verduras.

—Muchas gracias. Parece que los alimentos escasean. Dicen que el final se acerca. Todos se van al norte. ¿No se irá usted?

—¿Yo? ¿Y dejar mi negocio en manos de esos ladrones? Ni loco. Yo me quedo aquí. Este es mi sitio. El lugar que me vio nacer y que me verá morir.

—No diga eso.

—Es verdad. Los viejos tenemos poco que temer a todo. Sois los jóvenes los que vais a heredar esta ruina que os dejamos. No sabes cuánto os compadezco. Tú sí deberías ir al norte. Coge a tu madre y partid cuanto antes.

—No puedo hacer eso. Mi sitio también es este.

—¡Ah, el Joan! Te quedas porque esperas que vuelva. —La chica bajó la cabeza, apesadumbrada, sin que hiciese falta palabra alguna para que se entendiese que era así—. Angels, chiquilla —comenzó a decir Toño—, no sé dónde estará tu prometido. Lo que sí sé es que él desearía que estuvieses a salvo.

—Muchas gracias por la comida, don Antonio. —Tras coger la bolsa de víveres, la chica abandonó el establecimiento a toda prisa, con lágrimas en sus ojos.

2

Tras cenar junto a su madre aquella noche, Angels se fue a la cama, sin parar de darle vueltas a lo mismo de siempre. ¿Dónde estaría Joan? ¿Seguiría vivo? Hacía tiempo que no recibía ninguna carta suya, aunque pensaba que así era, sabía que tenía que estar vivo. Aquella noche no hubo bombardeos ni ningún sonido que perturbase su descanso. La noche más serena que lograba recordar. Ni un sonido. Pero no consiguió pegar ojo. La inquietud que asolaba su mente no la dejó. A la mañana siguiente, se levantó temprano, pues no deseaba pasar más tiempo en la cama. De todas formas, no iba a dormir. Después de vestirse y desayunar un poco de pan y algo de leche, se disponía a realizar el camino de todos los días. Cuando salió a la calle, esta presentaba un aspecto bastante diferente al de cada día. La gente se agolpaba en las grandes avenidas. Corrían de un lado a otro. Muchos gritaban sin parar. Al pasar por La Rambla, Angels se encontró con una vecina y amiga, Rosa. Conocía a Rosa desde que eran pequeñas. Ambas habían crecido juntas y eran de la misma opinión respecto a la guerra. La chica era viuda, a pesar de su corta edad, la misma que la de Angels: veinticinco años. A su marido lo habían matado en la batalla del Ebro meses atrás.

—Rosa, ¿qué es lo que ocurre? —preguntó la chica a su amiga. Esta respondió algo ininteligible para Angels, debido al griterío de la muchedumbre—. ¡No te oigo! —dijo gritando.

—¡Los nacionales! ¡Ya están aquí! —La piel se le estremeció al lograr escuchar lo que su amiga le decía—. Están en la montaña, en el Tibidabo —continuó la diciendo la chica—. Yo me voy a casa, a cuidar de mis hermanos. Tú deberías hacer lo mismo. No salgas hoy de casa.

Al principio, Angels quedó inmóvil, sin saber qué hacer ni cómo reaccionar. Tras unos segundos de duda, en los que pudo ver a su amiga corriendo en dirección a casa, decidió hacer lo mismo que ella. Echó a correr de camino a casa, dejando atrás al gentío de las calles. Una vez que se encontró en su hogar, cogió a su madre del brazo y la llevó hasta el salón de la vivienda para contarle todo lo que estaba ocurriendo. Ambas resolvieron no salir de casa; estarían más seguras allí. Pasaron unas horas allí, quietas, sin apenas mediar palabra. El miedo, unido al desconocimiento de la situación, las mantuvo inmóviles. Mientras corría de camino a casa, pudo ver a algunos hombres intentando montar barricadas en las calles para hacer frente

de alguna forma al ejército invasor. Si la lucha llegaba a producirse, sería una masacre, pues se trataba de una contienda muy desigual, pero el sonido de los disparos y de las explosiones no llegó a oírse. En vez de eso, una extraña calma tensa se apoderó de la ciudad. Desde su ventana, Angels intentaba escudriñar las calles, intentando adivinar qué ocurría fuera. De vez en cuando, alguien pasaba a toda velocidad frente a su casa. Un niño, una madre o, incluso, algunos hombres armados. Al llegar el mediodía, la chica ya no podía más. La espera le estaba resultando agobiante. No podía soportarla. De su bolsillo derecho, sacó una pequeña fotografía en la que aparecían ella y Joan, abrazados y sonriendo. Estaban juntos en una feria y decidieron inmortalizar el momento. Le dio la vuelta y leyó lo que su prometido había escrito en el reverso: «Angels y Joan, 1936.» «Escueto», pensó. «Así es él.» Tras volver a guardar la imagen en su bolsillo, se dirigió hasta su madre para explicarle lo que iba a hacer.

—Madre, tengo que salir a la calle. Debo enterarme de lo que pasa.

—No puedes salir ahora. Estás loca.

—Debo hacerlo. No puedo esperar ni un segundo más aquí metida.

—Hija, él no estará ahí —respondió su madre, agarrando su mano suavemente.

—Eso no lo sabemos. Tal vez vuelva, tratando de huir de ellos. Necesito estar allí, fuera, por si vuelve.

—¿No crees que si vuelve vendrá a buscarte aquí?

—Tal vez no pueda. He de intentarlo.

Sabedora de que intentar disuadirla era inútil, su madre desistió de seguir dándole argumentos.

—Ten mucho cuidado.

—Tranquila, lo tendré.

Cogió un pañuelo largo de color gris y negro, y envolvió su cabeza con él, tratando de ocultar su rostro en la medida de lo posible. Tras enfundarse una chaqueta de lana para protegerse del frío invernal, salió a la calle. Para su sorpresa, las calles, avenidas y arterias de la ciudad estaban llenas de gente. Al llegar a La Rambla, el número de personas que había en ella era incluso mayor que por la mañana. Aunque, esta vez, los presentes actuaban de forma muy diferente. En vez de correr de un lado para otro, todos aclamaban a los soldados que ya marchaban por la mítica avenida. Los vítores de la multitud eran recibidos con agrado por los hombres que desfilaban a bordo de las tanquetas italianas y por los Regulares marroquíes, pertenecientes al Ejército nacional. Entre la muchedumbre, Angels pudo distinguir a muchos conocidos. Gentes naturales de la ciudad, convecinos y amigos, contrarios a la causa franquista todos ellos, pero estaban aplaudiendo y gritando eufóricos a aquellos soldados. Su incomprensión de la escena fue total. No entendía qué estaba pasando.

Aquellos a los que tantas veces había oído renegar de los nacionales los vitoreaban ahora sin parar. ¿Qué estaba ocurriendo? La ciudad que había sido puesta como ejemplo de resistencia ante los bombardeos y los envites del enemigo ahora los saludaba con entusiasmo desenfrenado. No podía creer lo que veían sus ojos. Allí, en medio del gentío, permanecía en silencio, azorada. Buscaba sin parar a algún soldado que portase el uniforme de la República, tal vez algún prisionero capturado en los últimos momentos de resistencia, pero nada. Todos ellos pertenecían al bando enemigo. Su prometido, el hombre al que amaba, no estaba allí. Se sentía muy desgraciada. El asco que aquella situación le producía le dio ganas de vomitar. Se sintió mareada. El calor que desprendía la multitud que la rodeaba empezó a agobiarla. Le faltaba el aire. De pronto, comenzó a empujar a la gente, tratando de salir de allí cuanto antes. Todos aquellos con los que chocaba en su intento por escapar de la escena la observaban con miradas acusadoras. Quizá eso era lo que le parecía mientras corría presa del pánico. Llegó hasta el puerto, en la parte baja de La Rambla, y, desde allí, continuó su carrera hasta su barrio, con intención de refugiarse en casa, a salvo de las miradas delatoras de aquellos que, tan sólo unas horas antes, compartían su credo. Al cruzar la puerta, la cerró tras de sí, dando un fuerte portazo que asustó a su madre.

—Hija, ¿qué te ocurre? —preguntó su madre al acercarse a la puerta.

—Los nacionales están aquí. Han entrado en la ciudad.

—¡Que Dios nos ayude, hija mía!

—Pero la gente...

—¿Qué pasa con la gente? ¿Están deteniendo a alguien?

—No.

—Entonces, ¿qué es lo que pasa?

—La gente los aclamaba. Incluso aquellos que eran más efusivos a la hora de hablar mal de ellos. He visto a Marta y a su marido. Estaban allí, con sus hijos, y agitaban pañuelos en el aire, vitoreando a los soldados.

—¿Y eso te sorprende?

—También estaba don Andreu. No paraba de gritar. «¡Fuera los rojos!», decía.

—¿Don Andreu? ¡Pero si su hijo murió hace tres meses combatiendo por la República! —respondió su madre, extrañada.

—Es una locura. Todos se han vuelto locos.

—Tranquila, hija. Aquí estaremos a salvo.

—¿Qué habrá sido de Joan?

—No pienses en eso ahora. Puede que, ahora que todo ha acabado, vuelva pronto a buscarte.

La chica rompió a llorar al oír las palabras de su madre. La impotencia de la situación, unida a la terrible incomprensión de la misma, la habían hecho estallar. Tan sólo añoraba verle, saber que estaba a salvo. Todo parecía haber terminado, al menos en el frente catalán, y quizás podrían volver a estar juntos. Esa misma tarde, el capitán de la legión, Víctor Felipe Martínez, tomó posesión de la Generalitat y del Ayuntamiento. Algo más tarde, el periodista Josep Maria Junyent pronunció un discurso que exaltaba la victoria de los nacionales y enaltecía su bandera, roja y gualda. Todo ello, sin apenas disparar un solo tiro. La ciudad, citada por Churchill como ejemplo de resistencia años más tarde, había caído con una absoluta y total parsimonia.

3

Al día siguiente, Angels despertó sintiéndose indispuesta. No sabía qué era lo que la aquejaba. El ambiente reinante en la ciudad parecía haberle afectado. Salió de casa para hacer la compra. Por el camino, se encontró con Albert, el marido de su amiga Marta. Albert era gerente en una entidad bancaria. Había sido rico desde siempre, heredando la posición de su padre al morir este. Nunca le gustó, pero entendía por qué su amiga se había casado con él. Marta siempre soñó con ser una señora, de esas que se muestran altivas y poderosas. Su origen humilde no se lo permitía, a no ser que se casase con alguien que ya tuviese ese estatus y eso hizo. En cierto modo, había cumplido su sueño.

—Hola, Angels —dijo el esposo de su amiga.

—Buenos días, Albert.

—¿Adónde vas con tanta prisa?

—Iba a hacer la compra, pero no me siento muy segura andando sola por la calle en este momento.

—Ya veo —respondió Albert, observándola de arriba abajo—. Una muchacha tan guapa como tú debería tener un hombre a su lado para protegerla y cuidarla.

—Bueno, tengo prisa...

—Espera —dijo el tipo, interponiéndose en su camino—.
No corras tanto.

—Déjame pasar, Albert.

—Con todo lo que está pasando, deberías ser más amable conmigo —respondió, acercándose más a ella. Cuando estuvo a sólo unos centímetros, intentó agarrar su cintura y besarla. De un fuerte empujón, la chica consiguió librarse de él y echar a correr calle arriba —. ¡Ya volverás! —le gritó Albert desde la distancia.

Horas más tarde, Angels se encontraba en casa, ayudando a su madre a preparar la comida. El sonido de alguien aporreando la puerta las sobresaltó.

—Yo iré, madre.

Se acercó a la puerta, dubitativa y asustada, pero, esperanzada a la vez. Sentía un deseo incontrolable de que fuese Joan quien llamaba a la puerta y, a la vez, temía que fuese alguien que traía la noticia de su muerte. Al abrir el portón y ver a la persona que llamaba tras de él, se sintió aliviada y decepcionada a la vez.

—Hola, Marta. Pasa; no te quedes ahí. —La chica entró sin mediar palabra. Tenía el rostro serio y parecía estar disgustada por algo—. ¿Pasa algo? —preguntó Angels al ver su cara.

—¿Por qué lo has hecho? —dijo su amiga.

—¿Hacer qué?

—Deja de fingir de una vez. Pareces una mosquita muerta. Siempre aparentando no haber roto un plato en tu vida, pero yo te conozco bien.

—No sé a qué te refieres. Tranquilízate y dime qué te ocurre.

—Albert me lo ha contado todo, no necesito que me expliques nada, pero quiero saber por qué. ¿Por qué lo has hecho?

—Marta, no entiendo nada. ¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho que te has abalanzado sobre él. Ahora que la ciudad ha caído buscabas a un hombre decente que te proteja, ¿no es así? Joan ya no te vale, ¿verdad? Pues no será el mío.

—No sé qué te ha contado Albert, pero no he hecho nada, Marta. Puedo explicarte todo lo que pasó.

—No hace falta. Ahórrate tus mentiras. Puede que las necesites más adelante.

—¿Qué quieres decir?

—Pronto lo sabrás.

Sin mediar más palabra, la chica abandonó la casa. Angels se quedó meditando durante unos minutos. Al menos, su madre no había sido testigo de la conversación. Ese cerdo de Albert se había adelantado a narrar una historia falsa a su esposa, pensando que ella le contaría lo ocurrido esa misma mañana. Lo realmente preocupante eran las últimas palabras de su amiga. ¿Qué habría querido decir? Una mujer herida podía ser un enemigo muy poderoso. Marta siempre se había sentido amenazada por ella, siempre celosa. Ahora, temiendo perder su posición, quién sabe qué era lo que estaría dispuesta a hacer. El resto del día transcurrió lentamente. La chica y su madre permanecieron encerradas en casa, languideciendo en una ciudad derrotada, a la espera de nuevos acontecimientos. Habían decidido no salir a la calle hasta que las cosas se calmasen un poco. Mansamente y tras una larga noche, llegó la mañana. Ambas, madre e hija, se dedicaron a las tareas propias de la casa. Limpiaron, cocinaron, comieron y charlaron. De esa forma, la tarde temprana de enero se cernía sobre la ciudad cuando la puerta de la casa volvía a ser aporreada. Angels miró a su madre y se levantó sin decir nada para ir a ver quién era. Abrió la puerta y, al hacerlo, cuatro soldados del Ejército nacional aparecieron ante ella. El miedo se apoderó de su ser. Sin duda, eran noticias de Joan. Malas noticias. Habría sido capturado; tal vez, asesinado.

—Buenas tardes —dijo el que parecía estar al mando.

—Buenas tardes —respondió Angels tímidamente.

—¿Es esta la casa de Angels Ripoll?

—Así es. Yo soy Angels.

El soldado miró al resto de sus acompañantes, en señal de haber encontrado a la persona que buscaban.

—Debe usted acompañarnos, señorita.

—¿Acompañarles? ¿Adónde? ¿Por qué motivo? —preguntó, nerviosa.

El aumento de su tono de voz alertó a su madre, que se acercó hasta la puerta.

—¿Qué ocurre, hija?

—Señora, vuelva usted dentro. Hemos venido a buscar a su hija. Debe acompañarnos. Debemos hacerle unas preguntas.

—¿Sobre el Joan? —preguntó la anciana.

—Tranquila, madre. Vuelve dentro. Iré con ellos. Pronto estaré de vuelta. —La chica caminó con dificultad hacía el interior para buscar una chaqueta que le sirviese de abrigo. Intentaba ocultar los nervios que sentía, a fin de no preocupar a su madre. Cogió un abrigo de ante, de color marrón oscuro, y volvió a la entrada de la casa—. Vuelve dentro, madre. No tardaré.

—¡Hija! —exclamó su madre, abrazándola con fuerza.

—Vamos —ordenó el soldado, separándolas con brusquedad.

Salió de casa, acompañada por los cuatro hombres uniformados, quienes la llevaron hasta un cuartel cercano. Al llegar a su destino, observó a una gran cantidad de personas ubicadas en el patio del edificio. Parecían estar esperando turno para algo, pero eran sus caras las que consiguieron sobresaltarla aún más. Rostros serios, de preocupación, de miedo.

—Espera junto a ellos hasta que te llamen —le mandó uno de los soldados.

Se sentó en un rincón del patio, esperando su turno. No sabía para qué, pero no tenía otra opción. Poco a poco, algunos de los presentes iban pasando al edificio adyacente. Nadie hablaba. Todos permanecían en el más absoluto silencio, observados por algunos soldados que patrullaban en el patio.

—Angels Ripoll —gritó un soldado que acaba de salir del edificio adyacente.

—Soy yo.

—Ven conmigo.

Avanzó hasta él, con el mismo paso dubitativo que la había acompañado toda la tarde desde que los soldados aparecieron en su puerta. Caminaron por un largo pasillo, ya en el interior del edificio acuartelado. A ambos lados del mismo, se sucedía un gran número de puertas de color blanco, todas cerradas, hasta que, al llegar frente a

una de ellas, el soldado se detuvo.

—Entra —ordenó.

Una vez que la cruzó, el militar la cerró desde fuera. Cuando dirigió su vista al interior de la estancia, pudo ver a otro soldado sentado en una silla ubicada tras una mesa metálica. Este era más viejo que el resto de militares y tenía un rostro inquietante, escondido tras un frondoso bigote oscuro. La habitación no tenía ventanas, tan sólo una luz en el techo, aquella mesa y dos sillas. Sin decir nada, el viejo hizo un gesto, invitándola a ocupar la silla que quedaba libre. Angels obedeció sin dudarlo y se sentó en la silla, quedando frente a frente con aquel tipo. El oficial se limitó a observarla fijamente. Clavaba sus ojos de color azul en los de la chica y permanecía en silencio. Al cabo de un minuto, sacó una pitillera forrada con cuero de su bolsillo derecho, cogió un cigarrillo y se lo llevó a los labios. Después, tomó otro y alargó el brazo hasta ella, ofreciéndoselo.

—No fumo —dijo ella.

El tipo volvió a guardar el cigarrillo en la pitillera y sacó un encendedor para prender fuego al que tenía en los labios. Una vez que lo hizo, le dio una larga calada y, tras mantener el humo en los pulmones unos segundos, lo expulsó en dirección a la chica. Angels sintió un fuerte escozor en los ojos, a causa del contacto con el humo. Resistió como pudo el brotar de las lágrimas que acudían a ellos, fruto de los nervios más que de aquel humo.

—Angelita. ¡Ay, Angelita! —dijo al fin el tipo—. Voy a hacerte unas preguntas y debes contestar la verdad. ¿Has entendido?

—Sí, señor.

—Eres maestra en el colegio Sant Boi, ¿no es así?

—Así es.

—Los maestros... Esto está lleno de ellos. No sé por qué os empeñáis en opinar sobre política. Y encima siendo mujer...
Menos mal que, a partir de ahora, serán los curas los que se encargarán de enseñar, como debe ser.

—Yo no...

—¡Silencio! Hablarás sólo cuando yo te lo diga. —Tras hacer una pausa, el viejo continuó—: Eso no es lo que me preocupa. Según mis informes, has estado introduciendo ideas erróneas en la mente de los niños, pero se te podría perdonar. La cuestión que nos ocupa es bastante más grave. Tengo entendido que conoces muy bien a un tal Joan Brugueras, ¿es así? —Es mi novio —respondió en voz baja.

—Un traidor, eso es lo que es. No sé por qué no me sorprende que os hayáis juntado. Los rojos sois todos iguales. ¿Sabes dónde está?

—No, señor. No sé nada de él desde hace meses.

—No es eso lo que he oído. Se me ha informado de que estuvo en tu casa anoche.

—Eso no es cierto.

—La información es de muy buena fuente. Dime, Angelita, ¿por qué tendría que creerte a ti: una golfa, una roja, en vez de a esta persona, que es de confianza? —No supo qué contestar, así que bajó la cabeza y se mantuvo en silencio—. Ya veo. No dices nada. Está bien. No me dejas opción, muchacha. Serás condenada por acoger a traidores a la patria. Vas a ser conducida a un destino a mi elección para ser reeducada. A ver si podemos hacerte volver al buen camino. No será fácil, lo sé, pero te voy a dar esa oportunidad. —El viejo se levantó de la silla y fue hasta la puerta. Desde allí, llamó al guardia del pasillo—. Llévala al puerto. Que embarque cuanto antes.

—Sí, señor —respondió el soldado.

El guardia se acercó hasta ella y, tomándola por el brazo, la condujo a la puerta.

—Adiós, Angelita. Buen viaje.

4

Zarparon durante la noche. Hacinadas en un viejo buque, más de mil almas asustadas e indefensas se daban calor unas a otras en la cubierta. Aquella fría jornada nocturna de enero nunca la olvidaría. Se sintió sola, perdida, abandonada en un mundo que ya no era capaz de comprender. A pesar de estar rodeada de gente que compartía, de una forma u otra, sus creencias, Angels sintió, más que nunca, el gélido aliento de la oscuridad. Alejándose lentamente de su tierra natal, la que la había visto nacer, la que conocía, no sabía si sentirse aliviada o desconsolada. Pensaba en Joan, en su forma de mirarla, en la de abrazarla y besarla. «Ojalá siga vivo», pensó. Observó la luna. El satélite brillaba de forma espectacular aquella tenebrosa noche. Su brillo se reflejaba en las negras aguas del Mediterráneo, dándoles un aspecto desconocido. Siempre había amado el mar, su mar, pero esa noche le aterraba. De una forma cruel, la conducía a un destino que se le antojaba del todo injusto. Poco a poco, acurrucada junto a sus forzosos compañeros, se abandonó al cansancio que la abrazaba, sin dejar de observar aquel mar oscuro en el que brillaba un rayo de esperanza.

Tras tres días de travesía, el barco llegó a su destino. El desconocido sur de la península se alzaba ante su vista. Atracaron en Huelva, ciudad totalmente ignota para ella. Los hicieron bajar del buque y formar en filas. La mayoría de sus acompañantes eran hombres. Combatientes del bando republicano capturados y enviados lejos. Unas pocas mujeres completaban el cupo de presos. Supuestamente, según había podido escuchar en el barco, los llevaban a campos de concentración, prisiones recientemente acondicionadas en todo el territorio nacional debido al gran número de nuevos cautivos. En la ciudad de Huelva había tres. Se iban llenando poco a poco, atestadas por la enorme cantidad de reclusos procedentes del recién caído frente catalán. Contaban los hombres, durante el trayecto, historias sobre una de esas prisiones. La peor de todas, decían. Una isla, aislada de todo. A ella no le importaba el lugar en el que fuesen a parar sus huesos. Su mente estaba en otra parte, lejos de allí. Varias mesas improvisadas en el puerto, ocupadas por militares uniformados, fueron clasificando a los presos. Cuando llegó su turno, horas después de desembarcar, ya sólo quedaban unos pocos hombres y la mayoría de mujeres, unas veinte.

—No queda sitio en San Juan —dijo el encargado de la fila en la que estaba Angels.

—Pues mándalas a donde puedas —respondió su superior, que se encontraba tras él.

—Pero son mujeres... —comentó el soldado a su superior. —Son rojas. Son presos —replicó el que estaba al mando.

El soldado a cargo de su fila se levantó de su silla y gritó en voz alta:

—¡Todas las mujeres! —dijo—. ¡Formaréis una fila aquí!
Vais todas a Saltés.

Enseguida, todas formaron la fila en el lugar que había indicado el soldado. Fueron marcadas con una raya blanca en sus ropas; todas, sin excepción. Esperaron junto al grupo de hombres que restaba. Fue una larga espera. A pesar de encontrarse en el sur, hacía frío. Un frío muy parecido al de Barcelona, uno que no puede ser combatido con ropa o mantas. Ese frío te cala los huesos; es húmedo y penetrante. No recibieron comida ni agua. Llevaban dos días sin probar bocado. El agua se racionaba en el barco. Una taza al día para cada uno. Tras horas sentados al raso, esperando sin saber qué, llegó la barcaza que los trasportaría a su destino. Esta era aun peor que la anterior. Más pequeña y más vieja. Cuando embarcaron en ella, parecía que aquel viejo cascarón se hundiría sin remedio en la ría que separaba el puerto de la ciudad de la isla. Para sorpresa de todos, el viejo cascarón resistió. Llegaron a la isla al atardecer, cuando el intenso arrebol del cielo hacía que este pareciese un compendio de flores rojas en el jardín de Dios, como si de una maraña de capullos inmarcesibles se tratase que iluminaban su camino y llenaban de esperanza su corazón. Estaban cerca, muy cerca de la pequeña ciudad y, a la vez, lejos de todo. Los hicieron bajar del barco y formar en una especie de terraplén yermo ubicado en la isla. Desde su posición, podían ver, a lo lejos, los edificios que hacían las veces de barracones improvisados. Viejas construcciones pertenecientes a una industria salina, reconvertidos en albergues para presos.

—Bienvenidos, reclusos —dijo el militar al mando—. Soy el sargento Acuña. Estaré a cargo de vosotros mientras estéis aquí, así que no me jodáis. No se puede escapar de esta isla. Si sois lo bastante estúpidos como para intentarlo, recibiréis un balazo. Tendréis dos comidas al día. Agradecédselo a nuestro Generalísimo. Ahora, acomodaos en el lugar que os indiquen.
Las mujeres irán a su barracón.

—¡Ya habéis oído! ¡Caminad! —indicó uno de los guardias del campo, señalando el camino.

Instalaron a las mujeres en un solo barracón. El ruinoso edificio se encontraba un poco alejado del resto. Olía a sal. Mugroso y húmedo,

el acondicionamiento constaba de catres repartidos en el suelo, sin mantas. Las cucarachas dejaron de ser un problema incómodo cuando los piojos aparecieron. Todas tuvieron que cortar su pelo hasta parecer hombres. Era preferible a rascarse sin parar. La preciosa melena de Angels cayó al suelo, mechón a mechón, junto a su ánimo, acompañada de su esperanza y de su ilusión. La comida no llegaba con asiduidad, ni siquiera al barracón de las mujeres. Con frecuencia, se repartían las raciones que conseguían. Algunas de las presas intimaban con los guardias del campo a fin de conseguir más comida o favores. Angels las miraba con desprecio. Había aprendido a resistir. Se hacía más fuerte cada día que pasaba. En su interior, sentía que podría aguantar toda la vida de esa forma, que nunca se doblegaría. Moriría de hambre o presa de alguna enfermedad, pero no les daría la satisfacción de rendirse. De vez en cuando, observaba su foto junto a Joan. Había conseguido esconderla y guardarla de la vista de los guardias. Era su tesoro, su posesión más preciada. Lo único que le quedaba. Hasta el momento, los guardias se limitaban a incordiar a los hombres. Torturándolos a ellos, minando su resistencia, tenían bastante. No hostigaban fuertemente a las mujeres. Pero, un día, todo empeoró. Una de las reclusas, una de esas que intimaba con los guardias, quiso robarle a Angels su ración diaria. Lucharon, se golpearon y se increparon. La chica echó en cara a su contrincante la estrecha relación que mantenía con aquel soldado enemigo y, al no conseguir lo que quería, su rival habló con los guardias. Estos que, hasta el momento, se habían mantenido alejados de ella, comenzaron su acoso. Cada día, la llevaban hasta un rincón alejado de la isla, a plena luz del día, a la intemperie, y la torturaban. Al principio, le preguntaban por cosas del todo extrañas para ella: «¿Cuándo se rendirán los rojos?», «¿Dónde se esconden los enemigos de la patria?» Preguntas del todo ambiguas y sin sentido. Cuando ella no contestaba, la maltrataban. Le daban patadas en el estómago, puñetazos, la desnudaban y la arrastraban por la hierba salvaje de la isla; sufría todo tipo de vejaciones. Cada día, volvía junto a las demás con las consecuencias de las torturas aflorando en su piel, dando testimonio de lo acaecido, pero nunca la violaron; nunca, hasta que él llegó.

5

Tras aquellos dos primeros meses en el campo, Angels pensaba que su situación no podía empeorar. El hambre, los maltratos, el frío y la desesperación que sufría no podrían agravarse. Pero siempre se puede ir a peor y eso es algo que pronto descubrió. El viejo sargento Acuña, oficial a cargo del campo, se licenciaba del Ejército y, para ocupar su lugar, enviaron a un joven teniente, natural de Valencia. Un señorito, hijo de terrateniente, al que los soldados llamaban héroe por su actuación en la batalla del Ebro, en la que fue herido de gravedad. Las cicatrices que marcaban su cara lo habían desfigurado casi por completo. Ese hecho, unido a que no había podido luchar más ni tomar parte en la reciente caída de Madrid, habían convertido a Joaquín Vidal, así se llamaba, en un hombre cruel y lleno de odio. Vidal se había divertido en las interminables fiestas de su juventud, en las que se hacía acompañar de bellas mujeres, gracias a su acomodada posición social y a su juventud. Ahora, con tan sólo treinta años, era un ser lleno de rencor y, en Saltés, encontró un lugar en el que estaba al mando, en su pequeña porción de mundo. En su primer día en el campo, el teniente Vidal hizo ejecutar de un tiro en la sien a dos reclusos. «Me han mirado mal», dijo a sus hombres para justificar su orden. Le gustaba pasear a menudo por el campo, observando a los presos y, sobre todo, a las presas. Caminaba con cierta dificultad, debido a una fuerte cojera en su pierna, recuerdo de sus días en el frente. Intentaba ocultarla al pasar frente a las reclusas, aunque no lograba conseguirlo, pese a sus esfuerzos.

—*Compte!* Ahí viene el cojo —dijo una de las reclusas en voz baja.

Pero no lo suficientemente baja, pues Joaquín sonreía de esa forma suya tan peculiar mientras se acercaba. Levantaba lo que quedaba de su labio superior, que ahora era un pequeño trozo de carne con la piel plegada en grimosas arrugas, levantando a su vez el fino bigote con el que intentaba cubrirlas sin éxito.

—Si te vuelvo a oír hablando en ese lenguaje asqueroso tuyo, te corto la lengua —le dijo al pasar a su lado—. ¿Me has oído, María? —preguntó, girando su cara hacia ella.

—Sí, señor —respondió la chica, bajando la mirada.

María era una chica catalana, al igual que Angels, y, al igual que ella, había viajado en barco desde Barcelona. Angels y ella se habían convertido en buenas amigas desde que llegó al campo poco después

que ella. El carácter alegre de María la ayudaba a soportar mejor la crudeza de su situación. Pero a quien buscaba realmente el teniente aquella mañana era a Angels. Todas se habían dado cuenta del interés que mostraba por ella. Acercándose lentamente hasta ella, fue cambiando el semblante poco a poco, hasta que estuvo a su lado.

—También eres catalana, ¿verdad? —le dijo.

—Sí, señor —respondió Angels.

—A mediodía quiero verte en mi barracón. Tengo preguntas que hacerte.

—Sí, señor. Allí estaré.

Sin mediar más palabra, Vidal miró a su alrededor, complacido, observando al resto de las reclusas, y se alejó lentamente hacia la parte norte de la isla, donde trabajaban los hombres cautivos.

—Ese te ha echado el ojo —dijo María—. Ten cuidado. Es peligroso.

—Lo sé.

Siguieron con los quehaceres propios de cada día, trabajando como mulas hasta casi desfallecer, esperando que llegase la hora de comer para recibir el pobre y podrido rancho como de costumbre. Cuando llegó la hora, las reclusas se acomodaron a la sombra de un eucalipto para devorar con avidez un mendrugo de pan acompañado de un poco de sopa de pescado. Mientras tanto, Angels se dirigió al barracón del teniente tal y como le había ordenado este por la mañana. Caminaba torpemente por el embarrado terreno de la isla, dándole vueltas a sus pensamientos, asustada. Se dirigía al encuentro con un hombre peligroso, imprevisible, rencoroso; un compendio de adjetivos que lo hacían, con mucho, el hombre más oscuro que ella hubiese conocido. Al llegar frente a la puerta del alojamiento del teniente, llamó dos veces, golpeándola con el puño con fuerza para mostrar decisión. No quería que supiese que el miedo la dominaba.

—Adelante —dijo Vidal desde el interior. Angels abrió la puerta, pasó dentro y la cerró tras ella. Después, se quedó inmóvil junto a la entrada—. Pero pasa. No te quedes ahí. Acércate.

Lentamente, se acercó hasta la mesa en la que estaba sentado Joaquín Vidal. Estaba comiendo y, por lo que su vista y su olfato pudieron apreciar, degustaba comida de verdad, no como la que les daban a ellas, y en abundancia. En la mesa, había carne de ternera en salsa, aceite, pan, que parecía recién hecho, y naranjas; todo un festín para un estómago maltratado durante meses. La chica había adelgazado notablemente desde su llegada a la isla.

—¿Has comido? —preguntó Vidal en tono afable.

—No, señor.

—Pues siéntate —dijo, señalando una silla vacía con su mano izquierda—. Compartiremos esto. —Haciendo gala de una excesiva

timidez, Angels se sentó en la mesa con la cabeza gacha y las manos puestas en cruz encima de su vientre—. Come. Estarás hambrienta. Llevas toda la mañana trabajando.

La chica agarró un pedazo de pan y lo untó con un poco de aceite. Se lo llevó a la boca despacio y, cuando lo tuvo en su interior, sintió un ápice de felicidad al disfrutar de sabores que casi parecía haber olvidado. Su estómago, que se había acostumbrado a la escasez, despertó del letargo al que lo habían condenado, pidiendo más.

—Está buena, ¿verdad? La traen de un pueblo cercano. Hay buen aceite en esta tierra. Come también un poco de carne —dijo, acercándole el plato—. Yo estoy saturado de carne.

Apocadamente al principio y con la fiereza de un animal después, Angels devoró aquellas viandas. Carne, pan, incluso, un poco de queso que el teniente sacó de una pequeña despensa cercana al reparar en lo hambrienta que la chica se encontraba. Cuando acabó con las naranjas del postre, en cuyo jugo le parecía haber saboreado las vitaminas, sintió pesar.

—¿Quieres un poco de café?

—¿Café?

—Sí, café. ¿Quieres?

—Sí, claro.

Vidal puso a calentar el café y, cuando el olor del mismo llegó hasta ella, la chica se derrumbó. Comenzó a llorar sin poder remediarlo. Había soportado con firmeza los sentimientos que le habían provocado cada bocado de carne, cada trozo de pan recién hecho, cada gajo de naranja, pero no pudo con el olor de aquel café. Los recuerdos de su hogar, de las cafeterías barcelonesas, de su madre... Era demasiado.

—¿Por qué lloras?

—Lo siento, señor.

El teniente era incapaz de entender qué era lo que había hecho mal. Le había dado comida, mucho mejor de la que comían sus propios hombres, y la había tratado amablemente. Ni siquiera había empezado a interrogarla. ¿Qué demonios ocurría? Las malditas mujeres eran imposibles de entender. «¿Será por mi cara?», pensó. «Sí, eso debe ser. Siente asco al verme.» Vidal se acercó a la mesa rápidamente y cogió una carpeta marrón que tenía en la estantería adyacente. Con rabia, la dejó caer sobre la mesa.

—¡Basta ya! —gritó.

Angels se sobresaltó al oír el choque de la carpeta contra la mesa y el grito del teniente que lo acompañó. Incluso, dio un pequeño respingo de la silla sin querer. Acto seguido, secó sus lágrimas con las mangas de su chaqueta y se quedó muy quieta, bajando la mirada una vez más. El interrogador tomó asiento frente a ella y abrió la carpeta.

Fue pasando las páginas que esta contenía con parsimonia, en silencio, hasta que, unos minutos después, habló de nuevo:

—Este es tu historial —comenzó—. Aquí está todo. Todo lo que sabemos sobre ti. La guerra se acaba y tenemos nuevas directrices. A los presos como tú: una mujer, que además no ha participado activamente en la lucha, se les puede perdonar, pero hay condiciones. —Vidal dejó un espacio de silencio, unos segundos, antes de proseguir —: ¿No dices nada, Angels?

—¿Qué condiciones? —preguntó la chica.

—Directa al grano. Me gusta. Pues… Esas "condiciones" dependen un poco del oficial al cargo, que, en este caso, soy yo.

—No me has contestado —respondió ella, olvidando por un momento con quien hablaba.

Al oírla, el teniente no dudó ni un segundo: la abofeteó en la cara con tal fuerza que la tiró de la silla.

—Deberás revelar el paradero de ese renegado. ¡Oh, sí! Sabemos que estabas prometida con un traidor a la patria. Tendrás que confesar que tú también lo has sido. Y… Bueno, satisfacer algunas de mis necesidades —dijo mientras se quitaba el cinturón.

La violó allí mismo, en el suelo. Al principio, intentó resistirse, pero los fuertes golpes que le propinó acabaron por doblegarla. Al final, se abstrajo y le dejó hacer. Para cuando todo acabó, se marchó dolorida, con los signos evidentes de los golpes marcados en su piel y los de aquel ominoso acto marcados en su alma.

Los días que siguieron a la violación, los pasó vagando como un espectro por el campo. Todas las mujeres sabían lo que había ocurrido al verla llegar, pues las muestras de violencia eran evidentes. María intentó consolarla, sin éxito. No había forma de animarla después de aquello. Casi no comía, no bebía y se limitaba a caminar por los límites del campo, sola. Los guardias la dejaban actuar de esa forma e, incluso, abandonar sus tareas, pues sabían que era la favorita de Vidal. Una tarde, oscura y fría, Angels caminaba por el extremo sur de la isla y se sentó en la hierba, con la mirada perdida en el mar. Agarró con fuerza la foto en la que aparecían ella y su amor, y las lágrimas se le derramaron por las mejillas. Comenzó a excavar un hoyo en la tierra, con intención de ocultarla allí, en una pequeña caja de madera que había conseguido dos días antes. Quería guardarla en un sitio en el que nadie pudiese encontrarla, sólo ella. Para su sorpresa, al cavar, se topó con algo que no esperaba. Encontró una pequeña cruz de madera, sucia, pero en buen estado. Nunca había sido demasiado dada a caer en las fáciles creencias religiosas, pero la tomó para sí. No por lo que representaba, sino porque pensó que debió de haber pertenecido a alguien que pasó por aquel horrible lugar y que, tal vez, sufrió un destino parecido al suyo. Guardó la foto en la pequeña caja

de madera y la enterró en el lugar que ocupaba la cruz anteriormente, cubriéndola con tierra con sus manos. Marcó el lugar con una piedra negra, diferente a las que había en el entorno, para poder localizarla cuando quisiese, y volvió junto a las demás. Esa misma noche, dos soldados la fueron a buscar a su barracón. Tenían orden de llevarla junto al teniente, según le dijeron.

—¿Dónde la lleváis? —dijo María al verlos acudir a por la chica—. Dejadla en paz.

—Calla si no quieres recibir lo tuyo —respondió uno de los soldados.

La llevaron junto a Vidal y, una vez allí, se marcharon, dejándola a solas con su demonio particular. Joaquín la esperaba junto a la cama, con la luz tenue del candil reflejada en su marcado rostro. Aquella siniestra luz le confería un aspecto aún más aciago. «Aún puede dar más miedo», pensó la chica.

—Ven, acércate a la cama —ordenó Vidal. Ella obedeció sin dudarlo. Había aprendido a abstraerse por completo de la horrible situación a la que se enfrentaba con asiduidad—. Pareces triste. Mis hombres me dicen que no comes. Debes comer o morirás.

—Hay cosas peores que la muerte —respondió ella en voz baja.

—Lo sé. ¿Crees que no lo sé? ¡Mírame! Ahora somos iguales. Los dos hemos conocido la felicidad y la injusticia. Eso es algo que nos acerca aún más. Pronto, todo acabará y serás libre. Quiero que seas mi esposa.

—Preferiría morir antes que casarme contigo.

—El mundo que conocías ya no existe. Ahora nosotros estamos al mando. Debes comprender…

—¿Comprender? —dijo Angels, interrumpiendo al teniente—. Eres un ser vil y despreciable, y sólo espero que algún día recibas el castigo que mereces.

—Eso no va a pasar, querida Angels. El mundo no es así. ¿Qué otra cosa podía pasar? ¿Qué esperabais? ¿Qué queréis los rojos? Le decís a la gente que todos somos iguales, que todos podemos poseer la belleza. Ya ves... La mentira se manifiesta claramente. No todos podemos; no sin la fuerza. ¿Qué tipo de sociedad llegaríais a construir si ganáis? Una mentira. ¿Les vais a decir que todos pueden ser ricos? ¿Que todos van a tener trabajo? ¿Qué pasará cuando se den cuenta de que todo eso es falso? Se volverán contra vosotros y entonces buscaréis a hombres como yo.

—La gente no es como tú. Sólo puedo sentir lástima por ti.
Estás consumido por el odio. Te destruirás a ti mismo.

—Puede ser, pero, mientras llega ese día, desnúdate y métete en la cama. Esta noche vuelve a ganar el malo. Te invito a que, en el futuro, cada noche, al irte a la cama, hagas balance, a ver quién ha ganado

ese día. Verás en qué acaba. Puede que la verdad también acabe destruyéndote a ti.

Horas más tarde, cuando Vidal hubo hecho con ella todo aquello que quiso, fue conducida de vuelta a su barracón.

Al oírla llegar y sollozar en la oscuridad, María se levantó y se acercó a su cama.

—Aguanta un poco más —le dijo—. *Una mica mes*, Angels. Mañana vendrás conmigo. Hay algo que debes ver. Intenta dormir.

A la mañana siguiente, mientras se encontraban trabajando, María le hizo unas señas después de hablar con uno de los guardias y, juntas, se alejaron del resto. Caminaron hasta el extremo suroeste de la isla, pasando por zonas con arboledas y otras cubiertas de arbustos. No había que cruzar alambradas ni cercas. La isla era su prisión. Las fuertes corrientes que gobernaban las aguas cercanas la convertían en una cárcel natural perfecta. Al llegar a su destino, avistaron una pequeña barca pesquera en la orilla. Junto a ella, dos pescadores de unos cincuenta años estaban descargando unos pequeños sacos.

—¿Quiénes son? —preguntó Angels.

—Pescadores de un pueblo cercano. Está en aquella dirección —respondió María, señalando al suroeste—. Hace algún tiempo que nos traen comida. Son muy amables.

—Pero ¿y los guardias?

—A ellos les da igual mientras se lleven su parte.

Se acercaron a los pescadores y estos las saludaron efusivamente. Tras charlar un rato con María, los dos hombres emprendieron camino de regreso a casa. Juntas, cargaron los sacos de comida que contenían chorizo, queso, pan y algunas otras viandas cruciales para su supervivencia.

—¿Cómo han dicho que se llama su pueblo? —preguntó Angels mientras caminaban de vuelta.

—Punta Umbría.

—Es un nombre bonito para un pueblo.

—Sí que lo es y la gente que vive allí es muy buena. No sé qué habría sido de nosotras sin su ayuda. ¿Ves? No toda la gente es mala en el mundo.

—Lo sé, María.

—Ya has oído lo que han dicho. Están empezando a soltar a los presos que se declaran afectos a la causa.

—No sé si yo podré hacer eso.

—Debes hacerlo. Pronto nos llamarán y eso es exactamente lo que haremos. Después, volveremos a casa.

—Me ha dicho que quiere casarse conmigo. No me dejará marchar. —Su amiga la miró sin decir nada más. ¿Qué podía decirle?

Simplemente, siguieron caminando en silencio.

Transcurrieron varios días de la misma forma. Angels se dedicaba a acompañar a María en busca de los alimentos que les traían desde Punta Umbría. El teniente Vidal no había vuelto a llamarla desde aquel día. Todo parecía haberse tranquilizado, quieto, en un impás de tiempo en el que este no avanzaba ni retrocedía. Nada ocurría. El día había amanecido soleado. Las dos chicas se dirigieron, una vez más, en busca de sus apreciados alimentos, después de haber trabajado gran parte de la mañana en sus tareas de limpieza. En la cara de Angels podía leerse un atisbo de felicidad, muy pequeño, pero visible para su amiga y para el resto de reclusas. Al llegar a la posición de los pescadores, se percataron de que Manuel, el más viejo de los dos que acostumbraban a venir a visitarlas, no había venido.

—Hola —dijo el pescador.

—Hola. *Bon dia*, Rafael. ¿Por qué no ha venido Manuel?
¿Se encuentra bien? —preguntó María.

—Sí, está bien. Hay algo que tengo que decirle a Angels.

—¿A mí? —preguntó, sorprendida.

—Sí. Hay alguien en el pueblo que ha venido a por ti. Un tal Joan. Dice que es tu novio.

—¡¿Joan está aquí?! ¡¿Está vivo?!

—Sí, el muchacho está perfectamente. Dice que quiere sacarte de la isla. Le hemos advertido de lo peligroso que es eso.
Por eso Manuel no ha querido venir hoy.

—¡¿Has oído, María?! ¡Ha venido a por mí!

—Lo he oído. Tranquilízate.

—Yo le he dicho que pronto saldrías —continuó el pescador—, que la gente de San Juan del Puerto ya está siendo liberada si jura lealtad al Régimen.

—¡No! —interrumpió Angels—. Joan tiene razón: hay que sacarme cuanto antes. María, tú sabes que hay que hacerlo.

—Tranquila. Rafael, ella lleva razón: hay que liberarla. Su situación aquí es complicada. ¿Hay algo que se pueda hacer?

—Si nos cogen, nos matarán, lo sabéis, ¿verdad? —apuntó Rafael.

—Hay que arriesgarse. ¿Nos ayudarás? —preguntó María.

—Sí, lo haré. Deberá ser mañana, por la noche. Nos veremos aquí a las doce de la noche. Yo mismo vendré a por ti y te llevaré al pueblo. Tu novio dice que tiene dinero para que viajéis sin problemas hasta Francia.

—Gracias, Rafael —dijo Angels, dándole un abrazo al pescador—. No puedo quedarme. De no ser así, no pondría tu vida en peligro… —Sin poder continuar hablando, se echó a llorar.

—Ella está en lo cierto, Rafael —siguió María—. No puede quedarse. Es vital que salga ya.

—Os creo. No tenéis que decirme nada más. Si ya casi venía convencido del pueblo... El tal Joan es un catalán terco.

—Pues mañana a las doce estará aquí. Gracias, Rafael.

—De nada, preciosa. Ahora, me voy. Tengo que volver.

6

Pasó el resto del día nerviosa, apretando con la mano la cruz de madera que había encontrado en la isla, la misma que pensaba que le estaba dando suerte. Joan estaba vivo y no sólo eso: había venido a buscarla. Tenía que huir de allí, escapar lo más lejos posible de aquel hombre. Tan sólo temía una cosa: podía estar embarazada del teniente, aunque no había notado ningún síntoma de ello. El día y la noche se fueron con rapidez y nadie vino a buscarla. Vidal parecía haber renunciado a ella. Pasaban ya tres semanas desde su último encuentro y nada. No caminaba por el campo, no mandaba a ningún soldado a vigilarla; parecía haberse esfumado, excepto por las órdenes de fusilamientos que salían de su barracón. En los últimos siete días, habían fusilado a cincuenta hombres. Los juicios habían comenzado en la isla. Todo aquel que no se declarase afín al Régimen era ejecutado. Algunos ni siquiera tenían esa opción. Simplemente, eran sentenciados a muerte por hombres viles. Pronto le llegaría el turno a Angels. Esperaba no tener que pasar por ese trago, más aún cuando era su último día en la isla. No darles el gusto de rendirse para conservar la vida. Ella se iría sin tener que hacerlo.

Amaneció y un sol radiante dominaba el cielo al poco tiempo. A pesar de la humedad y de la escasez, del barro y de los pútridos olores, a Angels le pareció el día más bonito que había visto nunca. En poco más de doce horas, estaría fuera de allí, alejándose de todo lo que odiaba y acercándose a lo que amaba. Pasó el día siendo presa del terror horrible de ser requerida por el teniente. Si Joaquín Vidal la mandaba buscar por la noche, quizás no pudiese acudir a la hora convenida para su encuentro con el pescador. Pero, al igual que el día anterior y que el anterior y que otros muchos antes de ese, nada ocurrió. Se limitó a llevar a cabo sus labores de limpieza mientras compartía miradas de complicidad con su amiga María, intentando ocultar sus nervios. Y así llegó la noche. Todas se fueron a la cama a la hora de siempre, impuesta por sus captores. Muchas cosas pasaban en la isla por las noches. Había mucha más vida de la aparente tras el manto de oscuridad con el que les cubría la noche. Angels lo había comprobado por sí misma, aunque lo que a ella le ocurría era casi de dominio público en el campo. Poco antes de las doce, se levantó de la cama, se vistió y aguardó junto a su lecho. Minutos después, se acercó al de María con intención de despedirse.

—Me voy, María.

—Mucha suerte y cuídate mucho, Angels.

—Pronto, tú también estarás fuera.

—Eso espero.

—Adiós —se despidió Angels, dándole un último abrazo a su amiga.

Sin más, se marchó, ocultándose en las sombras, cubierta con una manta de color negro que la ayudaba a mimetizarse con la oscuridad. Pasó cerca de algunos guardias, distraídos con sus partidas de cartas, sus cenas o con alguna mujer. Nunca pasaba nada en la isla. Los pocos intentos de fuga acabaron en ahogamientos o fusilamientos. Ya nadie intentaba fugarse. Después de que la guerra hubiese acabado, la esperanza de muchos hombres murió con ella. Tardó pocos minutos en llegar a su destino. No llevaba reloj, pero había visto la hora en el que había en el barracón de las mujeres. Salió de allí a las doce menos cuarto. Tenía meticulosamente calculado que tardaría unos diez minutos en llegar hasta el lugar del encuentro si no tenía ningún problema en el camino y no lo hubo. Se ocultó entre los arbustos, esperando que llegase Rafael. Esperó y esperó durante más de una hora y nadie acudió. El frío de la noche, sumado a la postura en la que se encontraba en el suelo, intentando no ser vista, habían conseguido entumecerle casi todos sus músculos. Sintió miedo, no por ella, sino por Joan y por Rafael. ¿Qué habría pasado? El pescador era un hombre bastante puntual siempre que acudía a llevarles alimentos. Tal vez, al ser de noche, tardase algo más o habría tenido que esperar por algún contratiempo. Tras otra hora de espera, decidió volver al barracón. Si Rafael había tenido cualquier problema, al día siguiente, acudiría, como de costumbre, a traer comida y le explicaría lo acontecido. Sí, no había podido irse aquella noche, pero lo haría la siguiente. Así que volvió a su cama. Se metió en ella sin despertar a nadie, ni siquiera a María, quien dormía exhausta en la cama contigua. Cuando despertase y la viese allí, sin duda, se sorprendería. Ya habría tiempo de contarle lo sucedido; no había necesidad de despertarla.

A la mañana siguiente, los soldados entraron en el barracón de las mujeres muy temprano. Al parecer, venían a buscarlas para celebrar los tan ansiados juicios. En primer lugar, serían juzgadas las reclusas. Una a una, fueron pasando por turnos al despacho de Vidal, en el que se daban cita varios cargos del Ejército franquista de la zona. María pasó antes que Angels y fue absuelta de los cargos al declararse afín al nuevo Régimen. Ella y Angels no tuvieron ocasión de hablar antes de eso, pues los guardias las vigilaban de cerca y no podían comentar lo sucedido la noche anterior. Su cara de sorpresa al ver a la chica de vuelta en su cama fue evidente, pero sólo pudieron intercambiar

miradas de desconcierto. A media tarde, ya habían sido juzgadas gran parte de las reclusas. El proceso era rápido y todas habían dado la misma respuesta, con el mismo resultado: conseguían ser libres. Angels esperaba su turno. Estaba nerviosa. Aún no sabía si acabarían con todos los juicios ese mismo día o si aquella pantomima se alargaría hasta la siguiente jornada, pero, cuando vio aparecer a Joaquín Vidal en su barracón, sus esperanzas se desvanecieron por completo. El teniente conversó durante un minuto con dos de los soldados que estaban en el barracón y, acto seguido, estos se acercaron a Angels.

—Muévete —ordenó uno de ellos al llegar junto a ella—. El teniente ha venido a buscarte.

La chica obedeció sin rechistar, como siempre, pues no le quedaba otra opción. Después de semanas sin haberlo visto, Vidal aparecía de pronto para llevarla a su juicio. ¿Qué habría estado tramando durante todo ese tiempo? ¿Realmente había desistido en su empeño? Su presencia allí la llevaba a pensar lo contrario.

—He venido a acompañarte —dijo cuando la chica estuvo frente a él—. Seguro que será un mero trámite. Digo esto porque te conozco y sé que sabes obedecer cuando es necesario. Ven conmigo.

Caminaron juntos en dirección al despacho del teniente, pasando por la zona de alojamientos de los guardias que lo separaba del barracón de Angels. Todo en la isla parecía estar alborotado. La gente iba de aquí para allá sin parar. Presos, guardias y gente que Angels no había visto nunca por allí.

—Han venido algunos refuerzos para garantizar la seguridad del proceso —explicó Vidal—. Hemos empezado los juicios. Hay orden de vaciar el campo y no sólo este, todos los de la zona. En su infinita compasión, nuestro caudillo ha consentido perdonar a todo aquel que se declare afecto a la causa, pero creo que eso ya lo sabes. Ni que decir tiene que muchos de sus generales y mandos del Ejército le han aconsejado que se libre de todos estos traidores, pero es un hombre de Dios y sabe perdonar.

—¿Qué les pasa a los que no se declaran afectos?

—Bueno... A esos se les aplica justicia rápida, pero estoy seguro de que, la mayoría de los que sí lo hacen, lo declaran para salvar la vida. Unos cobardes. Precisamente, de camino a mi despacho, quiero que veas algo. Está todo preparado.

—¿Que vea algo?

—Sí, ya casi estamos.

Continuaron un poco hasta llegar a una gran explanada, un poco alejada de los barracones. En ella, se había improvisado un gran montículo de tierra en uno de los extremos. La chica supo reconocer que era algo que no estaba allí el día anterior. Mientras seguían

caminando en dirección al montón de tierra, varios guardias se acercaban a él desde el este, custodiando a unos veinte presos. Los guardias los pusieron en fila, de espaldas a aquel montón de tierra de forma alargada, y se colocaron frente a ellos.

—Acerquémonos —dijo Vidal. Al hacerlo, Angels no tardó en reconocer el rostro de uno de los reclusos. Su corazón se encogió y las pulsaciones se le dispararon—. Estos son algunos de esos traidores de los que hablábamos antes. ¿Reconoces a alguno? —«Por esto ha venido a buscarme», pensó la muchacha. «Lo sabe.»—. ¿Te ha comido la lengua el gato, Angelita?

Angels observó el rostro malherido de Rafael, el amable pescador que iba a hacer las veces de su liberador la noche anterior. Las muestras de tortura eran evidentes en él. Sin duda, aquel hombre les habría contado todo. Él no era capaz de levantar la mirada, la fijaba en el suelo. El miedo y la incomprensión lo dominaban, unidos a la apariencia de total aceptación de lo que iba a ocurrir a continuación.

—No, a ninguno —mintió.

—Mejor para ti. ¡Abrid fuego!

Segundos después de oír los disparos de los fusiles, los cuerpos de aquellos veinte hombres cayeron al suelo, sin vida. —Asesinos — susurró Angels.

—Ahora estás lista para ser juzgada —le dijo Vidal con una media sonrisa en su labio destrozado.

Prosiguieron hasta el lugar en el que se celebraban aquellos juicios militares exprés. Aquellos hombres, enviados para condenar a muerte o a una vida de trabajos forzados a los presos, eran mucho más laxos con las mujeres, a las que solían dejar volver a casa una vez que aceptaban declarar su amor a la patria y a Franco. Algunas, muy pocas, eran condenadas a seguir en prisión, realizando trabajos varios, y otras, en un número menor aún, eran condenadas a muerte, aunque, normalmente, solían ser mujeres con cierto peso en la sociedad o cuyos maridos se habían convertido en una auténtica molestia para el Régimen, con cuya muerte buscaban castigarlos. Angels sabía lo que tenía que hacer. Llevaban semanas hablando de ello. Todas lo comentaban desde que Rafael, el pescador que acaba de morir fusilado, trajese la noticia de que se estaba liberando a las mujeres de otros campos que se declaraban leales. Pero la visión de aquella escena, la cara de total satisfacción de Joaquín Vidal, quien había dado la orden sin un atisbo de conciencia, y la incertidumbre de no se saber qué habría pasado con Joan habían despertado en la chica una estúpida sensación de valentía, de cólera. Antes de presenciar aquello, ya tenía dudas sobre si sería capaz de hacerlo, si podría rendirse ante aquellos asesinos y torturadores a cambio de salvar su vida. Ahora, después de lo sucedido… «¿Qué clase de vida llevaré después?», se

preguntaba. «¿Seré capaz de mirarme al espejo si me doblego una vez más?» Minutos después, llegaron a su destino. Accedieron a la sala, en la que aguardaban tres hombres sentados en una larga mesa y un par de guardias junto a la puerta. Los tres hombres de la mesa parecían ser altos cargos del Ejército que habían acudido allí para realizar aquella farsa. Los guardias colocaron a la chica de pie, frente a la mesa. Por su parte, Vidal tomó asiento en un banco a la derecha de la sala, observando la escena.

—Reclusa número 23567 —comenzó a decir uno de los tres hombres que hacían las veces de jueces—. Según veo aquí, eras maestra en Barcelona. Se te relaciona con un traidor a la patria y al caudillo. Bien… No alargaremos esto mucho más. ¿Admites tu crimen y te declaras afecta al nuevo gobierno?

Angels miró a Vidal. Observó su rostro marcado, su fino bigote, siempre más alto de lo normal, su evidente altivez, su cara de satisfacción al presenciar aquella escena.

—No —dijo en voz baja.

—¿Cómo has dicho? —preguntó el militar.

—He dicho que no —repitió en voz alta.

—Está bien. Entonces, no me queda más remedio que…

—Un momento —interrumpió otro de los jueces, un hombre calvo de edad avanzada—. Hija, declara tu amor a la patria. No le des más disgustos a tu madre. Consiente y vuelve con ella.

La chica volvió a mirar a Vidal. La sonrisa no le cabía en el rostro. Sin duda, todo aquello había sido parte de su plan. Llevarla a presenciar la ejecución del pescador para intentar denostar su ánimo una vez más. Hacerla entender que él ganaría siempre y someterla.

—No me veo capaz —respondió la chica—. Si consiento tan sólo una vez más, moriré. He llegado al límite de lo que una persona puede consentir. Cuando Joan, mi novio, me dijo que iba a luchar en la guerra, que éramos los buenos, yo no le creí, aunque recé para que volviese con vida, fuese cual fuese el resultado de la contienda. Pero, desde aquel día, todo lo que he visto, lo que he vivido, me ha convertido en vuestra enemiga. Ya no puedo más. Si digo sí o callo una sola vez más, explotaré. Así que no, no voy a decir lo que ustedes quieren que diga. Si van a matarme, háganlo, pues si hago lo que quieren, moriré de todas formas.

—Esta es una de las que están perdidas, Manuel —dijo el hombre que comenzó el proceso—. No intercedas más por ella. Se te condena a morir fusilada. La sentencia se ejecutará hoy mismo. ¡Lleváosla!

Angels salió de la sala siendo muy consciente del destino que había elegido. Lo cierto era que ya no podía soportar más las humillaciones, el sometimiento, la pasividad. No era una mujer valiente, pero, en cierto modo, la llevaron hasta el límite y, una vez allí, se reveló como

una persona fuerte. Caminaron hasta el improvisado paredón en el que habían ejecutado a los veinte hombres minutos antes. Joaquín Vidal iba a su lado, acompañándola en su último paseo. Dos guardias bastaban para completar el funesto séquito. Serían los encargados de ajusticiarla.

—Si no eres mía, no serás de nadie —dijo Vidal, rompiendo la solemnidad del momento.

—¿Sabes? Tiempo atrás pensaba que, aunque saliese de aquí, siempre tendría tu asqueroso recuerdo rondando por mi cabeza, que nunca podría olvidarme de lo que me hiciste.

—Y así será hasta que mueras.

—Sí, Joaquín, pero yo voy a morir ahora. Tú, sin embargo, vivirás y ahora me doy cuenta de una cosa: será mi recuerdo el que te persiga a ti el resto de tu vida. Vive con eso.

Cuando acabó de pronunciar las que serían sus últimas palabras, sacó la pequeña cruz de madera que encontró en la isla días atrás y se la entregó al teniente. Él la miró, extrañado, y dudó en aceptarla, pero al final lo hizo. Angels se colocó en el lugar que debía sin que nadie se lo pidiese. Miró al cielo. Ese día era azul, sin nubes. Le pareció el más bonito que había visto nunca. Después, pudo oír dos disparos y todo se volvió negro. El teniente Vidal permaneció inmóvil, contemplando el cuerpo sin vida de Angels tirado en el suelo. Observó la cruz en su mano derecha y rompió a llorar.

Epílogo

El día que, paseando por la isla Saltés, di una patada a una piedra y observé algo extraño bajo ella, no podía imaginar lo que encontraría allí. Al agacharme y horadar un poco la tierra con mis manos, una pequeña caja de madera apareció. Estaba sucia, deteriorada y húmeda. En su interior, encontré una fotografía de dos personas, aún más estropeada que el recipiente que la guardaba. A pesar de su mal estado, podían verse claramente los rostros de un hombre y una mujer. Ambos sonreían. Se les veía muy felices. A raíz de este hallazgo, mi mente comenzó a volar, imaginando cuál pudo ser su historia y cómo había acabado esa foto allí. Hoy, al caminar por esta tierra, vienen a mi cabeza miles de leyendas que pudieron acontecer en este lugar. Atraviesan mi cerebro como dagas afiladas y me llenan el corazón de júbilo.

Aquí, en esta isla olvidada, han tenido lugar muchas de ellas, unas ciertas y otras no, pero todas increíbles. Un lugar en el que se han encontrado miles de almas, perdidas en el tiempo infinito. Ahora, sólo queda una tierra casi yerma, con algunas ruinas que dan vago testimonio de lo que un día fue. El presente se manifiesta cruel, sin ser capaz de hacer honor a un lugar tan lleno de magia. De la Huelva antigua, la ciudad mágica que perdimos, ya nada queda y aquellos que ahora la habitan poco saben de la vieja dama. Cuando pienso en los que habitaron este lugar, mi corazón se estremece de ilusión y misterio, y, en el momento en el que soy consciente de lo que ocurre hoy en día, de esta pérdida total de identidad y de la falta de interés por recuperarla, el pulso se me para por completo.

Somos, y me incluyo, los idiotas del presente español. Los que hemos dejado que individuos sin escrúpulos sean los que llevan el timón de nuestras vidas y les aplaudimos por ello.

Pero la tierra no olvida tan fácilmente. Esta tierra y este mar tienen recuerdos. Ellos sí son lo suficientemente humildes como para no dejar que se pierdan estas historias increíbles, de hombres y mujeres normales. Sólo espero que algún día tengamos la suficiente fuerza y determinación, así como la inteligencia, para hacer que lleguen a nuestros hijos y que, al oírlas, se sientan orgullosos de lo que son y de lo que fueron sus antepasados, porque el devenir de un pueblo viene marcado por aquellos que antes habitaron la misma tierra. Al pensar en esto, me aterra imaginar el futuro. Me apena cavilar sobre los que

vendrán después. Gentes desarraigadas y manipulables, al servicio de cobardes infames. Así que tomo aire y lleno mis pulmones con el flujo que llega hasta la isla, la olvidada isla Saltés, y vuelvo a perderme en los albores del tiempo con una sonrisa dibujada en mi rostro.

[1] Betilo: Guijarros duros y negros con formas cónicas o de huevo. A veces, también aerolitos. (N. del A.).
[2] *Hippoi*: Embarcación de pequeña envergadura y de propulsión mixta (vela y remo). (N. del A.).

[3] Onoba: Nombre fenicio para la ciudad de Huelva. (N. del A.).

[4] Gadir: Nombre fenicio para la ciudad de Cádiz. (N. del A.).
[5] Qart-Hadasht: Nombre fenicio para la ciudad de Cartago. (N. del A.).
[6] *Cothon*: Era una instalación portuaria fenicia. Los *cothones* conservados son lagunas artificiales excavadas, conectadas con el mar por un canal. (N. del A.).
[7] Fiesta mayumea: Antigua festividad fenicia que exaltaba la primavera. (N. del A.).
[8] *Optio stratorum*: Suboficial al frente de los soldados destinados a hacer funciones de policía militar. (N. del A.).

[9] Decurión: Jefe al cargo de un contingente de treinta jinetes. (N. del A.).
[10] Onuba Aestuaria: Nombre romano para la ciudad de Huelva. (N. del A.).

[11] *Castrum*: Fortaleza o fortificación militar romana. (N. del A.).
[12] Curia: Los romanos exportaron el modelo de la curia a cada una de las ciudades que obtenían el estatus de *municipium*, de forma que estas tenían su propio senado y sus propios funcionarios encargados de la administración local (si bien estos frecuentemente no eran electos, sino nombrados por el gobierno central). (N. del A.).
[13] Silla curul: Sitial en forma de x en el que se sentaban los magistrados romanos. (N. del A.).

[14] Tarraconensis: Provincia romana de Hispania. (N. del A.).
[15] Tarraco: Capital de la Tarraconensis. (N. del A.).

[16] *Gladius*: Espada romana. (N. del A.).
[17] Luxia y Urium: Nombres romanos para los ríos Tinto y Odiel. (N. del A.).
[18] Birreme: Embarcación romana con dos filas de remos a cada lado. (N. del A.).
[19] Kline: Mueble tipo diván o lecho usado por los romanos. (N. del A.).
[20] Lorica: Armadura de cuero romana. (N. del A.).
[21] *Libellus*: Certificado que se entregaba a los cristianos como prueba de haber sacrificado a su Dios. (N. del A.).
[22] Hispalis: Nombre romano para la ciudad de Sevilla. (N. del A.).
[23] Umba: Nombre que daban los árabes a la ciudad de Huelva. (N. del A.).

[24] Fitna: Guerra civil en el seno del Islam. (N. del A.).

[25] Xaltis: Nombre que daban los árabes a la isla Saltés. (N. del A.).
[26] Isbililla: Nombre que daban los árabes a la ciudad de Sevilla. (N. del A.).
[27] *Dhow*: Tipo de embarcación árabe con velas latinas, roda sobresaliente de la
[28] Ajimez: Ventana o balcón saliente cerrado por celosías, de tal forma que pueda verse el exterior desde dentro sin ser visto. (N. del A.).